Sasha
Filipenko
Cruces
rojas
AlianzaLit

Sasha Filipenko

Cruces rojas

Traducción del ruso de Marta Rebón
Notas de Ferran Mateo

Alianza editorial

Índice

Cruces rojas

Créditos

Con gratitud a Konstantín Boguslavski
por brindarme su ayuda con el trabajo de este libro.

Después de firmar, esa mujer extraña (como todos los agentes inmobiliarios) va y me dice:

—¡Felicidades! ¡Me alegro mucho por usted! ¡Se le ve triste, y no debería estarlo! Le he ofrecido el mejor piso en relación calidad-precio.

La agente inmobiliaria saca un pintalabios del bolso y sigue diciendo con voz profunda, ignorando a la ya expropietaria:

—¡Un negocio redondo! Por cierto, ¿con quién va a vivir aquí?

—Con mi hija —respondo y miro el parque infantil del patio.

—¿Qué edad tiene?

—Tres meses.

—¡Magnífico! ¡Una familia joven! ¡Créame, volverá a darme las gracias!

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Ya se lo he dicho! ¡Es usted muy olvidadizo! ¡En este rellano hay solo otra vecina! Una mujer solitaria, de noventa años, ni más ni menos, y tiene alzhéimer. ¡Es como si le hubiera tocado el gordo de la lotería! Hágase amigo de ella y el apartamento será suyo.

—¡Gracias! —digo sin mirarla.

El apartamento está vacío. Sin sillas, sin cama, sin mesa. Deshago mi bolsa. La expropietaria no se decide a marcharse. Está de pie junto a la ventana, perdida en sus recuerdos, y alisa las ampollas de pintura en el alféizar de la ventana como si estuviera planchando ropa. Es inútil; de todos modos, lo voy a cambiar todo.

—¿Se va a quedar hoy solo aquí?

—Sí.

—¿Y dónde piensa acostarse?

—Tengo un saco de dormir y un hervidor…

—Si quiere, puede venir a mi casa.

—No.

La agente inmobiliaria se rinde. Soy demasiado joven para ella.

Toma del brazo a la expropietaria y abandonan por fin el apartamento. Cuando me quedo solo, me siento en el suelo.

Eso es todo, pienso, cae el telón. Una vida termina y otra comienza. Cero trascendental. Con casi treinta años soy un hombre cuyo destino está partido en dos. Puedo intentarlo de nuevo. ¿Qué hay de malo en ello? El suicidio no es para mí. Ahora, además, tengo una hija.

Apenas recuerdo en qué pienso esa noche. Niebla en la cabeza y polvo danzarín en un rayo de luz. No hay nada más, aquí. Tómate una hora para recuperar el aliento antes de intentar vivir de nuevo. Mi primera historia ha terminado, la segunda está a punto de comenzar. Un abismo y un puente colgante. Si quieres ir a la otra orilla, lánzate. La felicidad siempre tiene un pasado, le gusta decir a mi madre, y cada dolor tendrá sin falta su futuro.

Como un marinero náufrago, decido explorar la isla desconocida en la que estoy atrapado. Minsk. ¿Por qué me he mudado a esta ciudad? Aunque estoy en un país hermano, todo en él me resulta ajeno. La Iglesia Roja y el amplio bulevar, el monumento a un poeta medio calvo[1] y ese sarcófago de hormigón que es el Palacio de la República. Muchos edificios y ni un solo recuerdo. Ventanas desconocidas, caras extrañas. ¿Qué clase de país es este, al fin y al cabo? ¿Qué sé yo de esta ciudad? Nada. Mi madre volvió a casarse aquí.

Frente a la entrada de la casa hay una pila de libros amontonados. Miro uno: *La nueva tierra,* de Yakub Kolas.

De vuelta a la tercera planta, reparo en una cruz roja en la puerta de mi piso. No es muy grande, pero de un color rojo vivo. Debe de ser una broma de la agente inmobiliaria, me digo. Dejo las bolsas de la compra junto al ascensor y me pongo a borrar la cruz cuando una voz desconocida dice detrás de mí:

—¿Qué hace?

—Limpiar mi puerta —digo, sin darme la vuelta.

—¿Por qué?

—Algún idiota ha dibujado aquí una cruz.

—¡Encantada de conocerle! Yo soy la idiota de la que habla. Hace poco me diagnosticaron alzhéimer. Por ahora, solo me afecta a la memoria a corto plazo: a veces no recuerdo lo que me ha pasado hace unos minutos, pero el médico asegura que muy pronto también se verá alterada mi habla. Empezaré a olvidar palabras, luego no podré moverme. Agradable perspectiva, ¿no le parece? Las cruces están ahí para que yo pueda encontrar el camino a mi casa. Aunque, al parecer, pronto tampoco sabré a qué se refieren.

—Lo siento —respondo, esforzándome en mostrarme educado.

—No pasa nada. En mi caso, no podía acabar de otra manera.

—¿Por qué?

—Porque Dios me tiene miedo. Le esperan demasiadas preguntas incómodas.

La vecina se apoya en su bastón y lanza un hondo suspiro. No digo nada. Lo último que me apetece ahora es hablar de Dios. Le deseo buenas noches a la anciana, cojo mis bolsas de la compra y me dispongo a entrar en mi apartamento.

—¿Ni siquiera va a presentarse?

—Aleksandr. Me llamo Aleksandr.

—¿Siempre les da la espalda a las mujeres cuando les habla?

—Disculpe. Soy Sasha[2] y esta es mi cara. ¡Adiós! —respondo esbozando una sonrisa falsa.

—¿Así que no le interesa saber cuál es mi nombre?

No. No me interesa. Maldita sea, ¡¿qué le pasa a esta vieja tan pesada?! ¿Qué quiere de mí? Me apetece entrar en mi piso. Cerrar los ojos y despertarme por fin. Durante los últimos treinta años este truco me ha funcionado… Todo lo malo, las cosas más terribles, me han pasado en sueños, nunca en la realidad. Era feliz y no conocía la desgracia, me divertía y no sabía nada del dolor. Los últimos meses han sido demasiado duros. ¡Maldita sea, solo quiero que me dejen en paz!

—Me llamo Tatiana… Tatiana… Tatiana… Oh… Ahora no me acuerdo de mi patronímico… ¡Es broma! Soy Tatiana Alekséievna. ¡Encantada de conocerle, joven de malos modales!

—Pues yo no.

—¿Habla en serio?

—Bueno, en realidad me da lo mismo. Lo siento, he tenido un día complicado…

—¡Entiendo! Todo el mundo tiene días complicados. Meses complicados, vidas complicadas…

—Ha sido un placer conocerla, Tatiana Alekséievna. ¡Le deseo todo lo mejor! Felicidad, buena suerte, prosperidad —refunfuño con sarcasmo.

—¿Sabe?, todo esto no ha hecho más que empezar para mí…

¡Demonios, vaya fastidio! Primero la agente inmobiliaria, ahora esta anciana. No tengo ganas de hablar, y está claro que la vecina se ha dado cuenta. Es más, como intuye que aprovecharé la menor pausa, por breve que sea, para escabullirme, no se calla ni un segundo.

—Sí, todo terminará muy rápido… Dentro de un mes o dos… Pronto no quedará nada de mí, de mi destino… Porque Dios está borrando sus huellas.

—Lo siento mucho… —digo de mala gana.

—Sí, sí, ¡eso ya lo ha dicho! ¡Olvido deprisa, pero no tanto! ¿Me enseña qué tal se ha instalado en su piso?

—En realidad, aún no tengo muebles, excepto el inodoro y el frigorífico, así que no hay nada que pueda enseñarle. ¿Tal vez dentro de una semana o dos?

—¿Le gustaría ver qué tal vivo yo?

—Bueno, es un poco tarde…

—Oh, no sea tímido, Sasha, ¡pase!

No puedo decir que esté entusiasmado, pero cedo al deseo de la anciana. Después de todo, no tiene mucho sentido enzarzarse en una discusión con una loca. La vecina abre la puerta y me encuentro en su piso.

Parece el taller de una artista. Lienzos por todas partes. Nada especial. Nunca me ha gustado este tipo de pintura. Un sinfín de tonos pálidos. Desesperanza en cada cuadro. Gente sin rostro, ciudades sin color. Aunque no soy ningún entendido en arte.

En mitad del salón está colgado un cuadrado gris oscuro.

—¿Ha empezado a pintar un cuadro nuevo? —le pregunto, para romper el hielo.

—¿A qué se refiere?

—A este lienzo de aquí.

—No, ya está acabado.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué representa?

—Mi vida.

Uuuf. ¡Ahí está! Fanfarrias fúnebres y el patetismo de la tragedia. Las personas mayores tienden a exagerar sus desgracias. Mi vida… ¡Pásame un pañuelo, enseguida! ¡Nooo, mejor dos! Los viejos siempre creen que las desgracias solo les han ocurrido a ellos. Por poco voy y le digo que, a mí, en cuanto a desgracias, no me gana nadie, pero me callo justo a tiempo.

—Me habían dicho que Minsk era una ciudad gris, pero ¡no tanto!

—Minsk apenas aparece en este cuadro.

—Yo diría que en este cuadro no aparece nada en absoluto.

—¿Cree que me equivoco cuando digo que ahí está mi vida?

—No creo nada…

—Seguro que piensa: «vaya, estaba yo entrando en mi casa, sin molestar a nadie y, de repente, me cruzo con una vieja loca que quiere gimotear por la vida que le ha tocado».

—¿Es eso lo que quiere hacer?

—¿No le interesa nada, pues?

—Para serle sincero del todo, no.

—Qué lástima. Quería contarle una historia increíble. Ni siquiera es una historia, sino una biografía del miedo. Me gustaría contarle cómo de pronto el horror se apodera de una persona y transforma su vida entera.

—Muy impresionante, pero ¿qué tal en otra ocasión?

—¿No me cree? Bueno… ¿Sabe?, hace poco más de un año yo estaba aquí mismo, donde ahora se encuentra usted. Era un 31 de diciembre. Nevaba, y el siglo XX tocaba a su fin. De muerte natural, sin incidentes singulares, solo le quedaban unas horas de vida. El reloj del Kremlin daría las doce campanadas y el presidente del Estado vecino, atiborrado de pastillas, anunciaría que ya estaba cansado de su cargo. Tenía la televisión encendida en la cocina y, como de costumbre, algo se quemaba en el horno. No tenía planeado nada especial: en fin, una Nochevieja como otra cualquiera. ¿Cuántas había vivido ya? Yadviga me llamaría por teléfono, nadie más. Comería un pastelito, hojearía *Ogoniok*[3]. Celebraría el Año Nuevo, primero según la hora de Moscú, después según la de Minsk. En una palabra, no esperaba nada del fin del siglo, cuando de pronto sonó el timbre. Deben de ser los vecinos, pensé. Antes que usted, aquí vivía una mujer encantadora y muy agradable, una auténtica hija de comunista. Su padre era un lacayo del Partido, pero ella se veía buena persona, humilde y decente. Siempre me miraba con ojos de cachorrito, como si me estuviera pidiendo perdón. De hecho, pensaba que había venido a pedirme sal o algo así, pero ¡me equivocaba! ¡Era el cartero! ¿Se lo imagina? ¡Un cartero de verdad! ¡Un 31 de diciembre! ¡Y me trajo la carta que llevaba esperando toda la segunda mitad de mi vida…!

La vecina dice «la segunda mitad de mi vida» y algo dentro de mí hace clic. Por primera vez en esta tarde estoy realmente en este salón. Hasta ese momento solo estaba allí guardando las apariencias, pero ahora la escucho con atención.

—Miraba la mesa, ahí estaba. Un sobre normal y corriente. Lo había esperado durante medio siglo, y en ese momento no me decidía a abrirlo. En mi vida nada me había dado tanto miedo como ese trozo de papel. Al final, me armé de valor y rompí el sobre. ¡Vaya…! Me eché a llorar. Me sequé las lágrimas, me sorbí los mocos. Dejé la carta a un lado y llamé a Yadviga.

»—¡Ha llegado la carta! ¡Vive!

»—¡¿Estás bromeando?!

»—¡No!

»—¿Está lejos?

»—A unos doscientos kilómetros de Perm.

»—¡Voy contigo!

»—De acuerdo.

»Llamé a información. La chica que me atendió estaba de buen humor y me deseó un feliz Año Nuevo:

»—El próximo vuelo a Moscú es hoy a las diez. ¿Le dará tiempo a tomarlo?

»—Sí, siempre que no me atropellen por el camino.

»Cuando llegó Yadviga, tomamos el té y pedimos un taxi. La mujer que me atendió por teléfono me dijo que había tenido suerte: era Nochevieja, no había casi ninguno disponible. "¡Enséñamela!", me pidió mi amiga, y le di la carta.

»Cerramos la puerta con llave y salimos al patio. El taxista esperaba junto a su coche. Nos abrió el maletero, pero no nos ayudó con las maletas.

»—Soy conductor —respondió—, no un mozo de carga.

»Llegamos al aeropuerto y fuimos al mostrador. Jadeantes, sin aliento.

»—No se preocupen —dijo la joven—, ¡van muy bien de tiempo! Cuando lleguen a Moscú, tendrán que esperar varias horas allí.

»—¿Cuándo fue la última vez que subiste a un avión?, —le pregunté a Yadviga.

»—Nunca —fue su respuesta.

»Bueno, ¿se imagina la estampa? Nochevieja, y dos ancianas volando hacia lo desconocido… Hasta Moscú el vuelo fue tranquilo, luego el avión empezó a tambalearse como si Dios estuviera jugando al fútbol con él. No pudimos aterrizar al primer intento, el avión tuvo que dar otra vuelta. La gente se comportaba de una forma extraña, lo recuerdo, incluso había quien gritaba. Delante de mí, un hombre gañía como un perro. Pero no lo culpo. El miedo es una emoción compleja. Sé muy bien de lo que hablo. Después de recoger el equipaje, un tipo gordo se acercó a nosotras:

»—¿Adónde quieren ir?

»—Aquí —dije y le tendí el sobre.

»—Pero esto no queda cerca. Es un trayecto de tres o cuatro horas. Ha tenido suerte: mi padre vive allí.

»—Si pudiera llevarnos hasta la parada del autobús…

»—Pero ¿qué autobús? ¡Si es 1 de enero!

»Llegamos a esa pequeña ciudad de madrugada. Estaba oscuro, y en la plaza principal, cubierta de nieve, se congelaba el líder, toscamente representado. Le pregunté:

»—¿Por qué Stalin tiene la cabeza tan pequeña?

»—Alguien rompió la anterior. Pedimos otra al Gobierno regional, pero se equivocaron de tamaño. De todos modos, no podemos

permitirnos una nueva, y nadie va a fabricar otra mientras esta siga intacta. ¿Dónde van a alojarse?

»—No lo sabemos —respondí.

»—Si se atreven, pueden quedarse en casa de mi viejo. No es un mal tipo. Ha pasado aquí toda su vida. Cuando salió del campo, no sabía adónde ir, así que se quedó en este lugar. Le dieron trabajo como guardia de seguridad. Yo nací aquí, detrás de la alambrada. A mi madre la enterramos hace tres años. Yo me mudé a la ciudad hace mucho tiempo, pero ustedes ¿a quién tienen aquí?

»—¡A alguien! —dije.

Mi vecina se calla. Enmudece varios segundos, me temo que estoy presenciando otro ataque de amnesia, pero luego de pronto se anima y dice:

—Nací en Londres en 1910…

Alekséi Alekséievich Bieli era un hombre de buen corazón y un cristiano devoto. Conoció a la madre de Tatiana Alekséievna en el París de 1909, en la época de los *ballets* rusos. Liubov Nikoláievna Krasnova, que era bailarina, murió al dar a luz. A la niña la criaron dos mujeres: una francesa, que le enseñó catequismo, y una inglesa, que se ocupó de inculcarle buenos modales.

La muerte de su esposa transformó radicalmente a Alekséi Bieli. Él, que una vez había sido amante de la diversión y un tipo piadoso, rompió con la Iglesia de la noche a la mañana y dedicó el resto de su vida a luchar contra la ignorancia. Al menos, eso es lo que él pensaba…

Según mi vecina, Bieli era un neurótico. Cualquier minucia lo sacaba de quicio. Si por la mañana un desconocido le deseaba un feliz día, sonreía de oreja a oreja y podía pasarse horas disertando sobre el alto grado de civilización que había alcanzado la sociedad británica. Pero, si alguien lo molestaba, el padre de Tatiana se sentaba junto a la chimenea y se quejaba de las imperfecciones de este mundo. Durante las lecciones en casa, Alekséi Alekséievich a menudo entraba en la habitación de la niña, se acomodaba en un sillón e interrumpía a las institutrices:

«¡Dios no existe! Nuestra querida y anciana *mademoiselle* vivió demasiado tiempo en la Rusia antediluviana cuyo único logro fue decretar que había que emplear tres dedos, y no dos, para santiguarse[4]. ¡No hay Dios, hija mía, ni alma! Los humanos son una especie; una especie como, digamos, los caballos o los perros. A menudo se dice que somos más perfectos… Bueno, en cierto sentido así es: aprendimos a construir puentes, barcos de vapor y autobuses, pero ahí acaban nuestros éxitos. El alma de la cual habla nuestra

querida niñera no es más que un truco de nuestro cerebro, una trampa hábilmente tendida, nada más. No hay reino de los cielos ni vida después de la muerte, pues no hay nada más allá de nuestros pensamientos. La cabeza no es nuestra arma, sino nuestro principal problema. Cuando suponemos que somos capaces de entender cualquier cosa, estamos fatalmente equivocados. Parafraseando a Descartes, diría: "Estoy equivocado, luego existo". Tu madre murió el día en el que naciste y nunca estará en otro lugar. No hay resurrección ni ninguna otra tontería por el estilo. Solo hay superstición y mentiras. Tenemos que considerarnos representantes de una especie que durante un tiempo no existió y que un día dejará de existir. A cada segundo, una y otra vez, nuestro cerebro nos engaña. Al infundirnos esperanza, se burla de nosotros. En realidad, esto es exactamente el rasgo distintivo de los humanos, querida: el autoengaño».

En 1919, Alekséi Alekséievich Bieli decidió trasladarse a Rusia. Entró en la habitación y anunció alegremente: «¡Nos vamos! Londres es un lugar para viejos. La nueva humanidad, de la que yo ya no podré formar parte, pero tú sí, sin duda, querida mía, vive en Rusia».

Después de formular esta declaración tan extraña, Alekséi Alekséievich tomó un sorbo de *whisky* y se marchó. La cuestión del traslado estaba decidida.

Para ser bebedor, Bieli era sumamente eficaz. Cumplía sus planes, solucionaba los problemas. Cuando se mudó a Rusia, deliberadamente nunca usó la palabra «regreso». El padre de Tatiana Alekséievna insistía en que se dirigían a un país nuevo por completo y sin parangón en toda la historia de la humanidad. Bueno, en cierto modo, tenía razón.

—Esa fue probablemente la primera rebelión que presencié en mi vida. Nuestras queridas institutrices se negaron en redondo a acompañarnos.

»—¡Pobres estúpidas! —les decía mi padre con una sonrisa—. ¡¿No entendéis que ese es ahora vuestro país?! ¿Cómo se puede pasar por alto que en Rusia no ha habido un simple cambio de Gobierno, sino una revolución del espíritu? Petrogrado y Moscú son ahora las ciudades del hombre común. Ahora todo allí tiene como finalidad mejorar la vida de los de vuestra propia especie: ¡la de la gente común!

»El hombre común… Papá solía decirlo: "el hombre común". Un sintagma imponente, ¿no? El hombre común. ¿Quién es? ¿El parásito que comete una bajeza o el héroe anónimo que cumple una hazaña? El hombre común… ¿A cuántos habré conocido? El destino me ofreció cientos de variantes, pero nunca obtuve la respuesta correcta. A veces

me parecía que el hombre común no era sino una mala persona, porque hubo momentos en los que solo estuve rodeada de gente de esa calaña. Su norma de conducta era la mezquindad, pero, en cuanto me instalé en esta creencia errónea, de pronto aparecieron individuos completamente diferentes, personas especiales, decentes. Es probable que la respuesta más acertada sea que todos somos personas comunes, pero con el tiempo también descarté esa respuesta, porque conocí a gente del todo extraordinaria… Y sin embargo… Sin embargo, ¡todo esto es verborrea! Lo siento, Sasha, me he distraído. Así pues, ¿por dónde iba? Ah, sí, le hablaba de mis institutrices. En cualquier caso, quizá sí que comprendieran que Moscú se había convertido en la ciudad del hombre común, pero, aun así, bajo ningún concepto querían ir allí. Presas de la desesperación, recurrieron al último y, en su opinión, irrebatible argumento:

»—Alekséi Alekséievich, no lo decimos por nosotras ni por usted, pero ¡piense en la pequeña Tania! ¿De verdad quiere destrozarle la vida? ¿No ha oído las cosas terribles que están sucediendo en Rusia? ¿No sería mejor que fuera usted solo? Y, si todo es tal como lo describe, nosotras iremos con Tania al cabo de un año. ¿Qué le parece?

»—¡No! —dijo mi padre con severidad—. ¡Nos vamos, y cuanto antes!

---

1. Se refiere a la estatua de Yakub Kolas, seudónimo del escritor bielorruso Kanstantsín Mitskiévich (1882-1956), considerado uno de los fundadores de la literatura moderna bielorrusa.

2. Forma hipocorística del nombre «Aleksandr».

3. *Ogoniok [La chispa],* uno de los semanarios ilustrados más antiguos de Rusia, fundado en 1899 y con sede en Moscú.

4. Los creyentes de la Iglesia ortodoxa se santiguan realizando primero un movimiento vertical de arriba abajo y luego, al contrario de la católica, otro horizontal de derecha a izquierda con tres dedos de la mano (índice, corazón y pulgar) que representan la Trinidad.

El traslado tuvo lugar a principios de 1920. Mientras las personas sensatas huían del país, los Bieli, tomando la dirección opuesta, se dirigieron, a contracorriente, hacia el epicentro de la historia. No vieron a hombres nuevos o radicalmente diferentes, pero el primer día se toparon con tres bandas de música.

—¿Por qué está tan contenta la gente que desfila? —preguntaban las institutrices—. ¡No tienen agua, ni gas ni electricidad! ¡No pueden presumir de nada salvo de las boquillas de sus instrumentos que les ha proporcionado el Estado y se les congelan en los labios!

—¡Esperad y ya veréis, queridas! —respondía Alekséi Alekséievich, exultante—. ¡Ya veremos lo que decís dentro de un año!

—¡Usted nos prometió que iríamos a un país donde el hombre común es feliz, pero hasta ahora solo hemos oído hablar de disturbios!

—Ya os lo he dicho, retomaremos esta conversación dentro de un año.

En Moscú azotaba el hambre. Pero el padre de Tatiana Alekséievna no parecía en absoluto preocupado. Siempre había gente que le echaba una mano a su familia. Alekséi Alekséievich no pronunciaba los nombres de esas personas, en las conversaciones solo se mencionaban sus apodos. La niña se acordaba de dos: «Stárik» y «Lúkich». No entendía exactamente qué hacía su padre, pero sus frecuentes viajes de trabajo a Europa, al parecer, tenían que ver con asuntos oficiales cada vez de mayor relevancia.

Por las noches, cuando la niña ya estaba acostada, las institutrices susurraban en la habitación contigua.

—Dios mío, ¿cómo es posible que Alekséi Alekséievich no lo vea? ¿Por qué no entiende que a la gente no se la puede educar ni salvar? ¡No hace más que hablar del hombre nuevo, pero no ve que ese hombre nace en tierra muerta! ¡Esos rojos, está claro, no se mantendrán en el poder! ¡El caos durará décadas!

—¡No sé, no sé…! —decía la francesa—. A mí esto ya no me parece tan estúpido. Alekséi Alekséievich parece más perspicaz que nosotras. Han fusilado al zar y a su familia: el país nunca volverá a ser el de antes. No creo que los rojos vayan a desaparecer. Cuesta creer que Kolchak[5] nos visitara en Londres hace solo unos años, y ahora lo liquidan como a un perro… Pero aún resulta más difícil creer que Alekséi Alekséievich esté del lado de esa gente… Oh, ojalá no termine

en desgracia…

A diferencia de las institutrices, a Tania le gustó Moscú de inmediato. Como Alicia, se sentía inmersa en el país de las maravillas.

«La provincia de la humanidad…», rezongaba la francesa.

«Los suburbios del sentido común…»

«Un Estado que ni siquiera ha recibido el rito de la confirmación.»

Mientras las institutrices aguzaban el ingenio con sus burlas, la niña exploraba Moscú con curiosidad. Las cantinas, el agua mineral Borjomi, los *zakuski*[6], los nuevos humanos recién salidos del cascarón. Unos camaradas gritones aporreaban sus tambores y ondeaban banderas rojas. Las institutrices se tapaban los oídos, pero Tatiana se detenía e intentaba descifrar las letras blancas: «¡ORGULLOSOS DE HABER PUESTO EN MARCHA LA NUEVA MÁQUINA!». ¡Formidable! Tania observaba a esos tipos y deseaba con toda el alma llevar una bandera igual de grande y roja. ¿Cómo no le iba a gustar a un niño el país del infantilismo en construcción?

Todos los días iban al quiosco. Mientras los soviéticos hacían cola para el *Pravda,* las institutrices compraban las revistas *Circo, El Nuevo Espectador, El Pionero* y *La Chispa.* Después de cumplir con este ritual cotidiano, iban a pasear cargadas con toda esa montaña de papeles. ¡Era todo tan fascinante! Una y otra vez, Tania se detenía para leer una palabra nueva.

—¿Qué es Pro-let-kult?[7]

—Nada importante —gruñeron las institutrices al unísono.

—Fui a la escuela número 4. Una escuela experimental, a jornada completa, con un programa de educación estética. Estábamos ocupados de la mañana a la noche. Asignaturas generales hasta el mediodía, dibujo, danza rítmica y modelado por la tarde. Mi padre estaba satisfecho y, al parecer, las institutrices también. Una tarde, un amigo de mi padre me preguntó a qué escuela iba, y le dije con orgullo que a la de hijos de padres superdotados. Un lapsus bastante preciso. En realidad, así era. No se aceptaba a cualquiera en nuestro centro. Allí estudiaban los hijos de la élite. La mayoría de ciudadanos del nuevo Estado casi se desmayaban con solo oír el nombre de nuestros padres, pero a nosotros ¿qué más nos daba? Los niños son niños…

Mientras Tania modelaba cuadrados, su padre, Alekséi Alekséievich Bieli, estaba permanentemente ocupado en Europa. En 1924 tuvo que trasladarse de nuevo, esta vez a Suiza. Bieli viajaba entre Ginebra y Berlín, y Tatiana, a pesar de todos sus nuevos tutores, quedó abandonada a su suerte. Berna, Lausana, Zúrich. Castillos, montañas, ciudades. Viajaba por Suiza con sus tutores y nunca imaginó que

algún día volvería a Moscú.

Tatiana pasó sola la primavera de 1929. Su padre se encontraba la mayor parte del tiempo en Zúrich, y ella no salía de Tesino, la parte italiana de Suiza: Bellinzona, Locarno, Chiasso. Pertrechada de papel y lápices de colores, casi todos los días salía a dibujar un pueblecito nuevo. Una vez, ahora le parecía recordar que fue un domingo, Tatiana fue a Porlezza, un pequeño pueblo de Italia, al otro lado de la frontera. Una docena de casas de piedra, una iglesia y media. Todo conforme a lo esperado: vino, plátanos, tañido de campanas. Estaba sentada a la orilla del lago dibujando cuando un hombre guapo se le acercó. Alto, bronceado, moreno. Le propuso dar un paseo, y Tatiana pensó: «¿por qué no?». Bromearon, él le contó la historia del pueblo, hablaron del «hombre nuevo». Nada del otro mundo, una conversación trivial, pero agradable. Ella le habló de Rusia, y él le confesó que ni siquiera había estado en Milán. Charlaron todo el día y, cuando Tatiana se dio cuenta de que había perdido el último ferri a Lugano, decidió alojarse en un pequeño *albergo* de la diminuta Via San Michele.

A la mañana siguiente, desayunaron. Café y unos bollos increíbles por los que venderías tu alma al diablo. Él miraba directamente el puente de su nariz, y ella bajó la mirada, avergonzada. Ese día cogieron pan seco del pequeño restaurante y fueron a dar de comer a los cisnes que se aventuraban en el prado. Miró el lago y trató de grabarlo en su memoria para siempre: tenía la sensación de que nunca vería algo tan hermoso. Por la noche, cuando los murciélagos empezaron a surcar el cielo oscuro, ella ni siquiera tuvo miedo: todo estaba tan tranquilo…

Pasaron varios días. Los enamorados subían a las montañas y pescaban, se lanzaban desde las rocas al agua y se besaban. Tatiana se dio cuenta de que ese italiano iba a ser su primer hombre; pero, por desgracia, la noche en la que se suponía que iba a suceder, pasó algo terrible: Tatiana Alekséievna estornudó…

—Y algo viscoso aterrizó en la arena, justo a nuestros pies. Hablando claro, me salió disparado un moco de la nariz, un enorme grumo verde. ¡Estaba tan avergonzada! Quería irme corriendo, pero estaba petrificada de la vergüenza. ¿Se imagina algo más terrible? Piénselo: una chica enamorada y, ¡puaj!, esos mocos…

Romeo se esforzó en comportarse como un caballero. Los pisó y trató de enterrarlos bajo la arena, pero eso no hizo más que empeorar las cosas. Ahora los mocos estaban en la arena y en la suela de su zapato. Romeo sonrió, trató de bromear, le preguntó cómo se llamaba aquello en ruso, pero Tatiana rompió a sollozar. Nunca había llorado

de una forma tan patética. Romeo quiso abrazarla, pero la chica lo apartó de un empujón y se fue corriendo al hotel.

Tatiana Alekséievna se pasó varios días llorando en su habitación. Romeo estaba debajo del balcón, pero Julieta no abría las contraventanas. Estaba resfriada, muerta de la vergüenza y tenía 39 ºC de fiebre. Un médico fue a verla y, en su desesperación, ella quiso tragarse todas las pastillas de su hermoso maletín de cuero. Cuando el médico se fue, el conserje llamó a su puerta. Ese italiano, desconocido pero compasivo, le suplicó que dejara entrar por fin al pobre Romeo. En la habitación de al lado se había instalado una familia rusa. Emigrados blancos que debatían durante horas sobre el papel de la «alta literatura». Se habían quedado sin dinero en Suiza, así que se dedicaban en ese pequeño pueblo italiano a perorar sobre las tareas y los deberes de la literatura rusa.

Tatiana Alekséievna estaba sentada con la espalda apoyada contra la fina pared, se limpiaba la nariz que no dejaba de gotearle y oía que el cometido de los escritores rusos era (¡ante todo!) demostrar las posibilidades y la riqueza de su gran lengua. En su mente, veía a Romeo extendiendo los mocos en la arena, mientras que la mujer detrás del tabique seguía declarando que los escritores estaban obligados a alzar la voz con rotundidad y de manera universal, aun respetando la tradición: «¡Ya no hay grandes libros! —declaraba la mujer al otro lado de la pared—. Todas las novelas, excepto la de papá, son insípidas y simplistas. ¡Vivimos tiempos sumamente estériles! En los últimos años, insisto, salvo el libro de papá, quizá hayamos visto uno o dos textos buenos, dos o tres que no estaban mal y media docena pasables».

Romeo untaba los mocos en la arena y la literatura rusa se marchitaba. Romeo hundía un grumo viscoso en el suelo italiano y la gran literatura rusa agonizaba. Romeo movía la pierna hacia delante y atrás como un bailarín, y Tania se sentía terriblemente infeliz y enamorada.

—La noche antes de irme, mi enamorado entró por la ventana. Grité tan fuerte que solo tuvo tiempo de lanzarme una carta y saltar afuera de nuevo… En ella decía que me esperaría toda la vida, no en Verona, sino allí, a orillas del lago Lugano, en el pequeño pueblo italiano de Porlezza. Pensé: «Ya veremos».

—Pero ¿usted ya estaba bien?

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si ya se encontraba bien. ¿Había dejado de gotearle la nariz?

—Ah, eso… Pues no, todavía no. Aún no estaba curada, pero de

todos modos me fui. Mi padre envió a alguien a buscarme y, de camino a Zúrich, me enteré de que estaba enfermo. «Su estado no es crítico, pero los médicos le aconsejan que regrese a Moscú, por si acaso.»

»—"¿Por si acaso?" ¿Qué quiere decir? —le pregunté al chófer.

»—Lo verá usted misma —fue su respuesta…

Su padre se estaba muriendo. Una neumonía que se convirtió en una tragedia familiar. Aunque nadie lo dijo, todos entendían que iban a Moscú para enterrar a Alekséi Alekséievich. Unas semanas antes de su muerte, gracias a sus contactos, consiguió matricular a su hija en la universidad. Fue así como, en otoño de 1929, se produjo el segundo y fatídico viaje a Moscú.

Hacia el final de su primer año universitario, un hombre se acercó a Tatiana. La llevó aparte y le preguntó:

—¿Cuántos idiomas habla?

—¿Quién es usted?

—¡Conteste!

—Francés, italiano, inglés, alemán y ruso.

—¿Todos sin acento?

—Sin acento solo el soviético —respondió la chica con una sonrisa burlona.

»El desconocido me cogió del brazo y me dijo que no tenía nada que temer. En primer lugar, mi padre había sido un hombre de confianza y, en segundo, tendría la oportunidad de servir a la causa del Gran Octubre.

Tatiana Alekséievna no tenía miedo. Al menos, no entonces. Era ignorante sin más, razón por la cual no se sintió intimidada ni lo más mínimo por ese reclutador.

—¡Arrégleselas usted solo con su mes lluvioso! —dije riendo y me zafé de él. Sonrió con aire condescendiente y me siguió por el pasillo. Unos minutos más tarde, el tipo de los órganos de seguridad me ofreció asistir a cursos de estenografía y de mecanografía. ¡Eso ya sonaba más interesante!

»"¿Para qué?", pregunté. Me lo explicó. Sus argumentos me parecieron convincentes y acepté. Así que, un año después de mudarme a Moscú, de repente me convertí en secretaria-mecanógrafa del NKID.

—¿Qué es eso del NKID?

—El Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, el actual Ministerio de Asuntos Exteriores. ¡Un lugar impresionante! Al principio creo que incluso me gustaba. Gente encantadora, un trabajo apasionante. ¡Otro mundo! Nada que ver con lo que veía en la calle.

Ya no podía ir a Europa, pero mi trabajo me permitía estar un poquito más cerca de casa.

Con el tiempo empezaron a confiar en ella. Todos los días pasaban por sus manos decenas de documentos. Mensajes cifrados, informes, solicitudes de ciudadanos extranjeros. Cartas de comunistas de otros países, traducciones y llamamientos. Le gustaba repetir que en su oficina era siempre otoño, porque no dejaban de caer hojas sobre su escritorio.

—¡Y luego hice un amigo! ¡Sí, uno de verdad! Pasha Azárov. Tenía solo un año menos que yo. Joven, culto y divertido. Como yo, había nacido en el extranjero, aunque no en Londres, sino en Génova. Pasha me dijo una vez que él y yo teníamos mucho en común, porque fueron los genoveses quienes habían dado a los ingleses la bandera con la cruz roja. Éramos más jóvenes que la mayoría de nuestros colegas, y teníamos recuerdos similares. Milán, Verona, el lago de Garda. Los lugares más hermosos estaban archivados en nuestra memoria compartida. Yo era la responsable de los documentos y Pasha, el adjunto del comisario del Pueblo. Me gustaba, pero entendía que nunca habría nada entre nosotros: éramos amigos a la manera en que lo son los chicos.

Entonces el NKID tenía su sede en Kuznetski Most[8]. Durante la pausa de la comida, los dos amigos solían sentarse en la plaza ajardinada de enfrente. Tatiana observaba pasar los autobuses ingleses Leyland y, al mirarlos, se imaginaba que había vuelto a Londres.

—Incluso nos inventamos este juego: cerrábamos los ojos y evocábamos nuestras ciudades natales. Azárov me mostraba Génova y yo lo llevaba de paseo por Tite Street, donde una vez vivieron Mark Twain y Oscar Wilde; por Tite Street, donde una vez también estuvo mi casa.

La vecina repite la palabra «casa» y me distraigo. Es increíble cómo ciertas palabras familiares y trilladas pueden adquirir de repente un significado nuevo. De ahora en adelante, cuando pronuncie esa palabra, me referiré a un nuevo punto en el mapa, a otra ciudad. La casa de antes y la casa nueva, la casa de la infancia y la casa del silencio. Mis ojos se posan sobre mis bolsas de la compra con comida y pienso que debería llamar a mi madre para preguntarle cómo está mi hija.

—Ha mirado el reloj dos veces, Sasha. ¿No le interesa en absoluto lo que le cuento?

—¡No, no! Me interesa, al contrario… ¿Sabe? No estoy pasando por mi mejor momento. La mudanza, otro país. Me siento un poco perdido.

—¿Por qué se ha mudado aquí?

—Pensé que sería lo mejor para mi hija.

—¿Es bonita?

—No lo sé, aún es pronto para decirlo.

—Yo siempre fui una niña fea. Con ocho años algunos pueden ser un patito feo, pero luego se transforman y son resultones a los diez, pero ese no fue mi caso. Como la Unión Soviética, fui fiel a mi fealdad. Creo que debía de tener unos doce años cuando mi padre me dijo: «¡No te preocupes, eres inteligente!».

»¡A decir verdad, los hombres son seres insensibles! ¡Si alguien se tomara la molestia de explicarles que una frase así puede traumatizar a una niña de por vida! A partir de entonces, siempre tuve complejos. Por lo demás, es improbable que eso le interesara a mi padre: estaba construyendo un mundo nuevo y perfecto. Y mientras mi padre intentaba arreglar las relaciones con Occidente, yo no dejaba de preguntarles a mis institutrices por qué él no me quería. Las mujeres no respondían, se limitaban a acariciarme la cabeza. ¡Mi padre no se rindió! De vuelta en Moscú, poco antes de morir, retomó aquella conversación:

»—¡En realidad eres muy bonita! ¡Tiene que haber un hombre que sepa apreciar tu belleza!

»Podría haberlo dejado ahí, pero añadió:

»—¡Eres como un edificio constructivista!

»Sí, ¿se imagina? Lo expresó exactamente en esos términos: "Tú, querida, eres como un edificio constructivista. No todo el mundo entiende ahora tu belleza, pero, créeme, ¡llegará el día en el que despiertes entusiasmo!".

»Es curioso que no dijera ni una palabra sobre mi funcionalidad. Lo gracioso es que mi padre tenía razón: me casé con un arquitecto. Se llamaba Alekséi, como papá. Lo llamábamos afectuosamente Liosha. Mi marido decía a menudo que lo suyo conmigo fue un flechazo, que cuando me vio por primera vez en la plaza frente al NKID no pudo quitarme los ojos de encima. ¡Qué tontería! En fin…

Se conocieron en el verano de 1934. En los días en que el *slow* foxtrot causaba furor y la canícula se aproximaba. Para entonces, ya habían pasado fugazmente varios hombres por su vida, pero ninguno había dejado huella en su corazón. Tatiana nunca se había hecho ilusiones con respecto a su suerte en el amor.

—¿Cómo se decía entonces? ¿La tercera clase no es ya chatarra? Pues bien, hablaban de mí. Sabía que quien se quedara conmigo lo haría a la desesperada. De hecho, cuando Liosha se acercó a presentarse, al principio pensé que era un espía. ¡Sí, sí, en serio! Para

entonces ya hacía casi cinco años que vivía en Moscú, trabajaba en el NKID y ya había aprendido con creces lo que era el miedo. Cuando ese desconocido me abordó, estaba segura de que era un agente extranjero. Todo parecía tan extraño… Estoy sentada ahí, fea como soy, y de repente se me acerca un chico guapo que quiere conocerme.

Durante los primeros días, ella no se dignaba hablarle. Por supuesto que no. Pensaba que la estaban poniendo a prueba. Liosha tenía un sentido del humor encantador, pero Tatiana ni siquiera sonreía.

—Recuerdo haberle preguntado a Pasha Azárov si creía posible que alguien pudiera enamorarse de mí. Es una pregunta estúpida, lo sé. Y, también, estaba fuera de lugar. De todos modos, Pasha me puso la mano sobre el hombro y me preguntó:

»—¿Cómo es él?

»—Guapo, culto, parece sueco.

»—¿Será un espía?

»—No lo sé, pero tengo la impresión de que me conoce íntimamente…

»—¿Quieres decir que ya habéis…?

»—¡Azárov, no seas imbécil!

Alekséi fue paciente. Soportó con estoicismo todas las extravagancias de Tatiana. Ella seguía tratándolo como a un espía. Además, cada día que pasaba, aumentaban las sospechas de Tatiana Alekséievna. Ella no daba su brazo a torcer, pero él tampoco.

—¿Quién iba a perder tanto tiempo con una chica feúcha como yo? En Moscú había mujeres hermosas por todas partes y él se me pegaba como una lapa. ¿Acaso sabía que yo había vivido en Occidente? ¿Es que quería emigrar?

Todas las noches ella se detenía frente al espejo y ordenaba sus vestidos y sus motivos, sus principios y sus pendientes. Trataba de adivinar con temor cuándo desaparecería, pero Liosha no se iba.

—Estaba dispuesta a creer en cualquier cosa menos en el amor. Me parece que ya se lo he contado: me encantaba dibujar de niña. Y ¿sabe? ¡Imagíneselo, un día Liosha se presentó a nuestra cita con un caballete!

»—¿Qué es eso? —le pregunté.

»—Es para ti.

»—¿Por qué?

»—Te vi dibujando durante la comida.

»—¿Me espías?

»—Oh, qué tontería, vengo aquí a menudo… Por trabajo.

»—¿De qué tipo?

»—Algún día te lo contaré. Vamos, te acompaño.

»No sé por qué, pero dije que sí. ¡Tenía un aspecto tan ridículo con ese caballete!

»—También te he comprado pinturas y pinceles.

»—¿Y qué te hace pensar que voy a aceptarlos?

»—Si no los aceptas, se los daré a otro.

»—¿A otro, o a otra?

Pasó delante de ella y se detuvo. Se plantó frente a ella y le sonrió. Con el caballete en una mano y la bolsa en la otra. Ella lo miró y supo que ya lo amaba, que lo amaría toda su vida.

—Debería haberme alegrado, pero yo iba de princesita inaccesible.

»—¿Qué querías decirme de tu trabajo?

»—A menudo vengo aquí por asuntos relacionados con el Pompolit.

—¿Qué es el Pompolit? —le pregunto a mi vecina.

—El Comité de ayuda a los presos políticos —responde ella—. Hasta 1922 se llamaba Comité de Moscú de la Cruz Roja Política. Hoy cuesta creerlo, pero en la Unión Soviética existió también algo así. Formalmente, Yezhov no la disolvió hasta 1938. Liosha no trabajaba allí directamente, pero ayudaba a recaudar fondos para los convictos. Recolectaba dinero con veladas poéticas y conciertos.

—¿Y no era peligroso?

—No más que construir puentes. En 1936 se derrumbó uno que había diseñado la oficina de Liosha. A todos los empleados y a los arquitectos los enviaron al gulag. Liosha se salvó porque un mes antes lo habían transferido a otra obra. Un golpe de suerte trivial. Si lo hubieran trasladado, pongamos, una semana antes, no habría servido. Tal vez si a Liosha lo hubieran arrestado entonces, todo habría ido de otra manera, pero…

—Pero ¿qué?

—Bueno, le digo que no lo detuvieron. Eran los años del Gran Terror, pero también de los grandes golpes de suerte.

»Durante mucho tiempo, sobre todo por el trabajo de Liosha en el Pompolit, suponíamos que aún se podía ayudar a alguien. En 1937, este tipo de esperanzas ya se había evaporado.

Como al comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores Litvínov lo sometían a mucha presión, las purgas también se desencadenaron en el NKID. Se habían producido incidentes antes, por supuesto, pero no fue hasta 1937 cuando adquirieron un carácter generalizado. Azárov, a quien Tania y Alekséi visitaban a menudo, vivía a pocos pasos del trabajo: en el número 5 de Kuznetski Most. En 1937, la mitad de las puertas de ese edificio estaban selladas.

—Nunca olvidaré esos buzones llenos de sobres. ¿A quién iban dirigidas esas cartas? ¿Alguna vez las leería alguien?

»Mientras subía las escaleras, iba contando las puertas selladas. Una, dos, tres. Esa noche le susurré a Liosha en el salón de Pasha: "Fíjate, estamos sentados en una auténtica cripta en el corazón de Moscú…".

»En la década de 1980, supe que, hasta 1939, solo en ese edificio de Kuznetski Most habían fusilado a diecisiete inquilinos… Incluido el propio Pasha.

—¿Por qué no la arrestaron a usted?

—¿Cómo dice?

—Me dijo que tenía alzhéimer, no que estaba sorda. Le he preguntado que por qué a usted no la arrestaron.

—¡Buena pregunta! ¿Qué pasaba por la cabeza de esa gente? ¿No quisieron? ¿No tuvieron tiempo? ¿No pudieron? En primer lugar, en 1937 yo estaba de baja por maternidad (cuando Liosha escapó del arresto decidimos tener un hijo); en segundo lugar… En segundo lugar, eso es precisamente lo que quería contarle…

*

La cama: ese era uno de esos escasos lugares donde el feliz ciudadano soviético a veces podía, incluso sin miedo (siempre que esa persona viviera en su propio apartamento, no en uno comunal), hablar tranquilamente con sus seres queridos. Con la cabeza bajo la manta, Liosha susurraba imitando el acento del camarada Stalin: «¡Todo aquí debe ser nuevo! El hombre nuevo, lleno de nuevo heroísmo, realizará nuevas hazañas para los nuevos tiempos, música nueva y literatura nueva. Necesitamos nuevas leyes, nuevos sentimientos y un nuevo orden para que la nueva generación del pueblo soviético pueda entrar en la nueva era sin obstáculos y empezar a elaborar un tipo y una calidad de mierda completamente nuevos, exclusivos e insólitos».

Se reían, se besaban y en ese instante se dejaban llevar por la ilusión de que aún podía arreglarse todo…

—No se lo creerá, pero Moscú me gustaba. Era una época terrible, pero no sé por qué siempre pensé que la situación cambiaría de un momento a otro…

«¡Eres una optimista incorregible!», le repetía su marido y la besaba en la frente. ¿Y qué? ¿Por qué no? ¿Acaso tenemos la capacidad de percibir el tiempo en el que vivimos? ¿Alguien tiene una imagen completa del mundo? ¿Optimista? ¡Sí! ¡Era feliz! Había dado a luz a una hija y tenía un marido magnífico. ¿Con qué más habría podido soñar? La niña siempre se reía cuando veía a su padre, y Tatiana sabía que Liosha era el hombre de su vida. Era divertido, pero humilde, servicial y tranquilo. Lo que le gustaba de él era que siempre actuaba

y, además, que guardaba silencio siempre que era posible.

—Liosha era uno de esos pocos hombres que entendían que el amor no es un tema abstracto, sino un acto. Era un hombre de acción. No hablaba, pero se aseguraba de que yo no me olvidara ni por un minuto de que me amaba. Por lo demás, me he ido de nuevo por las ramas… Me ha preguntado por qué no me detuvieron, ¿verdad?

Al principio supusieron que el nuevo apellido de ella la salvaría: Pavkova. Pensaban que solo apresaban a los extranjeros: polacos, alemanes y judíos. Pronto esa teoría se desmoronó. A la rusa Masha Gavrina se la llevaron del apartamento n.º 29; la misma suerte corrió Piotr Andréievich Jrisanov, del n.º 31. La nacionalidad y la ocupación ya no eran decisivos. Chóferes y asesores, diplomáticos y ordenanzas dejaron de ir a trabajar.

—Supongo que, por un lado, los investigadores se apoyaban en informaciones obtenidas durante los interrogatorios; por otro, entendían que, si los arrestaban a todos, paralizarían el trabajo del ministerio. En pocas palabras, no tengo ni idea. Creo que simplemente no llegaron hasta mí. Esas cosas pasan. La máquina gira, gira, y, de repente, ¡paf!, ya está ocupada en una nueva tarea. Hay que entender que el motivo principal de las detenciones no era la lucha contra los enemigos del pueblo, sino las conspiraciones contra los líderes. Como dice el proverbio ruso, «cuando se tala el bosque saltan astillas». Es probable que el hacha impactara entonces contra alguien que se encontrara por encima de mí.

Fuera como fuera, unos meses después de dar a luz, Tatiana Alekséievna se incorporó a su puesto de trabajo. ¡Oh, ahora era un lugar del todo diferente! Los chekistas se habían esmerado cumpliendo con su trabajo. La mayoría de sus nuevos colegas no tenían experiencia en el ámbito de la diplomacia.

«¿De dónde los habrán sacado?», pensaba. A los nuevos empleados tenía que explicarles hasta las cosas más elementales. Debido a las constantes purgas, las embajadas en Bulgaria, España y muchos otros países se quedaron sin nadie al mando.

—¡No se imagina el caos que reinaba en el comisariado! Pero, aun así, tampoco fue suficiente para Stalin. El comisario del Pueblo Litvínov fue destituido el 3 de mayo de 1939. A la mañana siguiente arrestaron a Pasha. En uno de nuestros últimos encuentros, estábamos sentados en la sala de estar de su piso y, cuando le pedí que encendiera la radio, Pasha se opuso en redondo.

»—Amigos —dijo en voz baja—. Creo que ahora solo vivo yo en este edificio…

»—Pues ¡con más razón! —dijo Liosha con una sonrisa—. ¿De qué

deberíamos preocuparnos? A nuestra pequeña Asia no le molestará la música, y los vecinos tampoco se quejarán…

»—Precisamente por eso, dejémoslo…

»Creo que Pasha presentía su arresto. ¿Lugar de nacimiento? Génova. Todo claro. Un destino marcado con una cruz roja.

»Esa noche, Pasha nos regaló un ejemplar de la revista infantil *Murzilka*. Ya en casa, Liosha se sentó junto a la cama de Asia y le leyó una composición de Agnia Bartó[9]:

Cerca del puente de piedra,
por donde fluye el Moscova,
cerca del puente de piedra,
la calle se quedó estrecha,
y a todas horas hay atascos
que enervan a los conductores.
—Oh —suspira el guardia—,
esa casa esquinera: ¡qué molesta!
Sioma se ausentó mucho tiempo.
Del campamento en Artek[10],
volvió luego en tren
a su querida Moscú.
Y he ahí el conocido recodo,
¡pero ni casa ni puerta!
Sioma se queda atónito,
se frota, asustado, los ojos.
¡La casa estaba justo ahí!
¡Se esfumó! ¡Y los inquilinos, también!
—¿Dónde está la casa del número cuatro?
¡Si se distinguía a la legua…!
—pregunta Sioma, ansioso, al guardia—.
Acabo de llegar de Crimea,
¡necesito volver a mi hogar!
¿Dónde está el edificio alto y gris?
¡Mi madre allí me espera!
El guardia responde a Sioma:
—La casa entorpecía el tráfico,
se decidió cambiarla de lugar.
Busca a la vuelta de la esquina…
Allí sin duda la encontrarás.
Entre lágrimas, Sioma susurra:
—¿Acaso enloquecí? ¿Deliro?
¿Ha dicho que se la llevaron?
Sioma pregunta a los vecinos,

que, para su sorpresa, le dicen:
—Nos trasladamos, Sioma,
diez días seguidos sin parar.
Los muros se deslizan, sigilosos,
no se rompen los cristales,
ni los jarroncitos del aparador.
La luz de la habitación sigue intacta.
—Fantástico —se alegra Sioma—.
Entonces, ¿podemos desplazarnos con ella?
¿Iremos al pueblo con la casa en verano?
Visitaríamos a la familia de mamá
sin dejar nuestro hogar atrás.
Los vecinos la buscarían:
«¿Por dónde anda? ¡No está!».
No estudiaré las lecciones,
a los profesores les diré:
«¡Mis libros están muy lejos!».
Nos acompañará al bosque,
nos seguirá de paseo.
Pero cuando volvamos nosotros…
¡ya no estará!
La casa se ha tomado unos días
para visitar Leningrado
y ver el desfile de Octubre.
Mañana, al rayar el alba, sin duda
nos dirán: «la casa ya se ha ido».
Antes de marcharse, dice:
«Esperad fuera, no me sigáis,
de mi día libre quiero disfrutar».
—No —replica Sioma, enfadado—.
¡No puede ir de paseo sola!
El hombre es el que manda,
y todo lo demás debe obedecer.
¡Si quisiéramos, igual que el mar azul,
el cielo azul surcaríamos!
Si una casa nos molesta…
¡Pam!, la cambiamos de lugar.

»Bartó, por supuesto, describía el traslado de un edificio en la calle Serafímovich, y no los millares de arrestos, pero, aun así, yo no podía dejar de llorar. ¿Sabe, Sasha? A veces pienso que, si esa noche hubiéramos señalado en un mapa de Moscú todos los lugares donde habían arrestado a gente, la ciudad entera habría parecido un

colador…

Miro por la ventana: el cielo se oscurece. Tatiana Alekséievna se vuelve hacia sus cuadros y organiza los lienzos como si clasificara fichas en la biblioteca de su memoria.

—Hay algo que quiero enseñarle…

Coge uno de los cuadros y lo levanta frente a ella. Un tren nocturno atraviesa la tierra en diagonal. Tonos azulados oscuros. No es un tren de pasajeros, sino de mercancías. Sombra y niebla. Solo una luz amarilla ilumina la ventana delantera de la cabina del conductor. La locomotora es pequeña y estrecha; el cuadro, grande. Espero que la vecina me hable de él, pero de pronto Tatiana Alekséievna deja el lienzo a un lado, asiente y se acerca a una mesita. Saca un disco de su funda de cartón y enciende el tocadiscos.

—No recuerdo cuándo la escuché por primera vez. Una noche Liosha me invitó a la Filarmónica. Tenía que encontrarse con alguien para unos asuntos del Pompolit y decidió llevarme con él. Me quedé petrificada desde los primeros acordes. La *Sinfonía n.º 5*… Chaikovski… Me parece que esa pieza es capaz de sustituir cualquier libro de texto. Toda la historia de nuestro país concentrada en una sola obra. Si algún instrumento suena como la voz de esta tierra es, sin duda, el clarinete con el que se abre la sinfonía. Cada vez que escucho el primer movimiento, siento como si Chaikovski lo hubiera escrito inspirándose en mí. La ansiosa entrada, los tenues destellos de esperanza y el triunfo de la muerte que desemboca en una inútil primavera. Preludio de campanas, drama en menor. Los tímidos pasos de un pequeño destino en la oscuridad impenetrable. Creo que, sin darse cuenta, Chaikovski compuso un himno a la desgracia inevitable e inminente. Al cabo de unos minutos se capta que el final está en mayor, que en Chaikovski hay luz y esperanza… Sí, tal vez… Tal vez para alguien, pero no para mí. Mi historia terminó en el primer movimiento…

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto. ¿Le preparo un té?

—No, no, me iré pronto, mañana tengo que levantarme temprano: vienen a traerme los muebles y la cocina…

—¿Lo quiere negro o verde?

—Bueno…, pues negro, si puede ser…

—¿Qué quería saber?

—Siempre he sentido curiosidad: la gente que trabajaba en puestos como el suyo, los empleados del ministerio… Ustedes debían de saberlo ya todo, ¿no?

—¿A qué se refiere? —grita la vecina desde la cocina mientras

rebusca entre los cajones.

—A la guerra. ¿Sabían que iba a estallar?

—¿Contra Alemania?

—Sí.

—Hasta septiembre de 1939 existía esa probabilidad, pero, después del Pacto Ribbentrop-Mólotov, por lo menos pasamos a tener unas relaciones amistosas. Stalin, en respuesta a las felicitaciones de cumpleaños de Alemania, escribió algo sobre «la amistad sellada con sangre». Yo estaba segura de que no habría guerra.

—¿Por qué?

—En primer lugar, Alemania no estaba aún en condiciones de librar una guerra; segundo: yo, personalmente, envié a nuestras embajadas en Europa una lista de libros que debían desechar. Todos esos ejemplares se requisaron solo porque en ellos se hablaba mal de Hitler y del partido nazi. Y les transmití información sobre los comunistas alemanes que entregamos a Alemania. ¿No está mal, eh? ¡La Unión Soviética les enviaba comunistas a los nazis para que los torturasen! No recuerdo si le he dicho que entonces el NKID se encontraba en Kuznetski Most…

—Sí.

—Bien, pues en la planta baja había una imprenta y una pequeña librería. También allí, en el centro de Moscú, se eliminaron los libros en los que se describía al Führer de forma desagradable. En noviembre de 1939, estaba sentada en mi escritorio, mecanografiando un discurso de Mólotov. Había pasajes realmente sorprendentes:

> Como pasa con cualquier otro sistema ideológico, uno puede aceptar o rechazar la ideología del hitlerismo, pues es una cuestión de puntos de vista políticos. Pero todo el mundo debería entender que una ideología no se puede aniquilar a la fuerza ni eliminarse con una guerra. Por tanto, no solo es absurdo, sino también criminal, librar una guerra para «destruir el hitlerismo» encubierta bajo la falsa bandera de lucha por la «democracia»[11].

»Encantador, ¿no? ¡Luchar contra el nazismo, un crimen! Nuestros diplomáticos aprendieron bien esa lección y, cuando el ejército alemán entró en París, salieron a recibir a las tropas nazis. Además, a nuestro embajador en Francia le ocurrió una historia muy absurda. Después de que los franceses declararan a Yákov Suritz[12] *persona non grata,* Nikolái Nikoláievich Ivánov asumió el liderazgo de la delegación de París. Era un hombre sencillo, un verdadero comunista y antifascista. Con respecto a Hitler, Ivánov no se andaba con rodeos y pagó un elevado precio por ello. Cuando Moscú se enteró de que un

funcionario ruso en Francia se estaba pasando de la raya, fue convocado y detenido de inmediato. Le impusieron una condena de cinco años por «sentimientos antialemanes». ¿Y sabe cuándo fue eso? ¡En septiembre de 1941! Los nazis se encontraban a las puertas de Moscú y nosotros encarcelábamos a nuestros diplomáticos por haber hablado mal de Hitler.

—Qué delirio… ¿Así que no sintieron que se avecinaba la catástrofe?

—¿La catástrofe? ¿Es que la gente sabe reconocer la desgracia? Mi pequeña Asia estaba cada vez más mayor, yo tenía un marido maravilloso. ¿Una Segunda Guerra Mundial? Nos equivocamos al suponer que, después de los horrores de la Primera, nada parecido se repetiría. Es cierto que no dejaban de decirnos que estábamos rodeados de enemigos: Polonia, Finlandia, Japón…, pero yo sentía que el verdadero peligro acechaba aquí, en Moscú. Cuando la foto de Pasha desapareció del tablero de honor[13], lo tuve claro: la amenaza, para mí, provenía de los órganos de seguridad del NKVD[14], no de los alemanes. En 1941, empezaron a llegar, uno tras otro, informes sobre una posible invasión alemana, pero con el tiempo estos informes fueron tan numerosos que dejamos de prestarles la debida atención. Me acuerdo bien del 22 de junio. Ese día trabajaba en el turno de noche. Recibimos una llamada de la embajada alemana en la que solicitaban una reunión urgente con Mólotov. En ese momento estaba con Stalin, así que contactamos con el Kremlin, acordamos la reunión y devolvimos la llamada a los alemanes. Unas horas después de que comenzara el bombardeo, el embajador alemán Schulenburg se reunió con Mólotov en el Kremlin.

—¿Usted sabía de qué estaban hablando?

—¡Por supuesto! A la mañana siguiente, Góstiev, el secretario de Mólotov, nos lo contó todo.

—¿Y?

—Nada especial. Al parecer, Schulenburg se disculpó y dijo que él no sabía nada, que durante muchos años se había esforzado en establecer una cooperación fructífera entre ambos países. Luego le leyó a Mólotov esa declaración que todo el mundo conoce hoy:

> En vista de la intolerable amenaza adicional que supone para la frontera oriental alemana la concentración masiva y las maniobras de todas las fuerzas armadas del Ejército Rojo, el Gobierno alemán considera su obligación adoptar de inmediato contramedidas militares[15].

»Mólotov le preguntó, confundido:

»—En su opinión, ¿qué significan estas palabras?

»—Creo que es la guerra —respondió Schulenburg.

»Según Góstiev, Mólotov trató de justificarse. Dijo que no habían concentrado tropas del Ejército Rojo en la frontera con Alemania. Que se trataba solo de unas maniobras rutinarias que se llevaban a cabo todos los años. Mólotov estaba atónito y decía que no entendía muy bien cuál era el problema, pues el Gobierno alemán nunca había protestado. Schulenburg respondió que no podía añadir nada más.

—¿Y eso es todo? ¡¿Así de fácil?! ¿Estaban a punto de arrasar media Europa y de este modo se dio por concluida la conversación?

—¿De qué más había que hablar? Pero la conversación, por supuesto, no quedó ahí. Por lo demás, pasaron a tratar solo de cuestiones técnicas. Schulenburg no tenía instrucciones con respecto a la evacuación de la embajada y de los representantes de diferentes empresas alemanas, por lo que pidió ayuda a las autoridades soviéticas para repatriar a los ciudadanos alemanes. Schulenburg explicó que, dado que Rumanía y Finlandia se unirían al avance de Alemania, los ciudadanos alemanes no podrían salir por las fronteras occidentales. El embajador alemán sugirió que tomaran la ruta que pasaba por Irán. Mólotov estuvo de acuerdo y expresó su esperanza de que el Gobierno alemán, por su parte, no pusiera obstáculos para la evacuación de las instituciones soviéticas en su territorio. Así se despidieron. O no. Al parecer, al final del encuentro, Mólotov volvió a preguntarle: «¿Por qué Alemania suscribe un pacto de no agresión, si luego lo rompe tan a la ligera?».

—¿Y qué respondió Schulenburg?

—Dijo que no se podía ir contra el destino…

El 23 de junio de 1941, Tatiana Alekséievna se quedó en la oficina. Después del informe de Góstiev, se sentó en su escritorio y mecanografió un telegrama de la Cruz Roja que acababa de traducir del francés:

Ginebra, 23 de junio de 1941

A Su Excelencia, el Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores, Moscú.

Con el afán de cumplir su tarea humanitaria lo mejor posible, el Comité Internacional de la Cruz Roja se pone a disposición del Gobierno de la URSS en todos los casos en que, de conformidad con los principios de la Cruz Roja, su mediación sea de utilidad, en especial para reunir y transmitir información sobre heridos y prisioneros de guerra, según el sistema actualmente vigente entre

los Estados en conflicto y con la ayuda de la Agencia Central de Informaciones sobre los prisioneros de guerra.

El Comité Internacional de la Cruz Roja propone las siguientes medidas: el Gobierno de la URSS elaborará listas de prisioneros sanos y heridos, indicando los apellidos, el nombre, el rango militar, la fecha de nacimiento, el lugar de captura, el estado de salud y, si es posible, el lugar de nacimiento y el patronímico. Los mismos datos se recopilarán en relación con los muertos. Toda esta información servirá para los siguientes propósitos:

1) será transmitida a las partes en conflicto;

2) se notificará a las familias que se dirijan al Comité Internacional de la Cruz Roja en busca de información.

Para acelerar la comunicación de los datos recopilados, se considera la posibilidad de establecer una sede en una ubicación geográficamente conveniente. La misma notificación se ha trasladado a los Gobiernos de Alemania, Finlandia y Rumanía.

Consideramos que la no participación de la URSS en la Convención de Ginebra de 1929 sobre el trato dispensado a los prisioneros de guerra no debería impedir la aplicación de las propuestas antes formuladas, siempre que sean aceptadas por las partes en conflicto.

A la espera de la respuesta de Su Excelencia, le expresamos nuestra más alta estima.

Max Huber
Comité Internacional de la Cruz Roja

En los primeros días de la guerra, Tatiana no presintió la catástrofe. Estaba absolutamente convencida de que el conflicto se resolvería en poco tiempo. Cuando mecanografías a todas horas documentos internacionales, cuando tu escritorio está repleto de montañas de papeles y a tu alrededor la gente zumba como en una colmena, piensas que el problema se resolverá pronto.

A pesar de la velocidad con la que avanzaban los alemanes, Tatiana Alekséievna comprendía que la URSS estaba tratando de alcanzar con urgencia un acuerdo con Alemania por varios canales. Se le propuso a Hitler hacer una pausa, detenerse y decidir qué quería anexionar.

—No creo que realmente estuviéramos dispuestos a darles Ucrania o Bielorrusia a los alemanes, pero necesitábamos tiempo para reagrupar las tropas, así que nuestros agentes se reunieron con sus homólogos alemanes y, transmitiendo las observaciones más comprensibles, se ofrecieron a sentarse a la mesa de negociaciones. Creía que esos esfuerzos darían sin duda sus frutos. «La guerra terminaría», pensaba mientras llevaba a mi hija al jardín de infancia.

Pasó una semana, otra, y aún era lo suficientemente ingenua como para creer que el conflicto estaba a punto de frenarse. Solo a finales de agosto, cuando Liosha partió al frente sur, me di cuenta de que algo realmente terrible había sucedido…

Tomo un sorbo. El té está caliente, fuerte y dulce. La vecina sonríe. Miro mi reloj de nuevo, pero decido quedarme.

—Un mes después recibí sus primeras cartas. Dos a la vez. Liosha no me contaba nada. No quería preocuparme. Cómo lo admiraba. Él estaba allí, en el campo de batalla, con una sola cosa en mente: no asustarme. ¡Impertérrito! Me escribía sobre toda clase de trivialidades y trataba de calmarme. Decía que hacía buen tiempo y que la comida era buena. Me contó que un soldado de su regimiento era un excelente pianista, que en una escuela abandonada habían encontrado un piano y que su camarada había interpretado para él una *Rapsodia húngara* de Liszt. Escribía que allí convivía con muchos hombres normales y corrientes que probablemente no compartían sus opiniones políticas, pero que eso ahora carecía de importancia: lo principal era que el pueblo se mantuviera unido frente al enemigo.

Tatiana Alekséievna sabía que su marido se ocupaba de la voladura de puentes, y eso le infundía esperanzas. «Después de todo, no está en primera línea —pensaba equivocadamente—. Al retirarse, se esforzaban en cortar de antemano el paso a los alemanes, y eso significa que Liosha siempre tiene la oportunidad de evitar encontrarse con el enemigo…»

—Aún recuerdo los ojos que puso la vendedora de la tienda de música. Su asombro. Su irritación e incomprensión. En la mirada de esa mujer había lástima e ira.

«¡Dios mío, hay guerra y aún vienen personas a comprar discos! ¿Qué le pasa a esta gente? ¿Quiere una *Rapsodia húngara* de Liszt? ¿Y por qué esa en concreto? ¿Por qué quiere comprar esa pieza en este momento? ¿Para seguir sintiéndose humana y continuar con su vida corriente? ¿Se niega a ver la tragedia? ¿Quiere volver a casa, descalzarse y poner el tocadiscos?»

No, no era eso. Tatiana Alekséievna solo deseaba estar más cerca de su marido. Quería entender cómo le estaba yendo por allí. Al escuchar a Liszt, por primera vez Tatiana reconoció en los acordes no alegría, sino explosiones de bombas. Ahora no se percataba de su tono jocoso, sino del horror de todo cuanto se avecinaba. En los pasajes juguetones, que antes siempre le habían hecho sonreír, Tatiana Alekséievna advertía el absurdo y la futilidad, la comedia y la locura diabólica de la nueva guerra.

Sus temores se acrecentaron a mediados de octubre. No recibió más

cartas de Alekséi y, después de que se filtraran ciertos rumores, Moscú buscó una salvación en la huida.

Cuatro días terribles. Cuando en la capital se supo que los nazis estaban muy cerca, la gente, como es natural, perdió la cabeza. Puro instinto de conservación. Por primera vez en la historia se cerró el metro. Eso fue, al parecer, la gota que colmó el vaso. Un país de veletas. Los ciudadanos que, a lo largo de años de mentiras, habían aprendido a interpretar el más mínimo indicio, entendieron la señal. Se vació la plaza Stáraia, desapareció el dinero. Se preparaban para volar los principales edificios de la «ciudad de las cúpulas doradas». Tatiana Alekséievna estaba sentada en su oficina mientras un joven iba de aquí para allá, alrededor de su mesa, preguntándose cuál era el mejor lugar para colocar explosivos. Se decidió trasladar el NKID a Kúibishev, junto con otros comisariados, pero la secretaría, que estaba directamente subordinada a Mólotov, tenía que quedarse en Moscú.

—¿Qué será de nosotros?

—¡Todo irá bien, no te preocupes! Dicen que Zhúkov[16] ha prometido que resistiremos.

—¿Resistiremos?

—¡Por supuesto!

Durante cuatro días, Moscú, a diferencia de Tatiana Alekséievna, no creyó en ninguna promesa. La gente huía en coches y carros. En cuanto veían pasar un camión, los hombres intentaban instalar en la parte trasera a sus mujeres e hijos. Los que ya estaban dentro se defendían a golpes de maletas y bolsas. «Amistad» y «Octubre», bonitos conceptos, pero, en esa evacuación espontánea, la gente no se avergonzaba de su pánico.

«¡Quítame las manos de encima, bastardo! ¡Vete! ¡Te voy a matar, cerdo!»

Durante muchos años, el Partido afirmó que en la Unión Soviética no había privilegiados. Los escritores y los filósofos extranjeros a quienes el padre de Tatiana había reclutado con celo habían difundido esta información durante décadas en Occidente, pero en octubre de 1941 ya no cabía la menor duda de que era principalmente la élite la que huía de la capital. Al enterarse, la gente de a pie bloqueó las salidas de Moscú. Hombres enojados tomaron las calles y se abalanzaban sobre cada automóvil que estuviera a punto de salir de la ciudad. Les quitaron el dinero a los ricos, les dieron una buena tunda a los fugitivos y tiraron los coches a las cunetas. En Moscú rompieron escaparates y, temiendo al enemigo, los leales estalinistas quemaron sus documentos. Los servidores más fieles del líder del Partido exigieron vagones privados para sacar de la ciudad sus jarrones, sus

sofás y sus cuadros…

—Como le dije, solo recibí dos cartas de mi marido. Luego cesó todo contacto. Al principio no me preocupé, pues el correo funcionaba mal incluso entre nosotros, en el NKID. Traté de ser fuerte. Mi marido estaba en la guerra, así que tenía que demostrar que era digna de él. Fue difícil para todos, pero nos acostumbramos. Nos acostumbramos, porque la tragedia se había convertido en la norma.

*

Todos los días, cuando regresaba del trabajo, Tatiana Alekséievna pasaba por delante de la casa de Azárov. Le habría encantado subir y tocar el timbre, aun sabiendo que su amigo no respondería. Hacía dos años que Tatiana ignoraba qué había sido de él. En el NKID se rumoreaba que había una investigación en curso, que Pasha estaba a punto de ser liberado, pero ella no dejaba de pensar: «¿Qué clase de investigación es esa, que dura setecientos días?».

En 1941 ya no había días libres. Cuando un documento estaba listo, Tatiana Alekséievna pasaba de inmediato al siguiente. Informes de representantes plenipotenciarios y resultados de negociaciones, tiernas cartas al camarada Stalin y denuncias procedentes de varios países. Desde los primeros días de la guerra, el Comité Internacional de la Cruz Roja había intentado normalizar sus relaciones con la Unión Soviética, pero lamentablemente sin éxito.

Llegó de Ginebra una propuesta para iniciar el intercambio de prisioneros de guerra y, en la medida de lo posible, aliviar el sufrimiento de los soldados heridos, pero resultó que aquello no era del interés de la Unión Soviética. El NKID reaccionaba con lentitud, o ni siquiera respondía a las cartas de Suiza.

TELEGRAMA
De Ginebra
20 de octubre de 1941
Al Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores, Moscú:
Tenemos el honor de informarle de que tenemos una lista con los nombres de 2.894 prisioneros de guerra soviéticos en Rumanía, que le haremos llegar a través de nuestra delegación en Ankara. Aprovechamos la ocasión para comunicarles también la decisión del Gobierno rumano de suspender el envío de estas listas hasta que reciba las de los prisioneros de guerra rumanos en la Unión Soviética.
Cruz Roja Internacional

—Con el tiempo, por las cartas que recibimos, me di cuenta de que los

jefes reaccionaban con la misma instrucción a casi todas las cartas de la Cruz Roja: «Abstenerse de contestar».

Ginebra solicitó visados para dos representantes suyos, pero Moscú hizo caso omiso de la petición. La Cruz Roja lo intentó una y otra vez, pero, por órdenes de arriba, el NKID guardaba silencio.

—Decían: «todo este papeleo con los prisioneros de guerra nos desvía de nuestro trabajo. El NKID tiene cosas más importantes que hacer». Además, nos explicaron que un soldado que lucha con valentía no puede ser hecho prisionero de guerra. Si un combatiente se rinde, el nombre que lo define es el de «cobarde». Por extraño que parezca, eso es lo que con más frecuencia oía decir a hombres, en Moscú, que se habían quedado en casa. Un soldado soviético debe luchar hasta su última gota de sangre. Punto y aparte.

A principios del invierno de 1941, la Cruz Roja envió la lista prometida de los prisioneros de guerra soviéticos desde el frente rumano. Cuando el documento fue a parar a la mesa de Tatiana Alekséievna, de pronto sintió que un hormigueo le recorría el cuerpo.

—No sé por qué, pero decidí comprobar si nuestro apellido figuraba en esos documentos. Con cuidado para que nadie me viera, tomé las fichas adjuntas y empecé a leer los nombres de los soldados capturados. Los rumanos no se habían molestado en ordenar alfabéticamente la lista, así que releí los nombres y apellidos varias veces hasta que al final encontré a mi marido…

No había duda, todo coincidía: iniciales, rango, año de nacimiento. Faltó poco para que se desmayara. Probablemente, así respira alguien que acaba de coronar el Mont Blanc. Falta de oxígeno, o algo así.

—No sé, lo cierto es que no sé cómo describirlo, pero sentí que me iba a morir.

Con las manos temblorosas, dejó las fichas a un lado, empujó con cuidado la silla hacia atrás y salió de la oficina. Le flaqueaban las piernas, la cabeza le daba vueltas. En la calle, casi la atropelló un autobús. Una mujer le ladró con aliento humeante: «¿Adónde vas con tanta prisa?».

—No recuerdo cómo llegué a la plaza en mitad de la tormenta de nieve ni cómo me desplomé en el banco nevado. Con los zapatos que llevaba, me movía como una vaca por el hielo. Afuera hacía un frío gélido, pero no sentía nada.

Tiritaba por la conmoción, no por la helada. Con la mano presionada contra la boca, Tatiana Alekséievna trató de calmarse.

«¡Está vivo! ¡Vivo! ¡Vivo!», susurró.

Por un instante se sintió muerta. Una pausa. Moscú se hundía en la nieve, pero el tiempo para ella se había detenido. El silencio cayó

sobre la tierra. Silencio. Como si alguien hubiera apagado el sonido. Un vacío reconfortante. Tatiana Alekséievna sabía que su marido estaba herido, pero vivo…

Herido, pero vivo…

Debería haber vuelto enseguida al trabajo, pero no pudo.

—¡No se imagina lo que me pasaba en ese momento!

»"Pasha, Pasha, ¿dónde estás ahora, querido? ¡Cómo me gustaría hablar ahora contigo! ¡Necesito tanto tus consejos! ¡Liosha ha sido hecho prisionero! ¿Lo entiendes? ¡Sí, prisionero! ¡En Rumanía…! ¿Dónde? No lo sé. No, no, no te preocupes, no se lo diré a nadie…".

Tatiana Alekséievna trataba en vano de calmarse y de ordenar en su mente lo ocurrido. ¿Era feliz? ¡De ningún modo! Sentía todo tipo de cosas, pero no alegría.

—Primero: Liosha está vivo.

»Segundo: Liosha ha sido hecho prisionero. Pero ¿por qué? ¿Cómo se encuentra allí? ¿Cómo lo tratan? ¿Está bien? Gravemente herido… ¿Qué significa eso? ¿Fue por una bala? ¿Una granada? ¿Una bayoneta? ¿Le habrán amputado un brazo o una pierna? Sea como sea, está vivo, ¡y eso es lo más importante! ¡Quieren intercambiarlo, así que pronto estará en casa! Y lo abrazaré, estaremos juntos: Liosha, Asia y yo…

»Segundo: no, lo segundo es que a Liosha lo han hecho prisionero.

»Tercero: Liosha es un prisionero de guerra y eso significa que no puedo decírselo a nadie… ¡No, a nadie!

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué no podía contarle a nadie que su marido había sido capturado?

—Porque recordaba bien la orden n.º 270 de Stalin, que se publicó en agosto en todos los periódicos:

> A los comandantes y los responsables políticos a los que durante el combate se les arranquen sus insignias y huyan a la retaguardia o se rindan al enemigo como prisioneros de guerra se los considerará desertores y sus familias serán arrestadas por su parentesco con un criminal que ha roto su juramento y ha traicionado a su Patria.

De hecho, la situación era aún más grave. Tatiana Alekséievna trabajaba en el NKID. Había una directiva según la cual, en determinados casos, los familiares de los prisioneros de guerra no solo debían ser condenados quince años al gulag, sino fusilados. Ese era su caso.

—No se olvide de los documentos que pasaron por mis manos y

dónde nací…

Una trampa. En un instante su vida dio un vuelco. Una emboscada, un cepo ingeniosamente colocado por el destino. Alekséi había sido hecho prisionero… Su marido se había convertido en un enemigo del pueblo, por lo que ella ahora también lo era.

«¡Tengo que ir! ¡Tengo que volver ahora mismo corriendo al trabajo!», repetía Tatiana Alekséievna, y se puso de pie. Cuando regresó al NKID, reflexionó sobre qué debía hacer. Es asombroso lo rápido que puede trabajar la mente. Un millón de combinaciones por segundo. Una conciencia instantánea. A pesar de la niebla que le envolvía los ojos, su cerebro funcionaba a la perfección. Como la mejor jugadora de ajedrez del mundo, revisó todos los movimientos posibles…

—¡No vaya a pensar que quiero justificarme! ¡No! Soy consciente de mis errores. Me refiero a otra cosa. Es asombroso cómo se puede desmoronar la conciencia en un abrir y cerrar de ojos. ¡Zas! La deshumanización ocurre en una fracción de segundo…

¿Cuántas veces alrededor de una mesa, después de una o dos copas, habíamos discutido en nuestro círculo de amistades sobre tal o cual conducta?

—¡No, yo nunca haría eso! ¡Ni siquiera aunque me amenazaran de muerte! ¿Traicionar? ¡Ni hablar! ¿Difamar? ¡De ninguna manera! ¡Todo tiene sus límites! ¿Qué hay de la moralidad? ¿Y del honor? ¿Te enteraste de que tal o cual escribió una denuncia? Y yo, ¿lo habría hecho? ¡Oh, no! ¡Bajo ningún concepto! ¿Acusar falsamente a alguien? ¡Qué tontería! Ni siquiera lo haría bajo tortura. ¿Y si la vida de mis hijos dependiera de ello? ¡Nada podría obligarme a renunciar a mi humanidad!

»¡De ninguna manera! En realidad, todo era mucho más complicado… Si al ser humano se le da bien algo, es el arte de negociar consigo mismo…

Mientras subía las escaleras, tamborileaba con el índice, como si fuera un martillo, sobre sus dientes:

«Piensa, piensa, piensa… La carta de la Cruz Roja está en francés. Los nombres de los prisioneros de guerra están en caracteres latinos. ¿Y si alguien de los nuestros leyera esa lista…? ¿Y si alguien reparase en ella, la cotejara y se diera cuenta de que mi marido es uno de ellos? Por lo demás, es poco probable. A nadie de los nuestros le importa. Ya tienen bastante trabajo que hacer. ¿A quién pueden interesarle esos nombres? ¡De casi tres mil hombres! ¿Quién querría leerlos todos? ¿Las otras chicas que trabajan aquí? Pero diría que no tienen a nadie en el frente. Solo Lena, me parece, aunque su marido murió a

principios de otoño. Por tanto, todo está bien por lo que respecta a nuestra oficina… Así que tranquila, eso es lo más importante… Cálmate, cálmate, adelante… Aquí nadie se dará cuenta de nada, pero el NKVD… El NKVD es otra historia… Traduciré el documento y se lo daré a Podtserob[17]. Al cabo de unos días se enviarán las listas de prisioneros de guerra al NKVD, y allí los camaradas no perderán el tiempo, se pondrán al instante manos a la obra. Ellos no tienen que ir al frente, libran su propia cruzada. A cuantos más arresten, mejor para su reputación. Creo que al NKVD solo se le envía la lista traducida. ¿Y si cometo un error tipográfico? ¿Qué pasaría si solo cambio una sílaba del apellido? Nadie cotejará las dos listas. Si tan solo cambio una letra de las iniciales, buscarán a otra persona… Pero ¿qué sílaba se puede cambiar en Pavkov? Maldita sea, Liosha, ¿por qué tienes que llamarte así? ¡No se puede cambiar una sola sílaba! Además, si no encuentran a la persona, o si se dan cuenta de que algo no cuadra, harán otra solicitud y pedirán el original, y entonces todo se descubrirá. Pero ¿estamos obligados a darles los originales? ¿Quién puede saberlo? ¿A quién se lo pregunto? ¡Sin duda, no hay modo de preguntárselo a nadie! ¿Debería, pues, tachar a Liosha de la lista? Pero entonces no coincidirá el número de prisioneros de guerra. Por un lado, el NKVD no se enterará y buscará a una familia menos; por otro, el número de soldados solo se puede cotejar aquí, en nuestra oficina…».

Así que estaba decidida a salvarse a sí misma y a su marido, pero aún no sabía cómo. Al entrar en su oficina, Tatiana intentó recomponerse y, sin dejar traslucir nada, se sentó a su escritorio. Primero, volvió a revisar el documento. «¿Y si me he equivocado y mi marido no está en esa lista?»

Pero sí, ahí estaba. Su marido, Alekséi, era un prisionero de guerra rumano.

No tuvo tiempo de pensar. Había que decidirse enseguida. Primero tradujo la carta de la Cruz Roja, luego escribió los nombres. Por lo general, Tatiana acababa los documentos mucho más rápido, pero esta vez una comprensible inhibición la frenaba. Después de dos horas y media, por fin llegó a él, a Liosha.

«¿Y si no buscaran a los parientes? Después de todo, estamos en guerra… ¿Acaso es el momento de luchar contra los ciudadanos de tu propio bando? ¿Por qué deberían perseguirnos mientras el enemigo avanza? Bueno… Está bien… No te preocupes… Piensa, piensa con objetividad. Haya guerra o no, esa gente está ocupada en su trabajo. Supongamos que la lista realmente les llega… Eso significa que tengo que corregirla. Pero, si se dan cuenta, ¡me fusilarán al instante! ¿Acaso debería contárselo todo yo misma? ¿Qué pasaría si fuera a verlos y les

ofreciera una confesión sincera? En ese caso, ¿me dejarían en paz? ¿Podría llegar a un acuerdo con ellos? Podrían ponerme como ejemplo para los demás. Dirían: "mirad, aquí hay una auténtica comunista. ¡Se ha enterado de que su marido es un enemigo del pueblo y ha renegado de él!". Una buena historia para hacer propaganda, ¿no? Si actúo contra mi conciencia, al menos podré cuidar a Asia. Diré que ya no quiero tener nada que ver con un enemigo del pueblo. Sí, eso es lo que les diré. "¡Camaradas, perdonen a nuestra familia!" ¿Debería pedir el divorcio? ¿Presentar la solicitud ahora mismo, antes de que todo se descubra? Estoy segura de que Liosha me entendería. Quiero salvar a Asia, no salvarme a mí misma. Sin duda, él actuaría de la misma forma. Liosha me ama… No nos culparía… Aunque… ¡No! Con eso no conseguiré nada… Si descubren que el marido de una colaboradora con acceso a documentos secretos se ha pasado al enemigo, me arrestarán. Todo está perdido. Qué desastre…»

—¿Por qué se calla?

—¿Eh?

—Le pregunto que por qué se calla. ¿Qué hizo después?

—¿A qué se refiere?

—¡¿Qué hizo con el documento?!

—Oh… No me acuerdo…

—¡¿Cómo que no se acuerda?! ¡Me lo acaba de contar todo, hasta el último detalle!

—Es broma, Sasha, es broma… Gracioso, ¿no? ¿Cuándo debería bromear, sino ahora? Es una historia divertida, ¿verdad? Si se enciende hoy la televisión, se ve a gente que siente nostalgia de aquellos tiempos. Parece que muchos no saben vivir sin miedo… ¿Que qué hice? ¿Qué podía hacer? ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

—No lo sé, me cuesta responder así sin más.

—Le cuesta, ¿lo ve? Para mí también fue difícil. Por la mañana, yo aún era una ciudadana soviética normal y corriente, sin nada que reprocharme. Tenía la conciencia tranquila. Había llevado una vida honesta, nunca engañé o traicioné a nadie… Pero en ese momento de un mediodía gris y frío, el destino me puso ante una tarea difícil. ¿Cómo era la canción? ¿Qué hacer? Dejarte ir u olvidar; oh, jamás, no podría…

—La canción no habla de eso…

—Sí, tiene razón, no habla de eso… ¿Qué hice? Hice algo de lo que me arrepentí el resto de mi vida…

Sentada a su escritorio, miraba fijamente el nombre de su marido. En las fichas rumanas estaba su nombre, pero aún no en el documento de la traducción rusa. Era el momento de actuar. Si incluía los datos de

su marido en la lista rusa mantendría su inocencia, pero no solo se pondría a sí misma en peligro, sino también a su hija. ¿Y si lo omitía? En ese caso, cabía la posibilidad de evitar el arresto, pero Tatiana Alekséievna temía que el NKVD se diera cuenta.

—Imagínese que juega al ajedrez contra sí mismo y que anota todos los movimientos. No hay nadie más en la habitación y, cuando es el turno de las piezas negras, usted sustrae un peón blanco del tablero. ¿Qué haría? ¿Registraría el robo? ¿Cómo pudo pasar? Había un peón y de pronto ya no está. ¿Acaso alguien se dará cuenta? ¿A quién le interesa una simple partida de ajedrez?

—¿Y qué hizo, pues?

—¿Qué hice? Lo que hice fue… inculpar a otro hombre…

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Puse en dos casillas la misma pieza…

Cuando llegó el turno de Alekséi, Tatiana volvió a copiar el nombre anterior. Ahora en los números 567 y 568 aparecía el mismo soldado, y no Liosha, su marido. Después de Pavkin debería haber ido Pavkov, pero, al repetir el nombre de ese soldado desconocido, Tatiana Alekséievna no incluyó el de su marido.

La vecina interrumpe su relato. Toma un sorbo de té y levanta los ojos de su taza hacia mí:

—Sé lo que está pensando. Piensa: «¿cómo pudo hacer eso? ¿Por qué no dejó fuera también a los otros y solo se salvó a sí misma? ¿Por qué no falsificó toda la lista?». Muchos años después pensé que tal vez, en efecto, habría podido hacerlo. Tal vez debería haber alterado los dos mil nombres… Así habría confundido a los investigadores por un tiempo, pero, no obstante, de todos modos, muy pronto habrían llegado a mí y a todos los demás… Por lo tanto, no. No habría habido heroísmo ni sentido en esa acción…

»Además, ¿para qué hablar de eso ahora? No lo hice, al fin y al cabo… ¿Tenía miedo? Sí, sin duda. Tampoco trato de justificarme. Ese día actué como una cobarde, lo sé, pero, créame, la vida me ha castigado por ello con bastante severidad…

Ella no sabía quién era ese soldado. No lo conocía. Tatiana Alekséievna sabía que se trataba de un ciudadano soviético, como su marido, también herido, con la única diferencia de que su apellido en la lista estaba justo encima del de su esposo y, por tanto, ahora su nombre aparecía por partida doble. ¡Eso es todo! ¡Sí, así era, en efecto! Ella no conocía a ese hombre, pero había lanzado tras su familia dos jaurías de perros.

—Decidí que el NKVD consideraría esta repetición como un error tipográfico común. Además, si de veras querían encarcelar a todas las

esposas, tendrían mucho trabajo por delante: les tocaría encontrar y arrestar a varios miles de mujeres. Pensé que era poco probable que los camaradas se molestaran por semejante menudencia: el destino de un único ser humano…

Al entregar los documentos, se prometió a sí misma seguir viviendo como antes. «No ha pasado nada —se repetía—, nada en absoluto.» Un error tipográfico. Lo más probable es que la mecanógrafa se distrajera y copiara dos veces ese nombre. Hay que llamar al NKID y decirles que le echen un rapapolvo.

—Estaba segura de que sabría cómo manejar la situación. Creía que encontraría fuerzas dentro de mí y que la avalancha de documentos que seguían cayendo sobre mi escritorio me distraería. Así que, una vez mecanografiada la lista, la entregué. Alekséi había desaparecido de la versión rusa, la que según mis cálculos enviarían al NKVD.

El Comité Internacional de la Cruz Roja lamenta sinceramente informarle de que el soldado del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos Antón Bessónov, nacido en 1925, resultó gravemente herido en combate en el frente finlandés, fue rescatado del campo de batalla por soldados finlandeses y trasladado al hospital de campaña n.º 58, donde murió a causa de las heridas el 9 de diciembre de 1941, a pesar de toda la atención médica recibida.

Estas informaciones nos las proporcionaron compañeros del soldado fallecido que estuvieron con él en el hospital.

De acuerdo con la última voluntad del difunto, le rogamos que comunique esta triste noticia a la señora Bessónova, que vive en el pueblo de Yemereno, región de Kalinin. No se han podido determinar ni el nombre de pila de la señora Bessónova ni su grado de parentesco con el soldado fallecido.

Le agradecemos de antemano su cooperación y le transmitimos nuestro más sincero respeto.

Comité Internacional de la Cruz Roja.

El Comité Internacional de la Cruz Roja le informa de que el soldado del Ejército Rojo Dmitri Semiónovich Kurilenko murió el 14 de noviembre de 1941 cerca de Górlovka (Ucrania), en dirección a Nikítovka. Está enterrado en el borde derecho de la carretera asfaltada que va de Górlovka a Nikítovka, detrás del puente por debajo del cual pasa la vía férrea.

Estos datos nos fueron facilitados por la Cruz Roja Italiana.

Los nombres de los familiares del difunto no se nos proporcionaron.

Saludos cordiales.

Comité Internacional de la Cruz Roja, Oficina Central para

Prisioneros de Guerra
Bruno Deloff.

La Cruz Roja seguía enviando telegramas. Todos los días, Tatiana Alekséievna recibía las cartas de Ginebra con gran agitación. Siempre que leía sobre soldados caídos, temía que en el siguiente documento le confirmaran la muerte de su marido.

«La Cruz Roja le transmite su más sentido pésame en relación con el soldado del Ejército Rojo…» No, por suerte no lo habían matado, por suerte estaba herido; por suerte, se trataba de otra persona…

—Pasaron las semanas. Recibimos una multitud de nuevos telegramas, pero aún no sabía nada de Alekséi. Ninguna novedad. Gravemente herido. Estaba en una lista y tachado de otra. Por mí. Se encontraba en cautiverio rumano. Gravemente herido.

«En cautiverio rumano.»

«Gravemente herido.»

«En cautiverio rumano.»

»¿Todavía?

»¿O ya no?

»A los heridos graves no se les atiende durante mucho tiempo.

»Nadie los necesita…

»Por regla general, las partes en conflicto intentan intercambiar primero a los heridos graves, porque son una carga. Si ni siquiera hay tiempo para cuidar a tu propia gente, ¿quién va a pensar en la de los demás? No son estúpidos. La Cruz Roja les transmite su sincero respeto y adjunta una nueva lista de heridos graves a esta carta… Entiéndase: están a punto de morir…»

—Lena, la mecanógrafa que había perdido a su marido a principios de septiembre, vino a preguntarme una vez:

»—Oye, Tania, tú también eres una de ellos, ¿no?

»—¿Qué quieres decir?

»—Bueno, naciste en Occidente, ¿no?

»—Sí, en Londres.

»—Oye, estoy mecanografiando todos estos documentos y no llego a comprender qué tenéis en la cabeza.

»—¿Qué quieres decir?

»—Bueno, vosotros, los europeos, ¿qué tenéis en la cabeza?

»—Yo soy soviética, una ciudadana soviética, como tú.

»—Sí, sí, claro, pero tú viviste allí, debes de entender lo que tiene esa gente en la mollera, ¿no?

»—Lo mismo que nosotros, Lena.

»—¿Lo mismo? No, no lo creo. Si fuera así, ¿por qué nos envían

todos estos documentos?

»—¿Qué documentos?

»—Pues todas esas cartas en las que hablan de cada soldado por separado. ¿Por qué lo hacen? ¿Para conseguir qué? ¡No lo entiendo! Una veintena de países están en guerra, cientos de miles de personas mueren, y esos payasos de Ginebra se dedican a enviarnos cartas. Hoy he perdido un montón de tiempo con tres soldados de la región de Kiev. Todos muertos y no hay información sobre sus familiares. ¿Qué quieren que haga? ¿Que vaya a Ucrania y me ponga a gritar en la plaza principal que tengo tres cadáveres?

»"A veces pienso —continuó Lena— que estos suizos solo buscan paralizar nuestro trabajo. ¿Estarán compinchados con los nazis? ¿Qué les importa lo que nos pase? ¿Qué más les da si ha muerto uno de los nuestros? ¿Por qué no enviar una lista completa de nombres al final del año? ¿Creen que aquí no tenemos nada más que hacer que escribir cartas a las familias? ¡Cuando termine la guerra, todos lo entenderán por sí solos!"

»—Creo que piensan que es importante —dije, calmada, para no molestar a Lena.

»—¿Por qué es importante? ¡¿A quién le importa ahora?!

»—A mí me importa. Me gustaría saber dónde está mi marido ahora.

»—¿Y eso qué cambiaría?

»—Todo, Lena, todo…

Tatiana apagó el cigarrillo y volvió a la oficina. Una ojeada al calendario le hizo darse cuenta de que ya llevaba varias semanas fumando. Eso la calmó. Todos los días esperaba aterrorizada la notificación de su muerte. No había noche en que no pensara en las familias a las que no había podido ayudar. Tatiana se imaginó a la mujer a la que había expuesto dos veces al arresto y, sin poder quitarse de la cabeza el nombre del soldado desconocido, esperaba que no estuviera casado. Sufría por no poder comunicar a miles de madres que sus hijos estaban vivos, del mismo modo que no podía decirles a otros que sus seres queridos estaban muertos.

—¿Cómo podría haberlo hecho? ¿Copiando y difundiendo las listas? Pero si no tenía dinero ni para los sellos… Además, todas las cartas de Moscú estaban sujetas a la censura más férrea. ¿Encontrar a esas mujeres y hablar con ellas en persona? De hecho, no libraba ni una sola jornada, y yo no tenía los medios para salir de la ciudad. ¡Ahora entendía que había cometido una increíble estupidez! Ese día me había parecido una buena decisión, pero en realidad era la peor de las imaginables. ¡¿Cómo me vino a la cabeza semejante ocurrencia?!

Podría haberme inventado un nombre cualquiera y, en cambio, ¡había hecho algo que saltaría enseguida a la vista! ¡Qué idiota, repetir el mismo nombre! ¡¿Cómo pude pensar que en el NKVD pasarían por alto esa flagrante coincidencia?! «¡En cuanto descubran la repetición, comprenderán que algo está mal!», pensé. En lugar de escribir un nombre inventado para desviar la atención de nuestra familia, puse a los investigadores tras el rastro no solo de aquel soldado desconocido, sino también tras el mío.

No había hora en la que no pensara en su inminente arresto. Tatiana Alekséievna temía por su marido, temía por su hija. El peligro acechaba siempre y en cada esquina. Tatiana esperaba a los que vendrían a buscarla. En cada persona que la miraba, en cada transeúnte, veía al camarada que estaba a punto de abalanzarse sobre ella. Por la noche, después de acostar a Asia, Tatiana Alekséievna aguzaba el oído al ruido de los coches que pasaban y no se dormía hasta alrededor de las tres o las cuatro de la mañana, cuando su cuerpo, exhausto, finalmente se rendía.

Tramaba un plan para escapar. Su único amigo estaba en la cárcel. Los padres de Liosha vivían aquí, en Minsk, que en ese momento estaba bajo ocupación alemana, por lo que Tatiana Alekséievna dudaba. Cada vez que se le ocurría un nuevo plan, encontraba su punto débil. Tenía que actuar, pero el miedo la atenazaba.

—El instinto maternal no me era de ayuda, pero me obligaba a mostrarme cautelosa. Tenía miedo. Pensaba que todos los caminos de mi propio laberinto conducían a la cárcel. Y eso era aterrador. Literalmente. Bajo ese tipo de presión uno puede enloquecer.

Se sentía como una prisionera en el corredor de la muerte a la que, por alguna razón, no ejecutaban. Una pistola le apuntaba en la nuca, sentía el cañón frío, pero el verdugo no apretaba el gatillo. Un día, dos días, veintidós. Al cabo de unos meses, estaba tan agotada que quería entregarse.

—Siempre me sentía enferma. Mi organismo se estaba desgastando. Aunque no es nada sorprendente, porque incluso la más cruel de las condenas es siempre más humana que la incertidumbre.

Una y otra vez tenía un sueño recurrente. Su marido la tomaba de la mano y la conducía hasta un largo puente de madera.

«Mira —le decía—. Yo construí este puente. Cuidado, no tiene barandilla…»

El puente estaba tendido sobre un abismo y se balanceaba con el viento. Había que cruzarlo con mucho cuidado o, mejor aún, avanzar a cuatro patas. Cada vez que llegaban al centro del puente se detenían y, en lugar de continuar el camino, se acercaban al borde. Alekséi

tomaba a Tatiana de la mano y le pedía que se sentara. Aunque tenía un miedo horrible, obedecía. Con las piernas colgando en el aire, rígida del terror, veía al fondo, muy abajo, unos diminutos abetos azulados cuyas hojas susurraban. El puente se balanceaba. Del miedo, sentía los muslos entumecidos. Le rogaba a Alekséi que siguieran adelante, pero su marido ya no estaba allí. En el momento más terrible de su vida, de pronto desaparecía. Sentada en mitad del puente, sabía que, tanto si intentaba levantarse como si trataba de incorporarse sirviéndose de ambas manos, el puente empezaría a balancearse de nuevo y ella se caería…

*

En abril de 1942, la Cruz Roja envió otra carta. Esta vez los rumanos se ofrecían a repatriar a 632 soldados soviéticos. Después de asegurarse de que nadie la estuviera mirando, Tatiana Alekséievna revisó la lista. Una vez, dos veces…

—Leí el documento varias veces, pero Liosha no estaba.

«Liosha no está…»

«¿Estará curado?»

«¿Se habrá restablecido?»

«¿Habrá escapado?»

«¿Lo transfirieron a otro campo?»

«¿Está ya de camino a Moscú?»

Lograba calmarse diciéndose que su marido vivía, que no estaba en apuros: «Alekséi está bien… ¿Me oyes? ¡¿Me oyes, estúpida?! Mírate en el espejo y di: "¡Alekséi está bien!". Dilo en voz baja y calmada. Respira hondo y di: "Alekséi está bien"». Pero no. No pudo. Después de varios meses de enorme tensión, Tatiana Alekséievna se rindió. No le quedaban fuerzas. Liosha no aparecía en la nueva lista, y Tatiana Alekséievna estaba segura de que su marido había muerto…

—Un día vi a Podtserob pasar por el pasillo, me levanté de un salto y lo perseguí.

»—¡Borís Fiódorovich, tenemos que hablar!

»—¿Por qué estás tan agitada, Tania?

»—Tengo que preguntarle algo, ¡es importante!

»—Te escucho…

»—¿Qué les pasará a nuestros prisioneros de guerra?

»—¿Qué quieres decir, Tania?

»—¿Qué les pasará a los soldados que han sido hechos prisioneros?

»—¿Por qué lo preguntas?

»—Creo que mi marido fue capturado…

Podtserob la miró atentamente:

—¿Dónde, Tania?

—No lo sé, no estoy segura… Es que no he recibido ninguna carta suya desde hace mucho tiempo, así que pensé: «¿Y si está preso?».

—¡Oh, no te preocupes! Ya sabes lo mal que funciona ahora el correo… Vuelve al trabajo, ¡todo irá bien!

—Borís Fiódorovich, mi marido está en la lista rumana…

Sentencia de muerte. Ella había construido la ciudad y la plaza. Luego había montado una herrería y alimentado al verdugo. Levantó un cadalso y se subió por sí sola a él. Y todo eso, literalmente, en cuestión de segundos. Podtserob miró a Tania en silencio, y ella supo que acababa de firmar su propia condena. Cuando se enteró de lo de la lista rumana, Podtserob empujó suavemente a su colaboradora hacia el alféizar, miró a su alrededor en todas direcciones y le preguntó en voz baja:

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Está en la última lista de heridos graves?

—No en la última, pero sí en la que llegó a principios del invierno, por eso estoy tan preocupada…

—¡Olvídalo!

—¿Qué quiere decir, Borís Fiódorovich?

—¡Olvídalo, ¿me oyes?!

—Pero ¿cómo voy a olvidarme?

—Pues olvidándote. ¡No va a volver! Nunca volverá, ¿entiendes? Lo más probable es que tu marido muera en un campo y si, por casualidad, logra escapar y regresa aquí, ¡será llevado de inmediato ante un tribunal! ¡Maldita sea, solo me faltaba esto! ¡Vamos escasos de personal para cumplir con nuestro trabajo! Que nadie se entere, ¿me oyes?

—Sí, pero Borís Fiódorovich, ¿qué será de él?

—Déjalo…

Con un movimiento brusco, Podtserob recogió sus documentos del alféizar y se alejó por el pasillo. Seguía refunfuñando para sus adentros, y Tatiana se dio cuenta de que había cometido una estupidez fatídica. Ella misma se había colocado en el paredón. Sí, a ella misma, pero también a Liosha y a Asia.

—Ahora el jefe tendría que redactar un informe. Si Podtserob hubiera ocultado mi historia, de hecho, habría cometido un delito oficial: encubrir a un posible espía dentro del NKID. Desapareció detrás de una puerta, y supe que mi arresto (ahora con certeza) era solo cuestión de días.

INFORME

Sobre el intercambio de información relativa a los prisioneros de guerra.

El 13 de enero de 1942, en el informe del camarada Vishinski relativo al intercambio de información sobre los prisioneros de guerra que habían combatido contra la URSS, el camarada Mólotov escribió:

> «No envíen listas (los alemanes infringen toda norma legal o de cualquier otro tipo).»
>
> En cuanto al informe elaborado por el camarada Vishinski acerca del intercambio de listas de prisioneros de guerra con Rumanía con fecha del 24 de marzo de 1942, que proponía no responder a la oferta de la Cruz Roja sobre el intercambio de listas, aparece la nota del camarada Mólotov:
>
> «APROBADO.»
>
> El informe del camarada Vishinski, con fecha del 23 de abril de 1942, sobre las reiteradas solicitudes de la misión búlgara de proporcionar información sobre los prisioneros de guerra alemanes en la URSS, está revisado por el camarada Mólotov con:
>
> «NO RESPONDER.»

El 30 de junio de 1942, el camarada Mólotov ratificó el informe del camarada Vishinski en relación con la propuesta del Gobierno finlandés de intercambiar las listas de prisioneros de guerra y señaló que no era necesario responder a la propuesta del Gobierno finlandés (ni al correspondiente telegrama de la Cruz Roja).

El 31 de agosto de 1942, por indicación del camarada Vishinski, al enviado de la URSS en Suecia en relación con las solicitudes del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco relativas al intercambio de listas de prisioneros de guerra, se le recomendó no responder a dichas solicitudes y, en el caso de que los suecos insistieran, comunicar a los interesados que, en vista del trato inhumano infligido por las autoridades nazis y sus cómplices a los prisioneros de guerra soviéticos, la negativa de las autoridades soviéticas a la cuestión del intercambio de listas de prisioneros de guerra era evidente y no requería explicación alguna.

El 29 de enero de 1943, en el informe de la sección jurídica firmado por el camarada Vishinski con la propuesta de no responder la nota del 27 de enero de 1943, n.º 27, de la misión búlgara solicitando información sobre el caporal alemán Hastanien, hecho prisionero, el camarada Vishinski escribió la resolución: «ESTOY DE ACUERDO».

En mitad del campo se erguía una cruz. Delgada, alta como una

persona. Sencilla, pero orgullosa. Hecha con dos viejas tuberías soldadas, desconchadas y carcomidas por el óxido, la cruz parecía roja. Un poco torcida, pero firmemente clavada en el suelo, y, cuando el viento empezó a soplar, la cruz resonó y se convirtió en un instrumento de música. La cruz cantaba sobre el pasado y el futuro, sobre la muerte y el desespero, sobre el recuerdo y la reconciliación. No la habían regado, sino que estaba empapada con la sangre de esa tierra; esa cruz era su historia y su metáfora, su guía y su punto de referencia. Esa cruz… bañada por la lluvia, cubierta por la nieve, quemada por el sol. La sombra que proyectaba no era negra, sino de un rojo oscuro, y ahora se extendía más allá del horizonte, tan lejos que de vez en cuando la gente la confundía con el ocaso y se detenía a admirarla.

TELEGRAMA
De Ginebra
25 de julio de 1942.
A Su Excelencia el Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores Mólotov,
Moscú

El Gobierno finlandés nos solicita que contactemos de nuevo con el Gobierno de la URSS para obtener información sobre los prisioneros de guerra finlandeses en poder del Ejército soviético. Las listas que ya hemos recibido del Gobierno finlandés, en cuanto obtengamos las listas de prisioneros de guerra finlandeses, pueden ser intercambiadas con nuestra intermediación. El principio de reciprocidad, adoptado en virtud de las declaraciones realizadas por los Gobiernos de la Unión Soviética y Finlandia en 1941, podría así garantizarse de conformidad con la Convención de la Haya de 1907 y la Convención de Ginebra de 1929 sobre heridos y enfermos.

En vista de que todas las ofertas anteriores relativas al envío de una delegación a Moscú para facilitar el inicio de esta cooperación han quedado sin respuesta, el Comité Internacional de la Cruz Roja se limita ahora a proponer que se empiece a enviar información mutua y recíproca sobre prisioneros de guerra, y se pone plenamente a disposición como intermediario de este intercambio.

Al mismo tiempo que este telegrama, el Comité Internacional de la Cruz Roja envía a Su Excelencia una carta con el fin de proporcionar información adicional sobre esta cuestión.

Max Huber
Cruz Roja Internacional
«NO RESPONDER.»

Me muerdo el labio. Mi corazón late más rápido. Me queda claro que la historia que voy a escuchar no será fácil. En este momento la desgracia de alguien más se mezcla con la mía. Se produce una reacción y se activa el detonador. El puente construido a toda prisa se derrumba de nuevo y me asalta el recuerdo de mi esposa. Se me hace un nudo en la garganta. Siento una opresión en el pecho. Aparece un dolor intenso en el esófago. No quiero oír nada de eso. Los últimos meses ya han sido demasiado duros.

—Sasha, ¿está bien?

—Sí, eso creo…

—Quería preguntarle por qué se mudó aquí.

—Ya me lo ha preguntado…

—Lo olvidé.

—Se lo dije: me pareció que sería lo mejor para mi hija.

—¿De veras me dijo eso? No lo recuerdo. ¿Y qué piensa su esposa? A las mujeres, por lo general, no les gustan las mudanzas.

Y de repente exploto:

—¿Qué más le da? ¡Si lo va a olvidar, de todas formas!

—Aun así…

—Mi esposa no vive con nosotros…

—¿Hace mucho tiempo?

—Seis meses.

—¿Qué pasó?

—Oiga, ¿por qué mete las narices en mis asuntos? Pensaba que quería contarme una «historia sobre el miedo», no preguntarme por qué me mudé aquí. ¡No fui yo el que le pidió que me invitara a su casa! ¿Por qué le interesa lo que me pasó? ¿De veras necesita curiosear en la vida de sus vecinos? «¿Qué tal se ha instalado en su apartamento? ¿Puedo echar un vistazo? ¿Por qué se ha mudado aquí? ¿Qué piensa su esposa?»

Me levanto. Después de apartar el cuadro a mis pies, me dirijo a la entrada. Cojo mis bolsas, abro la puerta y me despido de manera grosera: «¡Que le vaya bien!». La puerta se cierra de golpe y, un momento después, estoy de vuelta en mi apartamento. Voy a la cocina, guardo la comida y llamo a mi madre. La feliz abuela me cuenta que su nieta tuvo un día magnífico. La niña estuvo tranquila, no se enrabietó, y se entretuvo jugando con su abuelo.

«Parece —dice mi madre— que va a ser una niña calmada.»

«Bueno, estupendo», pensé.

Me preparo un bocadillo y abro una botella de vodka. No tengo vasos, así que bebo a morro. Aún me duele el esófago, pero con cada sorbo la maravillosa anestesia que alivia cualquier dolor empieza a

surtir efecto.

Apoyado contra la pared, pienso en la historia de mi vecina. ¿Qué habría hecho yo en su lugar? ¿Habría dejado el nombre de mi esposa en la lista rusa? Supongo que no. Por lo demás, no es una cuestión de nobleza de espíritu, sino de haber tenido tiempo de analizarlo todo tan rápido. Las decisiones fulminantes, aunque soy árbitro de fútbol, no son lo mío. La rápida reacción de mi vecina me sorprende. En el campo, solo los mejores futbolistas son capaces de actuar así. A veces un pase dado una fracción de segundo antes puede decidir el marcador de un partido. A decir verdad, la gente en la era estalinista se distinguía por una capacidad descomunal para calcular los riesgos. Creo que yo nunca lo habría podido lograr. Entender en un segundo que el cautiverio del marido podía tener consecuencias para el futuro de la hija. Oh, no, por supuesto, no habría caído en la cuenta así, de improviso…

Levanto la botella de vodka y bebo por la valentía de una mujer soviética, así como porque en tales circunstancias la historia de mi vida habría terminado en 1942…

*

Como todas las últimas noches, sueño con Lana. Estamos haciendo las maletas. A juzgar por los trajes de baño y las gafas de buceo, nos vamos de vacaciones a la playa. De vez en cuando paso por encima de las cosas de mi esposa esparcidas en el suelo y la beso. Lleva un vestido ligero de verano. Incluso en mis sueños recuerdo que lo compramos en París…

Nuestro primer viaje juntos. Todo el rato tenía miedo de quedarme sin blanca. Había pasado más de un año desde que nos conocimos, pero Lana aún me parecía una criatura de otro mundo. Una bella dama que (yo mismo no sabía por qué) no se cansaba de aguantarme. Cada vez que nos deteníamos frente a un restaurante, pensaba con horror que me iba a tocar avergonzarme. Había reservado cierta suma de dinero para invitarla a una cena de lujo, pero en mi ingenuidad pensaba que eso sería el último día del viaje…

La maleta está hecha. Empiezo a tirar de la cremallera, pero en ese instante suena el timbre. El inoportuno visitante sigue llamando sin cesar y me doy cuenta de que, si ahora no cierro la maleta, vamos a perder el vuelo. Repito: «¡Ya voy! ¡Un segundo!», pero alguien detrás de la puerta sigue llamando y finalmente me despierta.

Abro los ojos. Me parece que he dormido solo una hora, pero la manecilla pequeña señala el diez. Buenos días, los de la mudanza están aquí. Detrás de la puerta hay un sofá, armarios y sillas.

«¡Un minuto, chicos, ya voy!»

Los operarios se ponen a montar los muebles y, como siento que estoy de más, salgo a la calle con mi taza de café.

Afuera cae una típica llovizna de octubre. Aferrados a los barrotes como presos, los niños del jardín de infancia miran fijamente el camión del que descargan mis cajas. Yo soy libre, ellos no. Los chicos, que a todas luces van a la clase de los mayores, observan todo lo que pasa en silencio y con atención. En zapatillas, sin calcetines, sorteo algunos charcos y me acerco a la valla. Uno de los chicos extiende la mano entre los barrotes y me saluda de modo varonil:

—¡Hoy nos hemos desayunado a Stalin!

—¿Que habéis hecho qué? —le pregunto con una sonrisa.

—¡Nos comimos al camarada Stalin! —responde el pequeño, con el semblante muy serio.

—¿Cómo es eso?

—Yo me comí su cabeza, pero no estaba buena: ¡era de masa, nada más!

—Yo me comí una pierna, ¡era de chocolate!

—¡Y yo, las charreteras y las medallas!

—¿De qué estáis hablando, chicos?

—Hoy ha sido el cumpleaños de Liuda Kunítsina. Su padre trajo una tarta que tenía la forma del camarada Stalin… Estaba en su ataúd, con flores, todo de chocolate.

—¿De tamaño natural?

—¡Sí!

Los chicos se pusieron a discutir:

—¡No es verdad!

—¡Sí, sí!

—¡Te digo que no! La señorita dijo que había estado en Moscú, en el Mausoleo, y que el pastel se parecía más a Lenin, porque era muy pequeño…

—Pero ¿estaba rico?

—Bueno, ¡prefiero un pastel Kiev con sus merenguitos!

Sonrío, tiro el cigarrillo y, después de dar el último sorbo de café, le revuelvo el pelo al chico. Eso es todo lo que necesitamos saber sobre historia: el tirano que durante décadas aterrorizó a millones de personas, a sus propios conciudadanos, un buen día de otoño se convertirá en ensalada o en pastel.

Noto que he cogido frío y decido volver a casa. Mientras subo las escaleras, para mi horror, me encuentro con la vecina.

«Maldita sea», pienso.

—¡Buenos días, Sasha!

—¡Formidable! Está haciendo progresos…

—¡Gracias a la cruz roja!

—Mire, quería disculparme por lo de anoche. Lo siento, perdóneme, me comporté como una histérica consumada…

—¡No, no, no tiene por qué disculparse! Lo entiendo. No debería haberle interrogado de esa manera. Tiene razón, a menudo me entrometo en los asuntos de los demás. Verá, a lo largo de los años, me he vuelto insensible al sufrimiento humano, me parece algo natural. Lo que soy yo, nunca he conocido a personas felices. Incluso tengo la impresión de que son una quimera. Es triste, pero la desgracia ya casi no me sorprende. ¿Me perdona, Sasha?

—Muy bien… A condición de que me perdone usted a mí.

Paso junto a mi vecina y, cuando estoy a punto de abrir la puerta de mi piso, oigo de nuevo a mis espaldas su voz:

—Aun así… Ya sabe…, hay algo que no me cuadra. Quizá solo fuera un lapsus, pero ¡no me lo quito de la cabeza! Ayer usted dijo que su esposa lo dejó hace seis meses, ¿no?

—Se puede decir así, sí…

—¿Y qué edad tiene su hija?

—Tres…

—¿Tres meses?

—Sí, maldita sea…

—¡Ahí está! No sé por qué, pero me sonaba que su hija tenía tres meses, aunque me parece que no me lo dijo…

—Sí, se lo dije…

—¿Me lo dijo? Bueno… Mi cerebro es un colador… Pero esta mañana, ¿sabe?, ¡lo recordé! Me vino a la cabeza y pensé que era una historia muy extraña: la madre se fue hace seis meses, pero el bebé solo tiene tres. ¿Cómo puede ser?

«¡Qué incordio de vieja! —pienso—. Acaba de disculparse y ya está metiendo las narices en lo que no le incumbe. No voy a explicarle en mitad de las escaleras lo que nos pasó…»

—Algún día se lo contaré, Tatiana Alekséievna, pero no hoy, ¿de acuerdo? Lo siento, los de la mudanza me reclaman.

Por la noche voy a casa de mi madre. Estamos sentados en la sala de estar. Mamá juega con Lisa, mi padrastro sigue las noticias de la televisión rusa con gran interés.

—¡Escucha eso! Hace quince años el mundo entero temblaba ante nosotros, ¿y ahora? ¡Basta echar un vistazo a nuestros aviones y comprobar en qué estado se encuentran! ¿Y en el futuro? ¡Pronto se irá a pique toda la flota aérea! ¡Nos hemos convertido en ciudadanos de segunda clase de un país tercermundista!

—¡Por lo que a ti respecta, ni que lo digas! —bromea mamá sin darle la espalda a su nieta.

—Mamá, anoche conocí a mi vecina…

—¿A esa anciana?

—Sí.

—¿Y qué tal es?

—Me contó muchas cosas interesantes.

—La de la agencia inmobiliaria me dijo que pasó muchos años en el gulag.

—¿De verdad?

—¡En el gulag, en el gulag! Debió de robar algo y acabaría presa —dice mi padrastro.

—Grisha, tú mira la tele…

—¿Qué te dijo la agente, mamá?

—Oh, nada en especial. Dijo que la vecina era agradable, que estuvo en el gulag, así que no deberíamos pensárnoslo dos veces antes de comprar el piso; no es fácil encontrar vecinos decentes hoy en día.

—¡Vecinos decentes! ¡Así que todos los que han estado en el gulag ahora son decentes! ¿Cómo sabes si lo son? ¿Y si mató a alguien?

—Trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en Moscú…

—¡¿Y desde cuándo la gente decente trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores?! ¡Son todos espías! Se pasan la vida envueltos en misterios y luego negocian con los estadounidenses, envían a sus hijos a estudiar allí, y ellos mismos…

No digo nada. Miro a mi madre y me pregunto por qué se mudó a Minsk para estar con este cretino. Mi padre, por supuesto, tampoco era un angelito, pero este tipo es un palurdo. Mi madre es guapa, tiene sentido del humor. ¿Qué ha visto en este hombre? Mi padrastro no se rinde.

—¡Solo hay ladrones y saqueadores! ¡Se lo han llevado todo! Qué bien que tengamos a nuestro padrecito Lukashenko, ¡no tardará en poner orden! ¡Y Rusia necesitaría un Stalin! Los pondría a todos contra la pared, ¡y asunto zanjado!

—A tu Stalin se lo han comido.

—¿Qué?

—Digo que se han comido a tu Stalin y no sabía nada bien.

—Sasha, ¿de qué estás hablando?

—Oh, de nada, hablaba por hablar. Oiga, tío Grisha, hacía tiempo que quería preguntárselo: ¿los pilotos bebéis cuando estáis a los mandos de un avión?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Y cómo es posible? Si os hacen controles antes del despegue.

—Antes del vuelo sí, pero ¡ni durante ni después! Las azafatas nos sirven bebida. ¿Cómo crees que nos conocimos tu madre y yo?

—Entiendo… Mamá, oye, no me quedaré hoy con vosotros. Tengo que acostumbrarme a mi nueva casa.

—Está bien, querido, como quieras. Por cierto, ¿sabes algo de tu trabajo?

—Sí, han prometido echarme una mano.

Les doy un beso a mi madre y a mi hija y salgo a la calle. Por la noche, Minsk no parece tan terrible. Me gusta la tranquilidad que reina. No hay apenas coches, casi no se ve gente. De camino a casa escucho la rapsodia de Liszt en mi reproductor MP3. Le doy vueltas en la cabeza a la historia de mi vecina y llego a la conclusión de que la vida humana siempre saldrá barata. Es la mercancía más económica que existe. Puede haber fluctuaciones, pero el tipo de cambio siempre es el mismo. La sangre no dejará de fluir porque es la naturaleza del hombre. La sangre fluirá por los siglos de los siglos ya que, si la sangre de repente se detiene, la persona muere. Eso es lo que dice mi amigo Pasha.

En el metro miro a la gente y los anuncios. Un póster de colores chillones anuncia una videoconsola con un simulador de fútbol. «Está mal diseñado —pienso—. Es curioso: ¿por qué los desarrolladores aún no han creado un modo de jugador en el que se pueda ser el árbitro? Hoy puedes jugar solo o con varios amigos; incluso puedes tomar una cerveza mientras te limitas a ver a la inteligencia artificial jugando contra sí misma, pero el árbitro… ¿Es que los desarrolladores de videojuegos deportivos todavía no entienden que el árbitro tiene el papel más emocionante y complejo…?».

Nada cambia. Cuando llego a casa, me encuentro con mi vecina de nuevo en el rellano. Sacudo las gotas de lluvia de mi chaqueta y al instante me doy cuenta de que no me va a reconocer.

—Así pues, ¿se pasa todo el día aquí?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Aleksandr. Soy su nuevo vecino.

—¿De verdad? ¡Encantada de conocerle! Yo soy Tatiana Alekséievna, y la cruz roja en su puerta la he puesto yo. Tengo alzhéimer. Por el momento solo me afecta a la memoria a corto plazo, pero muy pronto empezaré a olvidar todo lo que me ha ocurrido en la vida.

—Lo siento —repito por enésima vez.

—¡No se preocupe! No podía haber otro final para mí.

La vecina hace una pausa, pero esta vez no le pregunto por qué.

—Entonces, ¿ha venido a vivir aquí?

—Sí.

—¿Solo?

—Con mi hija.

—¿Y a qué se dedica?

—Soy árbitro de fútbol.

—Ah, ¿sí? ¡Qué trabajo tan interesante! ¡A mi marido le gustaba mucho el fútbol! Fue hincha del Spartak durante un tiempo. ¿Es difícil?

—¿Ser hincha del Spartak?

—No, no, me refiero a ser árbitro. ¿No es difícil decidir?

—A veces, sí.

—Toda esa presión, ¿verdad?

—Sí, eso también. —Suspiro y me acodo en la barandilla.

—¿Y cómo se aprende a lidiar con todo eso?

—¿De verdad le interesa?

—¡Por supuesto! De lo contrario, no se lo preguntaría.

—Muy bien, pues. Para ser árbitro, primero te entregan un libro con el reglamento y te dan una charla sobre tus responsabilidades. Te explican que influyes en el juego sin participar en él. En suma, te dicen cosas bastante banales durante un tiempo, pero luego te explican una verdad meridiana: «¡Si te equivocas, hazlo convencido!».

—Sí, es una buena verdad… Lástima que la hayan aprendido mejor nuestros líderes que los árbitros…

—Nada que objetar. Bueno, se ha hecho tarde. ¡Que tenga dulces sueños, Tatiana Alekséievna!

—¡Lo mismo digo, Sasha!

—Por cierto, he ido a comprar. Tengo leche, pan, azúcar, si necesita algo…

—Gracias, no tomo azúcar. ¡Cuido mi figura!

—¿Y lo demás?

—Lo demás, Aleksandr, puedo comprarlo yo misma, solo tengo noventa y un años…

—Noventa y un años, y ni idea de dónde está la tienda.

—¡No sea grosero, joven!

—¡Está bien, está bien, me callo! En cualquier caso, si necesita algo, llámeme, será un placer echarle una mano.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces, hay algo que me gustaría preguntarle. No dirá que no, ¿verdad?

«¡Oh, mierda…!», pienso.

—¿Le apetece venir un rato a mi casa?

—Sí, sí, por supuesto…

Ya en su casa, decido no repetir los errores del día anterior. Tatiana Alekséievna se adentra en su apartamento, pero yo me detengo en el pasillo. Al cabo de unos minutos, regresa con un papel.

—¿Qué es esto?

—Mi epitafio. Me gustaría pedirle que grabara esto en mi lápida. No sé quién me dará sepultura. Siempre confié en Yadviga, pero ahora está muy enferma.

Cuando desdoblo el papel, leo las palabras, sonrío y le prometo que cumpliré su petición.

—¿Así que puedo confiar en usted?

—Sí, no se preocupe.

—¿Y con quién va a vivir aquí?

—Yo solo.

—¿Solo? ¿Qué hay de su esposa? Un hombre joven y guapo como usted seguro que está casado.

—¡Maldita sea, Tatiana Alekséievna, por favor, no empiece de nuevo con eso!

—¿Qué tiene de extraña mi pregunta? ¿Tiene esposa, sí o no?

—Sí… Tuve una.

—Se fue, ¿no?

—¡Sí, maldita sea!

—¿Por qué está tan molesto, Sasha? No deja de maldecir. ¿Cómo la conoció?

—¿Qué más da eso?

—¡Eso lo es todo, querido! Cuando las personas se conocen, siempre es maravilloso: los problemas vienen después…

—Nos conocimos como se conoce todo el mundo.

—¿Es decir…?

—En una fiesta, en una fiesta normal y corriente.

—¿Aquí, en Minsk?

—No, en Ekaterimburgo.

—¡Cuéntemelo!

—No quiero…

—¿Y si se lo imploro?

—Tatiana Alekséievna, ¡acabo de decirle que nos conocimos como se conoce todo el mundo! ¿Puedo irme ya?

—¿Es tan difícil para usted acceder a la petición de una anciana? ¡Cuéntemelo y luego váyase adonde quiera!

Lancé un profundo suspiro, dejé la bolsa de la compra en el suelo y, apoyándome en la puerta, dije:

—En realidad, no tenía pensado ir allí, pero un amigo me invitó.

Me dijo que habría unas chicas geniales…

—Y ella era la más genial, ¿no?

—Sí. De hecho, no era una fiesta común, se habían reunido algunas celebridades del lugar: el tipo que cantaba la victoria de Argentina sobre Jamaica[18]; el poeta que escribió «Antes de estrellar un tractor, pégate un tiro, ahógate en el río»[19]. El músico resultó ser un tipo increíblemente agradable, y eso que nunca me habían gustado sus canciones, mientras que aquel talentoso poeta era bastante pesado. Me encantaban sus poemas, pero se comportó de forma extraña.

—Es lo normal en un poeta.

—Su conducta habría sido normal si hubiera sido un matón, dejémoslo así. Bueno, admito que me sentía bastante fuera de lugar. Ya sabe, toda esa charla provinciana y frívola… Peor que un cóctel de esos de su amigo Mólotov. Así que me puse a ir de aquí para allá, y cuando estaba a punto de marcharme de repente ella se me acercó.

»—¿Ya nos dejas?

»—Sí, entreno mañana —respondí.

»—¿Eres atleta?

»—No exactamente. Soy árbitro.

»—¿De verdad? Entonces deberías saber lo importante que es cumplir las reglas.

»—¿Y…?

»—Y no abandonar el campo de juego antes de que acabe el partido.

»—En realidad, ni siquiera debería estar aquí. Un amigo me invitó en el último momento.

»—¿Así que le debo mi próxima boda a tu amigo?

»"¡Vaya! —pensé—. Qué mujer tan asombrosa. No hace ni un minuto que me conoce y ya está coqueteando conmigo"».

»—No nos conocemos, me parece —dije, confuso.

»—A mi primer marido lo conocía desde la escuela primaria y eso no salvó nuestro matrimonio. Prefiero no caer en la misma trampa dos veces.

»—¿Por eso quieres casarte conmigo?

»—Sí, ¿por qué no? Eres reservado, simpático y, además, al parecer siempre estás en movimiento.

»—«¿Es que me vas a engañar?

»—No, nunca. Ha sido una broma de mal gusto…

»—¿Nos vamos a otro lugar?

»—Pensaba que no ibas a proponérmelo…

»Así nos conocimos. Un paseo normal. El chico avergonzado, la chica retadora. Intenté bromear, y creo que Lana incluso se rio. Una

velada agradable. Varias horas que, en una película, se habrían mostrado en una única secuencia. Con música alegre y luminosa, contrabajo y percusión. La adelantaba, le decía algo sobre fútbol, y ella sonreía. Callejones, los dos tomados de la mano, y chaqueta al hombro, sostenida con el dedo índice a modo de gancho. A la noche siguiente, Lana se mudó a mi casa.

—¿Lana es el diminutivo de Svetlana?

—No, es un nombre eslavo muy antiguo.

—¿Y qué significa?

—Tierra.

—¿Era hermosa Lana?

—¡Mucho! Después de nuestra primera noche, de camino al partido pensé que ella era como el último deseo de un condenado. Si me sentenciaran a muerte y me preguntaran cuál era mi último deseo antes de la ejecución, pediría volver a verla. Cerré los ojos y sonreí, sabiendo que ya nunca más tendría miedo, que no había fuerza capaz de intimidarme, que la muerte ya no era una opción porque existía Lana. ¡No podía creer en mi suerte! Cuando Lana me besó por primera vez, pensé que era un error. «¡Fuera de juego! Ochenta mil espectadores del estadio lo vieron, pero por alguna razón el juez de línea no había levantado la bandera.» Dios mío, Tatiana Alekséievna… Fue tan extraordinario…

—¿Y qué pasó luego?

—Luego vino la felicidad y la unión. Hablábamos y nunca nos decepcionábamos. Charlábamos sin cesar, estábamos de acuerdo, sonreíamos, nos sentíamos felices. Lana se quedó embarazada en noviembre de 2000, durante nuestro viaje a París. ¿Puede haber algo más hermoso y cursi?

—¿Y entonces?

—Entonces ¿qué?

—Me ha dicho que su esposa lo dejó…

—Eso es lo que dijo usted.

—Bueno, se lo preguntaré de nuevo: ¿qué le pasó a su esposa?

Guardo silencio. Bajo los ojos. Miro mis zapatos sucios. ¡Qué estupidez! Comprar zapatos de gamuza en otoño es una estupidez. No hace ni una semana que los llevo y ya parecen viejos. Además, no me mantienen los pies calientes… Pensaba que el otoño en Minsk sería más suave… «Me pondré calcetines gruesos», decido.

—¡Aleksandr!

—¿Sí?

—Le he preguntado qué le pasó a su esposa.

—Se lo he dicho: se quedó embarazada…

—¿Y ese es el final de la historia?

—La mitad. Junto con la buena noticia, llegaron los primeros dolores. Los análisis revelaron que Lana tenía cáncer. Estábamos sentados en el despacho de mi amigo, el que me había invitado a la fiesta y, mientras nos enseñaba las radiografías, nos explicó en voz baja que la situación era desesperada. Ineludible, casi como el amor. Hoy me doy cuenta de que en ese momento me sorprendió menos el diagnóstico que la calma con la que él habló.

»—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó Lana.

»—Es difícil decirlo. A veces se dan casos asombrosos, pero diría que no más de tres meses…

»—¿Tres meses?

»—Sí… Bueno, cuatro como mucho. El tumor no se puede operar. En verdad, no hay nada que hacer. Seamos claros, las células cancerosas devorarán tu cerebro. Lo único que puedo aconsejarte ahora mismo es que consigas buenos analgésicos. Afortunadamente, eso no es un problema en Ekaterimburgo.

»—Sí, los conseguiremos. ¿Así que calculas que cinco o seis meses?

»—Dije tres o cuatro.

»—Sí, querida, dijo tres o cuatro.

»—¿De cuántos meses estás, Lana?

»—De dos o tres semanas…

»—Te practicaremos un aborto…

»—¡No!

»—¿Cómo que no?

»—No quiero abortar…

»—Mira, no tienes elección. Podría haber manejado esta conversación de otra manera. Darle la vuelta como a un calcetín y empezar hablándote de la necesidad de abortar, porque el embarazo puede empeorar tu estado e incluso causarte la muerte. Habrías adivinado que el diagnóstico era malo, pero creo que no es así como se debe hablar con los pacientes y, en especial, con dos buenos amigos. En tu caso, por desgracia, el momento en el que podíamos haber actuado ya pasó. En realidad, ese momento nunca existió.

»Aún recuerdo que luego nos quedamos sentados en un banco cerca del hospital. Tomé la mano de Lana y traté de entender: ¿por qué nos ha golpeado la desgracia? Sentía una opresión en el pecho, tenía un nudo en la garganta… Para no llorar, me mordí el labio.

»—Creo que deberíamos intentar… —dijo Lana con calma.

»—¡Por supuesto! Estoy seguro de que lo conseguiremos.

»—No, no me refiero a eso. No hay nada que hacer. Quiero decir, creo que me dará tiempo a traer este niño al mundo…

»—Sí, pero…

»—Pero ¿qué?

»—La quimioterapia y todos los medicamentos que vas a tomar ahora… A las embarazadas tratan de no darles medicinas, y ¡tú vas a recibir un auténtico ataque químico!

»—No voy a recibir nada. Viviré mientras Dios me lo permita.

»—¿Por qué no tratamos de vencer la enfermedad y luego volvemos a intentarlo?

»—Porque es invencible. Dentro de un siglo tal vez la gente se ría de nosotros, quizás incluso nos compadezcan. Estoy segura de que algún día el cáncer se podrá curar fácilmente, pero, como ves, no hoy, no ahora. Te lo ruego, dejemos este tema. Ya oíste lo que dijo Maxim. No habrá tiempo para un segundo intento, no habrá batalla. No se pueden correr cien metros en siete segundos, no puedo engañar a la muerte. ¡Al menos dame la oportunidad de ser madre! ¡He soñado con eso toda mi vida! Por favor, no me falles…

»Lana me apretó la mano y yo guardé silencio. En mi vida, hasta ese momento, solo habían existido la universidad y los cursos de arbitraje. Este tipo de situación no entraba en el programa. Un problema sin soluciones correctas. Rasqué la pintura del banco con el dedo índice y tragué saliva. Lana se acarició el vientre, y yo miré hacia una grieta en el asfalto.

»A la mañana siguiente fuimos al registro civil. Presentamos la documentación para casarnos y luego regresamos a la consulta médica. Lana dijo que quería quedarse con el bebé, a pesar de todo. Max trató de mantener la calma:

»—Depende de ti, pero te lo repito: no habrá tiempo. En lugar de una muerte, habrá dos. Lamento mucho tener que decirlo así, pero todo terminará mucho más rápido de lo que imaginas.

»—Todo termina siempre mucho más rápido de lo que podemos imaginar…

»Lana no dio su brazo a torcer. Dijo que su decisión era definitiva.

»—Si tú no nos ayudas, buscaremos a otro médico.

»—Me encantaría recomendarte yo mismo a otro colega, pero no serviría de nada.

»—¿Y si me fuera al extranjero? ¿A Inglaterra o a Suiza?

»—No… No creo que eso tenga sentido.

»—Pero seguramente podrían prolongar mi vida al menos medio año, ¿no?

»—No, nadie puede…

»—¿Y qué me recomiendas? ¿Que me acueste y espere a morirme? ¡No se trata solo de mí!

»—Te recomiendo que abortes y luego haremos todo lo posible para aliviar tu dolor…

»—¿Qué dolor? ¿El físico?

»Lana no cambió de opinión. Un mes después nos casamos. Fue una ceremonia muy sencilla. Sin vestido blanco y sin invitados. "Seguro que hay un niño en camino", debió de pensar el veterano funcionario. Y así era, en efecto. Vendimos mi coche, y el dinero bastó para costear la medicación. Hay que decir que Maxim fue de gran ayuda. Ya sabe, a los médicos no les gusta perder el tiempo con pacientes desahuciados. Si hay que desvivirse por alguien, que sea solo con aquellos casos interesantes. Lana no era uno de ellos. Con ella, la suerte estaba echada. Además, al parecer, la enfermedad progresaba más rápido de lo previsto. Las posibilidades de que Lana se saliera con la suya eran de una entre mil millones. En cualquier caso, nuestro amigo logró convencer a sus colegas de que mi esposa merecía una muerte digna.

»—Creedme, es muy buena persona.

»La gente buena merece morir en paz… Así que nos dieron una habitación individual. Minúscula, pero solo para nosotros. Max nos dio su visto bueno, y yo la arreglé, puse estores en las ventanas y llevé libros de casa. Lana fue valiente. Cada vez que entraba en la habitación, encontraba a mi mujer de buen humor. No se quejaba ni se mostraba abatida. A menudo hablábamos de temas difíciles, pero, incluso en esos momentos, Lana encontraba fuerzas para bromear.

»—¿Sabes? Hoy he leído en un texto de Solzhenitsin que el cáncer ama a las personas, y que si se enamora de alguien no lo deja escapar. Así que tengo una aventura con él. Estoy a punto de darte una hija y estoy tonteando con otro. ¿Me perdonas, querido?

»—¡Qué gracioso!

»Hoy sé que a menudo no daba con las palabras adecuadas. Por las noches, cuando mi mujer se quedaba dormida, solía ir a un bar o a alguna fiesta privada. El mismo poeta del que le hablé antes declamaba sus versos:

> No me abandones cuando
> arda la estrella de medianoche,
> cuando en la calle y en casa
> todo sea hermoso, irrepetible.
>
> Por nada ni por qué,
> solo porque sí,
> abandóname cuando me duela,
> vete, déjame para siempre.

Que se vacíen los cielos.
Que los bosques ennegrezcan.
Que cerrar los ojos antes de dormir
sea un terror indecible para mí.

Que el ángel de la muerte,
como el de la película,
vierta el veneno en mi vino,
que baraje las cartas de mi vida
y lance las cruces[20] sobre el tapete.

Y tú te quedas a un lado,
blanca flor en la ventana
y, fuera del alcance, ríes,
tendiéndome la mano.

»Mientras el público aplaudía con indolencia, le pregunté a Max cómo debía hablar con mi mujer. Mi amigo trató de consolarme y me dijo que ni siquiera los médicos sabían qué decir en esas situaciones.

»—Solo asiente y no digas nada. No es tan difícil.

»Cuando a la mañana siguiente entré en la habitación del hospital, vi a mi mujer sentada en el alféizar de la ventana. Lana se acariciaba el vientre y le decía con calma a nuestra hija:

»—No te preocupes, querida, papá te llevará con él… ¡Ah, aquí está! ¡Mira qué guapo es!

»Lana susurró: "Papá te llevará con él", y había tanta calma y seguridad en esas palabras que incluso me las transmitió a mí. Me sequé los ojos humedecidos y me acerqué a mi esposa.

»—¡Qué tonto eres! ¡Deberías estar llorando! Si no os hubieran prohibido llorar desde niños, este mundo sería un lugar mejor y más armonioso. Por cierto, hablando de este mundo… Tú y yo todavía tenemos que decidir dónde nos encontraremos. En algún sitio tendré que esperarte…

»—Bueno, allá arriba, en el cielo, no será difícil perdernos…

»—¡No, eso no sirve! Necesitamos un punto de encuentro exacto, ¿entiendes? Sabes que no soy muy bueno eligiendo lugares…

»—Tal vez en Marte, eh, ¿qué te parece?

»—Sí, es buena idea. ¿Por qué no?

»—Y todavía tenemos que pensar en un nombre… ¿Quieres que lo escojamos juntos o lo harás tú solo más adelante?

»—Preferiría que lo eligieras tú.

»—¿Nadia, quizás? Llamarla "esperanza" no estaría mal, ¿no?

»—Lana, ¿estás loca? ¡Basta de bromas!

»—Está bien, está bien, ¿a qué viene esa falta de humor? ¿Es que tu mujer se está muriendo?

»—¡Vete al infierno, Lana!

»—Ya estoy ahí… Entonces, ¿cómo se llamará?

»—¿Y Lana?

»—¿Como yo? ¡No! ¡Eso sí que no! ¡Será una persona nueva, no la prolongación de una anterior! Prométeme que serás fuerte desde el primer día, que podrás vivir con ello…

»—Te lo prometo…

»—Bien, y ahora vete, por favor. Necesito estar un rato sola.

»—¿Ya?

»—Sí.

»Cuando el dolor empezaba, iba a buscar a la enfermera de guardia y no volvía a la habitación del hospital hasta pasadas unas horas. Lana no quería que la viera en ese estado.

»Pasamos todo el invierno en el hospital. En primavera me tocó arbitrar muchos partidos. Debido al clima, eran sobre todo de fútbol sala. Campeonatos de aficionados, para adultos y juveniles. Necesitaba el dinero. Durante uno de esos partidos, justo en el descanso, Maxim me llamó y me dijo que Lana había muerto. Estaba en el quinto mes de embarazo… Mi amigo me transmitió sus condolencias y me explicó que todo había salido bien…

»—¿Puedo quedarme hasta el final del partido?

»—Sí, claro. Reparte tranquilamente tus tarjetas rojas y ven después del partido.

»Tarjeta roja. Expulsión.

»Recuerdo que ese día arbitraba un torneo *amateur* organizado por la emisora de radio local. Era un partido de seminaristas contra policías. Las fuerzas del orden, como es habitual en nuestro país, eran conscientes de su impunidad, así que no dejaban de repartir golpes y codazos. Los seminaristas aguantaron el tipo, pero en el segundo tiempo les devolvieron las faltas. En un momento dado, estaba tan perdido en mis pensamientos que dejé de prestar atención al partido. Lo que siguió fue una auténtica batalla campal.

»Un futbolista siempre tiene derecho a cometer errores. Puede permitirse un mal pase, disparar lejos de la portería o regalarle el balón al contrincante, pero un árbitro, no. Si eres árbitro, debes saber que siempre estás en el centro del conflicto. En cuanto entras en el campo, tienes veintidós oponentes. Juegas contra ellos. Y la única cuestión es quién tiene la ventaja: o los obligas a jugar según tus reglas o irán a por ti. Los jugadores son como una jauría: si olfatean una gota de sangre, estás perdido.

»Lo más importante para un árbitro es dosificar los penaltis. Por desgracia, se necesitan años para entender hasta qué punto podemos mostrarnos severos… Los jugadores necesitan saber claramente dónde están los límites: por qué los vas a castigar y por qué no. Es lo que yo llamo "tener sentido de la justicia". Sí, sí: eres como un tirano o Dios. Los jugadores son sumamente sensibles a cada una de tus decisiones. Para ellos es fácil creer que los tratan de manera injusta. Tienes que identificar al miembro sensato de cada equipo a través del cual puedas transmitir a los demás lo que sucede en el campo. Un partido es un proceso dinámico y no siempre tienes que estar del lado de la ley: es mucho más importante aplicarla correctamente. Si el árbitro sigue el reglamento al pie de la letra, perderá las riendas del encuentro muy pronto, créame. Eso es, de hecho, lo que me pasó ese día. Estaba pensando en la muerte de mi esposa y no me metí en el partido, así que seguí las reglas a rajatabla. Cuando empezó la pelea, detuve el partido sin más, repartí las tarjetas y, tras redactar el acta, fui a darme una ducha.

»Exteriormente, nada había cambiado. Como si Lana no estuviera muerta. Las máquinas seguían funcionando y vi que seguía teniendo pulso. Mi esposa estaba muerta, pero su corazón latía…

»Max, que me había seguido, se quedó un rato detrás de mí y luego me sacó de la habitación tomándome del brazo. Nos sentamos el uno frente al otro. Había un silencio tan denso en el pasillo que podía oír el corazón de mi esposa, que acababa de fallecer. Como no tenía pañuelo, Maxim se enjugó los ojos con la mano derecha y empezó a hablar con calma:

»—Bueno, ahora todo va a ir tal como hemos comentado en las últimas semanas. Lana ya no está. En realidad, está muerta. Se acabó, su cerebro se ha apagado, ya no funciona, punto final. Como persona, Lana ya no existe, no te dejes engañar por todo lo que va a ocurrir. Nunca podremos traerla de vuelta, la única diferencia es que su entierro no se celebrará hasta dentro de unos meses y no mañana, ¿entiendes?

»—Sí —respondí en voz baja.

»—Bien. Entonces todo está claro. Ahora, en cuanto a la niña… Ella se encuentra bien. No estábamos del todo seguros, pero el corazón de Lana seguía latiendo, así que decidimos arriesgarnos. Vamos a intentar salvar a tu hija. Lo haremos exactamente como te lo expliqué. Mantendremos vivo el organismo de Lana durante unos meses, ayudaremos al funcionamiento del corazón y los riñones, supervisaremos todas las funciones vitales. Una vez más: mantendremos la actividad de los órganos artificialmente con un

ventilador y con medicamentos muy potentes para la circulación sanguínea. Unas enfermeras vigilarán el feto las 24 horas del día y, en cuanto la niña esté lista, practicaremos una cesárea.

»—¿Será dentro de dos o tres meses?

»—Sí, en cuanto sea posible.

»—¿Y cómo estará la niña? ¿Intuye que su madre ha muerto?

»—Es difícil responder a eso. Nunca hemos hecho nada parecido.

»—Pero ¿Lana no se va a descomponer?

»—No.

»Maxim sonrió de un modo apenas perceptible, no por la situación, por supuesto, sino por mi ingenua pregunta.

»—¡Te lo he explicado cien veces, tonto! Solo está muerto su cerebro. Los procesos del organismo se mantendrán de forma artificial, y Lana, por así decirlo, parecerá dormida. Creo que sería bueno que siguieras visitándola con regularidad.

—Espere un minuto, Sasha, no lo he entendido bien… Su esposa murió, pero los médicos decidieron mantener con vida al bebé.

—Sí. Maxim esperaba que Lana muriera a finales de mayo o principios de junio. Cuando Lana aún estaba viva en julio, contra todo pronóstico, se dio cuenta de que valía la pena luchar por la vida de la niña. Unas semanas antes de la muerte de Lana, Max vino a nuestra habitación y nos explicó que, como el feto estaba en fase de desarrollo, quería hacernos una propuesta. No nos prometió nada, pero dijo que podíamos intentarlo. Las células cancerosas solo habían afectado al cerebro, por lo que, con toda probabilidad, los demás órganos podrían seguir funcionando incluso después de la muerte cerebral.

—¿Y Lana estuvo de acuerdo?

—Sí, estaba feliz. De hecho, en nuestra situación no podríamos haber soñado con algo mejor. Con el tiempo quedó claro que Lana no llegaría al séptimo mes, así que todas nuestras esperanzas estaban depositadas en los médicos.

—Dios mío…

—Cuando llegaba a casa por la noche, ponía Discovery Channel en la televisión y veía documentales sobre la conquista del espacio. Un conocido actor hablaba sobre el entrenamiento de esos nuevos cruzados y sobre los preparativos para las expediciones a Marte. Era una distracción hipnótica. A la mañana siguiente, cuando volvía al hospital, me sentaba junto a mi mujer y le decía a mi hija, con la música de las máquinas de fondo, que una expedición a Marte era más que posible. Le explicaba que un día en Marte duraba 24 horas, 37 minutos y 35,244 segundos, muy similar a un día en la Tierra.

Mientras las máquinas seguían emitiendo sus pitidos, le contaba que, en Marte, como en la Tierra, había estaciones, y que en el ecuador la temperatura podía alcanzar los 20 ºC. En Marte también hay atmósfera y agua. Así que es habitable, le contaba.

»Mientras salía al patio del hospital, levanté la vista y vi un avión que surcaba el cielo e imaginé que un día, tal vez dentro de veinte años, mi hija participaría en la conquista de Marte. Dentro de un cuarto de siglo, cuando se resolviera el último de los problemas no resueltos, cuando las compañías farmacéuticas prefirieran ganar dinero con algo nuevo y el cáncer, que antes engrosaba el capital financiero, fuera tan inofensivo como un resfriado, imaginé que nuestra hija lideraría la primera expedición al planeta rojo y encontraría allí a su madre. ¿Por qué? Porque eso era lo que habíamos acordado unas semanas antes.

—¿Fue un momento duro?

—Sí, no fue fácil. Más bien irreal, como un sueño. Cuando los rumores de la muerte de Lana se extendieron por la ciudad, la situación se volvió más difícil. Casi todos los días tenía que hablar con varias personas sobre lo que había sucedido. Sus amigos y parientes empezaron a venir al hospital. Todos querían despedirse de Lana, pero por suerte Maxim les prohibía el acceso a su habitación y tenían que contentarse con quedarse en la sala de espera. También vinieron periodistas y supuestos curiosos que se hacían pasar por viejos amigos de Lana. Un día se presentó su exnovio. Depositó claveles en una silla y me abrazó como si fuéramos amigos de toda la vida. Un actor frustrado. El hombre al que Lana había abandonado me abrumó de pronto con un aluvión de sufrimiento que demostraba que nunca había amado a nadie como a ella. Al final, ese cretino murmuró algo así como «siento que ese bebé es también un poco mío…».

»Al día siguiente vino a verme mi padre. Durante un rato habló de temas banales como el tiempo que hacía y luego hizo la única pregunta que lo atormentaba:

»—¿Qué vas a hacer?

»—¿Qué quieres decir, papá?

»—Deberías pensártelo todo dos veces, Sasha…

»—¿Qué hay que pensar?

»—Ya te lo he dicho: todo…

»—¿No quieres ser abuelo?

»—Bueno, tal vez, pero es una situación extraña… La gente comenta…

»—¿Qué comenta?

»—Que todo esto no está bien…

»—¿Por qué no está bien?

»—Bueno, en cierto modo no es humano…

»—¿Salvar una vida no es humano?

»—Sí, claro… Déjame terminar… Escúchame… Lana ha muerto… Dios la llamó a su lado, así que también llamó a la niña, y tú te opones a su voluntad

»—Papá, ¿qué tontería es esa?

»—¿Qué? Sasha, para ser sincero: entiendo que esto es para ti… Sí, es una gran desgracia para todos, por otra parte, pero ¡no funciona así! Se sabe que los procesos irreversibles comienzan en el organismo dos horas después de la muerte…

»—¿Desde cuándo eres médico?

»—No tengo que ser médico para darme cuenta de que lo que estás haciendo es una locura. ¡Recapacita! ¿Qué tipo de vida tendrá esta niña? Primero, sin su madre; segundo, en la escuela, cuando se enteren de cómo nació, ¡imagínate el calvario que le harán pasar!

»—¡Nadie va a meterse con ella! Ya he decidido que nos iremos de aquí.

»—¿Adónde?

»—¿Qué más da, adónde?

»—Bueno, no sé… Es tu decisión, por supuesto, pero piénsatelo dos veces. Aun así, ¿no deberías enterrar a Lana?».

»—¿Quieres que enterremos vivo al bebé?

»—¿Cómo se puede enterrar vivo a alguien que aún no ha nacido?

»—Papa, la pequeña está ahí dentro y vive.

»—Pero, si desconectas a Lana de las máquinas, morirá al instante.

»—¿Quieres decir que debería matarla?

»—Quiero decir que deberías comportarte como un ser humano. Mira, en este momento, mientras hablamos, Lana no está enterrada. ¿Cómo puede su alma encontrar paz si actuamos así? ¿Te das cuenta de que has tomado a tu esposa como rehén de tu propio dolor?

»—Me doy cuenta, papá, de que tú eres rehén de tu propia ignorancia.

»—¿Te has enfadado? Solo quería hablar tranquilamente contigo. Sé que el primer año será difícil, pero ¿qué se le va a hacer? Cada uno debe cargar con su cruz.

»—Gracias por venir, papá.

»Después de mi padre, apareció el cura. No esperaba nada bueno de su visita, pero, por suerte, me equivoqué. Resultó ser un hombre amable y tranquilo. Había ido a ofrecerme su apoyo y, para mi asombro, fue muy comprensivo: "¿Sabe, Aleksandr? La gente ahora le hará todo tipo de comentarios, tal vez incluso sustenten sus estúpidas

monsergas con citas de las Santas Escrituras, pero no les preste atención. ¡Rece, Aleksandr, rece! ¡Rece, y yo también rezaré por usted! Sabe que no está haciendo nada malo; por el contrario, está tratando de salvar una nueva vida: eso es lo único que importa. ¡No hay nada ahora más importante!".

»—Gracias, padre…

»—Padre Serguéi…

»—¡Gracias, padre Serguéi! Por desgracia, no tengo mucha fe en su jefe.

»—Entiendo, pero da lo mismo… ¡Rezaré por usted! ¡Sobre todo, no se rinda!

»La operación fue un éxito. Lisa pesaba al nacer poco más de un kilo y la llevaron de inmediato a la unidad de cuidados intensivos. "Ahora toca esperar de nuevo —dijo Max, dándome una palmadita en el hombro—. En cualquier caso, ¡felicidades, papá!".

»Mi hija estuvo conectada a una máquina treinta días y pasó otro mes en el hospital. Entretanto, hice los preparativos para nuestro traslado a Minsk y enterré a mi mujer. Por extraño que parezca, me gustó el funeral. Fue una ceremonia muy serena y digna. Nadie gritó, nadie lloró. No lo recuerdo con exactitud, pero creo que el padre Serguéi pronunció palabras sencillas y comprensibles…

—Sasha… —susurra Tatiana Alekséievna—, ¡perdóneme! ¡Soy una vieja imbécil! Tiene razón, siempre meto la nariz donde nadie me llama…

—No… Da lo mismo… Está bien…

Estamos sentados en el pasillo. En silencio. Mi vecina y yo. La única bombilla que hay parpadea. Nos quedamos así un instante; luego, Tatiana Alekséievna dice de pronto:

—Es usted un hombre fuerte, Sasha. Cuesta imaginar lo que tuvo que pasar…

—Oh, tonterías…

—Sí, créame. ¡Las he visto de todos los colores! Entiendo cómo debe sentirse…

—Bueno, tal vez… No sé… Por cierto, yo también quería preguntarle algo…

—¿Sí?

—Quería preguntarle… Cómo fue a parar al gulag.

—¿Cómo sabe que estuve en el gulag?

—Me lo dijo usted.

—¿De verdad? Ni siquiera me acuerdo…

—¿Fue en 1942, cuando llegaron las listas?

—¿También le hablé de las listas?

—Sí.

—No, en 1942 me dejaron en paz. Tuve suerte. No me pasó nada entonces. «Vamos, Tania, sigue con tu vida. Ve a trabajar, cumple con tus obligaciones, ¡¿qué haces ahí parada?!»

Tatiana Alekséievna siguió trabajando en el NKID y, después de reunirse con cierto embajador, el secretario de Lozovski[21] (cuya caligrafía ella no soportaba) le lanzó sobre el escritorio otra «transcripción de una conversación». Ocultando su inquietud, se puso a mecanografiar el enésimo documento interno.

Recepción con el ministro plenipotenciario sueco Assarsson[22],
6 de julio de 1942

—Assarsson parecía balbucir, el tema le incomodaba. Dijo que tampoco confiaba en los nazis y luego que quería hablar conmigo sobre otra cuestión más general. El Papa había pedido al Gobierno sueco que trasladara al soviético una propuesta: que se intercambiara información, a través del Vaticano, sobre la situación de los prisioneros de guerra soviéticos en Alemania, y de los alemanes e italianos en la URSS. El Papa estaba convencido de que recibiría una respuesta favorable del Gobierno alemán y esperaba una respuesta igualmente positiva del Gobierno soviético. Assarsson añadió que la embajada de Suecia estaría encantada de mediar en este particular y que consideraba que un acuerdo sobre esta cuestión causaría muy buena impresión, ya que se trataba de un asunto de valores universales y humanitarios.

»Le respondí a Assarsson que comunicaría su propuesta a mi Gobierno, pero que, en mi opinión, era inaceptable. En este caso tratábamos no con un Gobierno al uso, sino de bandidos y asesinos que maltratan, torturan y asesinan a prisioneros de guerra, ancianos, mujeres y niños. Estos asesinos violan todas las normas del derecho internacional, pero no tienen escrúpulos en utilizarlo en su beneficio. Dudo mucho que el Gobierno soviético acepte la propuesta. No es posible ninguna relación con esos gánsteres, ni siquiera con la mediación del Vaticano.

»Assarsson trató de convencerme de que nos interesaba aceptar la propuesta del Santo Padre y de que, cualesquiera que fueran las razones del crimen nazi, de todos modos podríamos obtener información y dársela a las familias rusas que quisieran conocer la situación de sus seres queridos.

»Le respondí que nos preocupaba el sufrimiento del pueblo soviético, pero que no trataríamos con los asesinos que dirigen Alemania, porque podrían informar de que alguien estaba vivo, aun

sabiendo que la Gestapo lo había matado muchos meses antes.

»Assarsson argumentó, sin embargo, que eso era una minucia y que haríamos un gran trabajo humanitario si lo aceptáramos.

»Le respondí que no era ninguna minucia, sino una cuestión de principios. Mientras el Gobierno de Hitler matara a cientos de miles de prisioneros de guerra y masacrara a la población civil, no se podía establecer relaciones con él. Volví a recalcar que esa era mi opinión personal y prometí remitir la propuesta del Gobierno sueco al mío. Al despedirse, Assarsson dijo que estaba triste.

»Así terminó la recepción.

No había tiempo para aburrirse. Una fábrica de misterios, una factoría de secretos. El secretario de Lozovski aparecía una y otra vez, le extendía la siguiente hoja de papel y le daba diez minutos «para hacerlo todo». Tatiana Alekséievna se frotaba los ojos y seguía trabajando. Así que, día tras día, mecanografiaba documentos, tratando de imaginar por lo que leía la situación de su esposo.

URSS

Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores

Al Jefe de la Oficina Central del Registro de Pérdidas de Personal del Ejército en activo

Por la presente adjunto las listas de prisioneros de guerra soviéticos de Alemania, Rumanía e Italia, así como las listas de prisioneros de guerra soviéticos muertos, que el NKID recibió a través del Comité Internacional de la Cruz Roja.

Me gustaría llamar su atención sobre el hecho de que no estamos respondiendo a las reiteradas peticiones de la Cruz Roja Internacional de intercambiar información sobre prisioneros de guerra con los alemanes y sus aliados. Debe tenerlo en cuenta al utilizar las listas mencionadas y no mantener correspondencia con el Comité Internacional de la Cruz Roja sobre esta cuestión.

Al mismo tiempo, le informo de que, de común acuerdo entre las partes en conflicto, el intercambio de prisioneros de guerra, y en especial de los heridos graves, está previsto en varios convenios internacionales; por ejemplo, la Convención de La Haya de 1907 relativa a las leyes y costumbres de la guerra terrestre: artículo 14 del anexo a la convención; la Convención de 1929 sobre el trato debido a los prisioneros de guerra: artículos 68 y 72 (se adjuntan los textos de los artículos citados).

Sin embargo, en vista de las graves y sistemáticas violaciones de las leyes internacionales y costumbres de la guerra por parte de Alemania y sus aliados, así como de las correspondientes

obligaciones estipuladas, no respondemos a las solicitudes que nos dirigen sobre este asunto, y no hemos mantenido conversaciones ni correspondencia en relación con el intercambio de prisioneros de guerra con Alemania o sus aliados.

Anexo:

—Lista alemana de prisioneros de guerra soviéticos (297 pers.).

—Lista rumana de prisioneros de guerra soviéticos (640 pers.).

—Lista italiana de prisioneros de guerra soviéticos (117 pers., 14 hojas).

—Listas comunes de prisioneros de guerra soviéticos muertos (17 pers.).

—10 planos de tumbas.

—Extractos de las convenciones internacionales citadas anteriormente.

Alekséi no estaba en las nuevas listas. Ni entre los prisioneros ni entre los muertos. «¡Hay una guerra, Tania, no es momento de desanimarse! Ve a trabajar, guarda tu secreto y mecanografía documentos todos los días»:

Al camarada V. M. Mólotov:

La Cruz Roja Internacional nos ha informado de que el Gobierno británico autoriza la compra de víveres en África para su envío a los prisioneros de guerra soviéticos en Alemania en buques de la Cruz Roja Internacional. El Banco de Pagos Internacionales de Basilea puede poner a disposición del Comité Internacional de la Cruz Roja los fondos necesarios para estas compras.

La Cruz Roja Internacional nos solicita nuestra opinión sobre este asunto. Supongo que en vista de su decisión sobre la reciente propuesta de distribuir las donaciones de azúcar entre los prisioneros rusos en Alemania y Rumanía (véase anexo) tampoco se debe responder a esta nueva solicitud del Comité Internacional de la Cruz Roja.

Vishinski

En 1943, el Vaticano volvió a dirigirse a la URSS con una propuesta para aliviar el sufrimiento de los prisioneros de guerra. Esta vez la carta del Vaticano fue enviada a través de Estados Unidos. Mólotov respondió:

Moscú,

28 de marzo de 1943.

Distinguido Sr. Embajador,

Acuso recibo de su carta del 25 de marzo del presente año en la

que nos comunica la propuesta del Vaticano de establecer un intercambio de información sobre los prisioneros de guerra soviéticos y los prisioneros de guerra de las potencias del Eje, y tengo el honor de informarle de que el Gobierno soviético no está actualmente interesado en dicha propuesta.

Quisiera expresar nuestro agradecimiento al Gobierno de Estados Unidos por su atención a los prisioneros de guerra soviéticos, así como mis más sinceros respetos.

V. Mólotov

Más tarde, ese mismo año de 1943, Mólotov explicó a los estadounidenses que, desde el punto de vista de la propaganda, sería un error presentar a Alemania como capaz de acciones humanitarias.

—¿Por qué se comportaron así?

—¿Quién?

—Mólotov y toda esta gente…

—Creo que actuaron de acuerdo con su posición política…

—¿Qué tipo de posición es no salvar a sus propios soldados que habían sido hechos prisioneros?

—A mí también me gustaría entenderlo, pero creo que simplemente pensaron: «¡Alemania tiene la culpa de todo!» Los alemanes suscribieron la Convención de Ginebra y en ella se dice que el cuidado de los prisioneros debe recaer sobre quienes los apresaron (incluso si la otra parte no ha suscrito la Convención). En opinión de la Unión Soviética, Alemania debía responder por nuestros prisioneros de guerra. Hay que recordar que tanto la Unión Soviética como Alemania eran países que no confiaban en nadie y que hacía tiempo que no les veían sentido a los acuerdos internacionales. ¿Sabe, Sasha? Las obligaciones internacionales solo funcionan cuando por incumplirlas se puede imponer un castigo. Pero ¿quién podría castigar a la Unión Soviética o a Alemania? Por lo demás, me he desviado del tema, como siempre. Me ha preguntado cómo me detuvieron, ¿no?

—Sí.

—Sucedió de manera bastante inesperada… Rápida a la par que solemne. Los chekistas y la victoria de la guerra llegaron al mismo tiempo. Estábamos alegres porque esperábamos que Liosha regresara pronto a casa, pero enseguida quedó claro que esa victoria no era la nuestra. Nos esperaba una nueva guerra, personal, pero no menos destructiva.

»Me arrestaron en julio de 1945. El entusiasmo de los ciudadanos soviéticos alcanzó cotas increíbles, y los chekistas entraron en mi casa al son de las marchas militares de la victoria.

Llegaron a medianoche. Tatiana Alekséievna acababa de acostar a su hija. En la puerta había tres personas. Esos mismos polluelos del nuevo hombre hace tiempo salidos del cascarón y ahora ya creciditos. Uno de ellos se detuvo frente a ella, los otros dos empezaron a destrozar el apartamento.

»—¡Prepare sus cosas! —dijo el hombre con calma, hurgando en sus dientes con una cerilla.

»—¿Cuándo volveremos? Tengo que pedirle a la vecina que cuide a mi hija.

»—La niña se viene contigo, ¡levántala!

«Tal vez sea mejor así», pensó Tatiana Alekséievna. Regresó junto a Asia y la despertó. Mientras acariciaba la mejilla de la niña, Tania se dio cuenta de que uno de los chekistas estaba recogiendo sus dibujos.

»—¿Qué puedo llevarme?

»—Ropa de abrigo. Para la niña también.

«Quizá sea una buena señal. En cualquier caso, me han permitido quedarme con Asia. Son soviéticos. Dos de ellos son malos, pero hay uno bueno. Se le ha quedado algo atrapado entre los dientes y no puede sacarlo.»

»—¿Puedo llevarme esto?

»—Sí, llévatelo también…

—Te permiten llevarte tus cosas y, aunque te estremeces de miedo, piensas que son humanos. Incluso, aunque te arresten, te permiten llevarte un suéter bien caliente. ¡Qué amables! Un error… La pura verdad es que el gran Estado no podía abastecer de ropa a todos los presos.

»Pensé: "¡Nada que objetar, la maquinaria funciona! Han llegado a mí después de todos estos años. ¡Qué competentes! ¡Con cuánto celo deben haber estudiado los documentos! Su tenacidad es envidiable". ¡Tiene que recordar que estábamos en 1945!

Tatiana Alekséievna terminó de preparar su bolsa bastante pronto. Luego tuvo que presenciar durante media hora, con Asia en brazos, a dos hombres adultos rasgando los edredones y sacudiendo las plumas de las almohadas. Todo esto habría podido parecer muy cómico si no hubiera sido tan terrible. En torno a las dos de la madrugada, el coche abandonó finalmente el patio.

Tatiana miró los edificios oscuros. Pensaba que a ambas las enviarían a la cárcel. Asia dormía en sus brazos, y Tatiana Alekséievna supuso que, después de un breve interrogatorio, las dejarían dormir. Por supuesto, no la habían separado de su hija. Para todo lo demás, le parecía que estaba preparada.

Cuando estaban a menos de tres manzanas de su casa, el coche se detuvo de repente. Funcionaban como un reloj: el hombre que había ido sentado delante en silencio durante el viaje salió del automóvil y abrió la puerta trasera. El que iba sentado al lado de la arrestada le arrebató a su hija y corrió hacia un autobús abarrotado de niños asustados. Tatiana gritó, intentó salir del coche, pero recibió un golpe en la nuca.

«¿No le da vergüenza? ¿Cómo se atreve? Cálmese y actúe como una ciudadana soviética, ¡no traumatice a los niños!»

—Traté de escapar, pero el tipo que abrió la puerta se sentó a mi lado en el asiento trasero y empezó a estrangularme. Sentía que se me dilataban las pupilas. Asia gritó: «¡Mamá!», y traté de gritar su nombre, pero el chekista me tapó la boca.

«¡Basta de gritos! ¡Tranquilícese! ¡No le va a pasar nada! ¡El Estado se hará cargo de ella! Ahora hablaremos con usted, nos lo contará

todo y luego volverá a casa. ¡Y límpiese la sangre, que nos va a manchar el coche!»

Ni siquiera les permitieron despedirse.

Tatiana Alekséievna trató de calmarse. Pensó que, si recuperaba el dominio de sí, esa gente se apiadaría de ella. Más tarde averiguó que los chekistas llamaban a ese comportamiento de los arrestados «síndrome del conejo». Nunca te dejes engañar por los lobos.

Media hora después, la empujaron dentro de una celda de la Lubianka.

—Estaba temblando como una hoja, lo recuerdo. De miedo. Por Asia. ¿Adónde la llevaban? ¿A qué orfanato? ¿Cuánto tiempo me retendrían? ¿Podría pasar mi hija dos o tres días sin mí? ¿Se habían llevado su ropa? No, creo que la llevaba yo… ¿Quizá se la lleven más tarde?

»¡Dos o tres días! ¡Ojalá! ¡Qué gracioso! Ni siquiera me interrogaron durante la primera semana. Estuvieron ocupados con alguien. El instructor estaba ocupado. Un caso tras otro… ¡Casos importantes!

Por fin la hicieron sentarse en una silla, totalmente exhausta, esposada. Cuando levantó la cabeza, de repente se echó a reír. Después de una semana en la celda, la mera visión del instructor, como es natural, le hizo gracia.

—Se llamaba Kavokin. Nunca lo olvidaré. Ni siquiera el alzhéimer podrá borrar a esa criatura de mi memoria.

Un hombre bajo y ruin de unos cuarenta años que empezaba a quedarse calvo. Sumamente insignificante. Más que un humano, parecía una polilla. Sus frases eran breves, entrecortadas y un poco gangosas.

—Creo que de ese hombre debían de burlarse los niños a menudo en el patio cuando regresaba a casa del trabajo. Kavokin necesitaba visceralmente su puesto de instructor. Solo la posibilidad de torturar a otras personas podía reconciliar a esa nulidad consigo mismo. Solo más tarde, en el campo, me di cuenta de que todo ese sistema, esa enorme maquinaria, se había construido con gente acomplejada como él. Por sí mismos, estos seres no representaban nada, pero en un Estado compuesto por otros de su misma especie adquieren importancia.

Comenzó con un cuestionario. Kavokin le preguntó por sus padres, sus años en el extranjero y otros aspectos de su pasado. Luego le explicó que no la habían arrestado porque sí, que ellos no detenían a la gente sin más. Después de una hora de preguntas estúpidas, el instructor sacó un montón de dibujos suyos y empezó el verdadero

interrogatorio, que se prolongaría durante horas.

—¿Dibujó usted esto?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Qué quiere decir?

—¿Con qué propósito dibujó con tanto detalle las calles de Moscú?

—Son solo dibujos. Me gusta dibujar.

—¿Y esto?

«¿Qué puedo responder? Estoy maniatada. Delante de mí hay una mesa, una silla y una lámpara. El instructor agita un dibujo del NKID frente a mí y me digo: "Dios, ¡qué estúpida hay que ser para dibujar la sede de una institución gubernamental!".

»De hecho, Kavokin hace siempre las mismas preguntas:

«¿Para qué lo dibujó? ¿Qué hay de esto? ¿Y esto de aquí? ¿Y el Kremlin?

—Traté de no molestarlo, de responder con calma, pero no sirvió de nada. Primero, porque me daba risa cuando lo miraba; segundo, ¿qué más le daban a él mis respuestas?

»Después de unas dos horas, pasó a la siguiente pregunta:

»—¿Le envió los dibujos a su marido?

»—¿Adónde?

»—¿Recibió alguna carta de su esposo?

»—Al principio de la guerra sí.

»—Y al principio, ¿qué año es?

»—¡1941, si la memoria no me falla!

»—¡No se atreva a ser grosera conmigo! ¿Y después? ¿Recibió alguna carta más tarde?

»—Más tarde no. Solo al principio de la guerra, únicamente dos.

»—¿Sabía que su marido se pasó al bando enemigo?

»—No.

»—¡Bueno, pues ya lo sabe!

»—No puede ser que Alekséi se haya pasado al enemigo. Es más, estoy convencida de que él nunca haría eso. Mi marido siempre fue un verdadero comunista.

»—¡Quién es un verdadero comunista, y quién no, no lo decide una puta como tú! ¡¿Entiendes?!

»—¡Ajá! —pensé—. ¡Qué giro tan sorprendente! ¡Así que este gusano también sabe gritar!

—Entretanto, yo había recuperado la calma y ya no sentía el más mínimo miedo ante el hombre que estaba al otro lado de la mesa.

»¿Alguien le ha dicho alguna vez lo ridículo que es?

Kavokin continuó gritando, pero Tatiana Alekséievna dejó de

escucharle. Ya no le interesaba lo que dijera. Al mirar a ese tipo babeante, le vinieron a la mente las últimas palabras de su padre:

«Sé valiente, Tata, pero no estúpida. No ofrezcas tu cabeza a la guillotina. Sé inteligente y nunca demasiado orgullosa como para no ceder. ¡Eso es sabiduría! Aprende a decir que sí y a huir. No intentes demostrarle a alguien con un cuchillo lo valiente que eres. Cállate, siempre. No trates de demostrarle a un necio que es estúpido, al igual que a un árbol no le dices que está hecho de madera. No refunfuñes, no te quejes ni murmures. ¡Mantente siempre cuerda!».

»—¡Pavkova! ¡Pavkova! ¡Pavkova, mírame!

»—Sí…

»—¡Sí, ciudadano jefe!

—¡Sí, ciudadano jefe!

—Pavkova, ¿su marido Alekséi Pavkov se puso en contacto con usted en las últimas semanas?

—¿Qué?

¡Solo entonces se dio cuenta de por qué la habían arrestado!

«¡Liosha está vivo!

Como hace años, repitió estas palabras. La habían arrestado no porque hubieran encontrado esas viejas listas, sino porque su esposo había regresado de su cautiverio.

«¿Su marido ha intentado ponerse en contacto con usted en las últimas semanas?

—Por los informes de nuestros agentes sabía que los estadounidenses aconsejaban a los prisioneros rusos no volver a casa, porque a menudo no les esperaba el reencuentro con familiares y amigos, sino los campos de filtración[23].

«A nuestros soldados los asustan con amenazas de torturas e interrogatorios —informó un colaborador soviético—, por lo que recomendamos encarecidamente una charla explicativa con representantes del cuerpo diplomático americano.

«¡Por eso me arrestaron! ¡Está vivo! ¡Vivo! ¡Vivo! ¡Liosha está vivo! ¡No vinieron a buscarme porque encontraran la lista rumana, sino —de repente se me cayó la venda de los ojos— porque en algún lugar lejano, muy lejano, a mi marido lo habían liberado!

—No lo creerá, Sasha, pero estaba tan contenta que casi le doy un beso a ese bastardo de Kavokin.

»—¡Pavkova!

»—¿Sí?

»—¡Sí, ciudadano jefe!

»—Sí, ciudadano jefe…

»—Tu marido, te lo pregunto de nuevo, perra, ¿se ha puesto en

contacto contigo?

»—No…

Kavokin siguió gritando, y Tatiana Alekséievna experimentó algo indecible. Una densidad de emociones incomparable. Una colosal embestida de sentimientos.

—Supongo que así funcionan las drogas. Si al menos alguien me hubiera dado un vaso de agua… Sentí miedo y dolor físico al mismo tiempo, ansiedad por la separación de mi hija y felicidad por el hallazgo de mi marido. No sabía lo rápido que me latía el pulso, pero le pedí a mi corazón una sola cosa: ¡por favor, querido, no te detengas!

»El instructor seguía gritando, y yo no podía creer en mi propia felicidad:

»—¿Entonces es verdad?

»—¡¿Es verdad, qué?!

»—¿Me habéis arrestado porque Alekséi está vivo?

»—Tu marido, maldita traidora, está detenido por desertor, ¡y aquí las preguntas las hago yo!

«¡Está vivo! ¡Definitivamente, está vivo!», se alegró.

—No tenía ni idea de lo que me pasaría dentro de una hora, ni a mi marido o a mi hija al día siguiente, pero, durante el primer interrogatorio, a pesar de aquella terrible situación, me sentí feliz, porque nuestra familia había sobrevivido a la guerra.

»Es estúpido, ¿verdad? Te trasladan de un *Titanic* a otro y, sin entender nada, te alegras por no haber tocado fondo aún. Apenas recuerdo esos minutos con exactitud, pero ahora me parece que, después de la siguiente pregunta del instructor, rompí a reír de nuevo a carcajadas:

»—¿He dicho algo gracioso, perra?

»—Usted no, ciudadano jefe, sino el destino…

»No sé si eso se incluyó en las actas del interrogatorio. Por otra parte, no creo que las redactaran. Mis respuestas, así como las risas y las lágrimas, le interesaron poco al instructor.

«¡Largo de aquí!

Así terminó el primer interrogatorio. La conversación se interrumpió de repente y la detenida fue llevada a su celda.

—Después de que todo terminara tan rápido, después de que Kavokin me dejara irme tan pronto, pensé: «se ha dado cuenta de mi inocencia». En esa larga y oscura noche no pude dormir. Idiota de mí, pensaba que todo había acabado.

A la noche siguiente, Kavokin llamó a Pavkova de nuevo para interrogarla. Esta esperó mucho rato a que él terminara de redactar un

documento y, cuando por fin lo hizo, ella dijo con una sonrisa:

—¡Buenas noches, ciudadano jefe!

—¿Quién te ha dado la palabra, perra?

—¿Dónde está mi hija?

—«Te lo pregunto de nuevo, sucia traidora, ¿quién te ha dado la palabra?

—Oiga, ¿por qué me habla así?

Fue un error. Kavokin le dio un bofetón. Tatiana sintió que el instructor le había roto un diente y se tapó la boca con la mano. Pequeño como era y de apariencia débil, Kavokin tenía una buena derecha. Los años de práctica también jugaban a su favor.

«¿Sabías, escoria, que tu marido fue apresado?

Kavokin le formuló esta pregunta con calma y, por un segundo, ella se paró a pensar: «¿por qué a veces la tuteaba y otras la llamaba de usted? ¿Por qué a veces gritaba y luego parecía escucharla de nuevo?».

—No con certeza, pero podía suponerlo.

—¿Por qué podías suponerlo?

—Cuando dejé de recibir cartas de mi marido, quise creer que no estaba muerto, sino que era prisionero de guerra.

—¿Así que tú, asquerosa traidora, preferías creer que tu marido era un desertor?

—Estoy segura de que mi marido siempre ha luchado con valentía.

—¡A los soldados valientes no los hacen prisioneros!

—Creo que depende de la situación. Se puede caer en un cerco enemigo…

—¡Siempre puedes matarte con la última bala!

—Incluso si por un segundo imagina que él no lo hizo, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Qué tiene que ver contigo? ¡Eres su mujer, puta!

—¿Desde cuándo se convierte en acusada la mujer de un sospechoso?

—Desde que está escrito en la Constitución soviética que yo, zorra, te exijo que respetes.

—Respeto la Constitución soviética —respondí con calma—, pero sigo sin entender por qué debo responder por los actos de mi marido.

—¡Porque tu matrimonio es la confirmación de vuestro complot criminal!

—¿Habla en serio?

—¿Estás diciendo, puta, que te casaste sin un complot previo? Esto ya no es la Rusia zarista. En la Unión Soviética la gente se casa por amor, así que tú, escoria, sabías que amabas a un enemigo del pueblo.

»¡Era todo tan absurdo! Me eché a reír de nuevo, lo cual parece que sacó totalmente de sus casillas al investigador. Sin embargo, antes de que explotara, aún tuve tiempo de echar más leña al fuego. Me reí y le dije:

»—¡Mira, sabes muy bien que todo lo que dices es un disparate! Y encima te hace parecer tan ridículo… ¿Qué harás ahora? ¿Vas a pegarme otra vez?

En efecto, así fue.

«Ajá, ¿te estás divirtiendo? Crees que es gracioso, ¿no? ¡Kolia, ven aquí!»

Kavokin saltó de detrás de la mesa y, abalanzándose sobre Tatiana Alekséievna, volvió a golpearla. Ella trató de levantarse, pero alguien por la espalda le puso las manos sobre sus hombros.

«¿Te estás divirtiendo, eh, puta? Vamos a ver si te ríes ahora.»

Kavokin se desabrochó el cinturón y la bragueta. La arrestada cerró los ojos. Algo le tocó la cara, pero no quería pensar en lo que era.

El hombre que estaba detrás de ella levantó bruscamente a Tatiana Alekséievna y la tiró al suelo. Un hombre pesado se sentó encima de ella y le arrancó el vestido. Kavokin intentó forzarla, pero no pudo. Jadeaba, trataba de excitarse, pero no funcionó… Así continuó durante varios días.

Todas las noches el instructor Kavokin hacía que llevaran a Tatiana Pavkova a la celda de interrogatorios e intentaba violarla. Como no lo consiguió durante varios días, se limitó a darle palizas. Por último, al final del cuarto día, se desplomó sobre una silla y le ordenó a su asistente que «lo hiciera». Y este obedeció.

INFORME MÉDICO

TATIANA ALEKSÉIEVNA PAVKOVA

35 años, rusa, alfabetizada, casada, nacida en Londres

REGISTRO DE ADMISIÓN:

Ingreso en el hospital por astenia aguda, dolor en todo el cuerpo, vómitos.

La paciente es de estatura mediana, complexión regular, no presenta desnutrición, membranas mucosas y piel muy pálidas. Postrada en la cama, no puede darse la vuelta. El examen del cuerpo reveló cardenales en los muslos, las nalgas, las lumbares y hacia arriba hasta la zona inferior de ambos omóplatos. Los hematomas son extensos y de color púrpura oscuro. La mano derecha, completamente hinchada. Presenta contusiones en el dorso de la mano. Lengua rosada, vientre flácido. El estado general de la paciente es malo. Gime sin cesar, delira, llama a su marido y a su

hija. Según la paciente, no ha orinado ni defecado en los últimos dos días. Pulso: 70.

13/7

Estado muy grave. No puede darse la vuelta sin ayuda. Ha dejado de vomitar. Sin evacuaciones intestinales. Orina con dificultad.

15/7

Estable.

16/7

Se queja de dolores de cabeza. Le cuesta levantar la mano derecha. La hinchazón ha disminuido.

17/7

Se gira ligeramente. Se siente mejor. Ya no presenta dificultades para orinar.

20/7

La hinchazón de la mano ha desaparecido. Puede moverse con libertad de nuevo.

21/7

Estado general satisfactorio. Puede darse la vuelta por sí sola. Se queja de cefaleas.

23/7

Estable.

25/7

Llegó a la 1:45 después del interrogatorio de anoche. Ligeras marcas de estrangulamiento en el cuello. El pulso es bueno.

29/7

Estado general satisfactorio. Palidez en membranas mucosas y piel.

1/8

Mejora del estado general de la paciente. Pérdida de apetito y dolor en la parte inferior de la espalda.

3/8

No hay cambios reseñables.

5/8

Estado general satisfactorio, alta recomendada. Fin del registro.

Después de la violación, completamente exhausta, Tatiana Alekséievna fue ingresada en el hospital de la prisión. En cuanto las enfermeras consideraron que se había recuperado, la enviaron de vuelta para que la sometieran a nuevos interrogatorios. Esta vez, Kavokin no dijo nada y su subordinado se puso sin más manos a la obra. Ahora ella lo único que no entendía era lo siguiente: ¿cómo ese hombre era capaz de violar a un cadáver viviente? De regreso en el hospital, intentó ahorcarse con una sábana, pero las enfermeras la descolgaron a

tiempo. Ese fue el final del proceso judicial. La sentenciaron a quince años y, cuando su estado de salud lo permitió, la metieron en un vagón Stolipin[24]. «Prepárate, cariño: un mes en las vías. Por cierto, queríamos preguntarte: ¿por qué estás de tan pésimo humor? ¿Todo bien? ¿Has dejado de reírte?»

En la despedida, el instructor Kavokin describió muy claramente lo que le esperaba: «Tu marido, esa alimaña, será fusilado (si eso no ha ocurrido ya), a tu hija la mandarán a un orfanato[25] y, si por alguna absurda casualidad os volvéis a encontrar dentro de quince años, lo más probable es que no te reconozca. Nuestros educadores se asegurarán de ello».

«Ya lo veremos», dijo Pavkova con voz ronca mientras lo miraba con recelo.

El tren, abarrotado de mujeres de enemigos del pueblo, atravesó el país en dirección al campo. Las mujeres se contaron las historias de sus interrogatorios, pero Tatiana Alekséievna mantuvo los ojos cerrados. Lo peor del trayecto fueron las paradas. Cada vez que el tren aminoraba la velocidad, le parecía que estaba a punto de echarse a gritar.

Durante la primera y segunda semana solo deseó que el tren llegara por fin a su destino. Cuando se cumplía el vigésimo día del viaje, habría acogido cualquier tipo de muerte como una liberación. Se sentó contra una pared de madera y susurró los versos de Bartó: «¡La casa estaba justo ahí! ¡Se esfumó! ¡Y los inquilinos, también…! ¿Dónde está el edificio alto y gris? ¡Mi madre allí me espera! El guardia respondió a Sioma: “La casa entorpecía el tráfico, se decidió cambiarla de lugar…”. Los muros se deslizan, sigilosos, no se rompen los cristales…».

Al llegar, las hicieron ponerse en fila en el borde de un barranco. Varias mujeres empezaron a gritar y a caer al vacío antes de que se oyeran disparos. Tatiana Alekséievna guardó silencio.

—Es curioso, pensé, que algunas aún tengan miedo a la muerte. Si en ese momento me hubieran ofrecido una bala, la habría aceptado con sumo gusto… Al igual que las pastillas de aquel médico italiano de hace muchos años. ¿De verdad era yo la que había llorado por unos simples mocos?

Después de un mes en el vagón, le daba lo mismo si le esperaba un catre o la tumba.

—Yo también me odiaba. No podía perdonarme por haberme quebrado en la cárcel. Mi marido estaba en el gulag, mi hija en un orfanato, y yo no podía sino pensar en mí misma. De pie junto al borde del barranco, no tenía miedo a la muerte. Estaba dispuesta a

morir, pero no de cansancio, sino de vergüenza. Por desgracia, nunca llegaron a disparar. Nos tuvieron allí media hora y luego nos hicieron avanzar hacia otro lugar. De hecho, era el tipo de broma que se solía gastar allí. A todas las recién llegadas las recibían con esta suerte de espectáculo. Ya sabe que en la Unión Soviética se adoraba el teatro… Sobre todo, el anatómico.

Ya en el campo, las pusieron a ambos lados del camino de arena. Cuando todas estuvieron por fin en fila, se hizo un silencio sepulcral: entre las mujeres caminaban los guardias. Como clientes de un supermercado, se apresuraban a rebuscar entre las columnas de prisioneras.

—Creo que por primera vez en más de treinta años me alegré de ser poco agraciada. Para mí estaba claro que casi nadie me querría si tenían más opciones entre las que elegir. Fue una especie de *casting* para una película o un baile de máscaras. Las mujeres vestían la misma ropa con la que las habían arrestado: algunas llevaban una chaqueta sobre el camisón, otras iban con vestidos de noche rotos. Recuerdo haberle contado esta historia a Yadviga, pero mi amiga me cortó en seco:

«¡Espera! —me dijo—. ¡No puede ser! ¿Con los mismos camisones? Habíais pasado meses en la cárcel, semanas en trenes. ¿Cómo se puede sobrevivir a todo eso en camisón?»

»Como si a alguien le importara…

»El Estado no nos dio ropa hasta que llegamos al campo. Esa noche nos llevaron a una suerte de almacén donde se suponía que debíamos elegir calzado. Frente a nosotras se erguía una montaña de zapatos nuevos, pero todos eran de la misma talla: la 37.

«Si no te gustan, ve descalza.

Después del «concurso de belleza» y el «zapato de Cenicienta», finalmente las repartieron entre los «ochos». Unas antiguas instalaciones fabriles. Sin ventanas, sin tarimas. Paja en el suelo, tierra en el techo. Esos edificios se llamaban «ochos» porque la temperatura dentro nunca subía por encima de ese número parecido al símbolo del infinito. En verano ni siquiera había agua fría. En invierno, para hacer té, se derretía nieve o se sacaba agua de un agujero en el hielo donde las mujeres desesperadas se ahogaban de vez en cuando.

Las mujeres se agolpaban alrededor de la vigilante. La asediaban con preguntas sobre la vida, la comida y la rutina diaria.

—A mí no me interesaba en absoluto, pero de todos modos entendía a las mujeres que trataban de calmarse. Con ese bombardeo de preguntas querían obtener al menos una brizna de esperanza de la vigilante:

«Mirad, chicas, esto no va a ser tan malo, no es ningún desastre…».

»Me volví hacia la pared e intenté conciliar el sueño, pero me costó mucho. Después de la prisión, el hospital y más de tres semanas en un tren, tenía el cuerpo magullado. Las condiciones de transporte de los prisioneros soviéticos no eran muy propicias para la curación de las heridas infligidas durante el interrogatorio.

Tatiana Alekséievna sigue hablando y yo miro sus cuadros. Esta vez, mi mirada se detiene en el retrato de un hombre. Con sus grises habituales, fríos como la lona. Otra luz violenta, esta vez de una lámpara. Detrás de una mesa hay un hombre pequeño, pero aterrador. Con la boca entreabierta. Veo sus dientes afilados y torcidos. Me da la impresión de que esa criatura está a punto de atacarme.

—Llevaba dos meses sin tener noticias de Asia. Después de las semanas en el tren, supe que los chekistas primero se coordinaban con los orfanatos antes de arrestar a las madres. El complejo sistema de comunicación soviético. Cuando se anunciaba la llegada de nuevos niños, los directores de los orfanatos ya podían adivinar que se iban a producir arrestos inminentes. Bueno, mejor dicho: los directores de los hogares infantiles esperaban a «recién llegados» todos los días, así que ya no pensaban en las constantes detenciones. En un país que ya estaba repleto de niños huérfanos no se abandonó el cruel hábito, incluso después de la guerra, de producir más huérfanos.

»Sabía que lo más importante era resistir al principio. El cuerpo se acostumbra a todo. Tienes que darte un año, tal vez dos. Hay cosas prioritarias, lo demás son tonterías. Lo principal era que un día Liosha, Asia y yo volveríamos a estar juntos…

»Durante las primeras semanas, junto con todas las demás, me dediqué a recoger cañas. El decimocuarto día se obró un milagro: me llamaron ante el comandante del campo:

»—Pavkova —me preguntó—, ¿es verdad que trabajaste en el NKID?

»—Sí —respondí.

»—¡Bueno, pues siéntate a la máquina de escribir!

»La petición del comandante me pareció tan extraña que ni siquiera me moví.

«¿Qué haces ahí parada como un pasmarote? ¡Que te sientes ahí, te digo!

»Estaba confundida, pero también sabía que no podía dejar pasar esta oportunidad. En la oficina hacía calor, ¡ese trabajo era un sueño!

»Me senté. El comandante me dio un cuaderno y me ordenó que mecanografiara una lista con varias columnas:

»—¿Con el mismo formato? —le pregunté para darle más

importancia a mi trabajo.

»—Mecanografíelo como quiera, como lo hagan en Moscú…

CERTIFICADO

Sobre la mortalidad infantil en el campo en la primera mitad de 1945:

Total de muertes – en números absolutos – en números relativos – tasa de mortalidad por tipos de enfermedad – mortalidad mensual y diagnóstico de enfermedad.

«Muy bien, Pavkova, ¡ya es suficiente! Lo arreglaré todo: mañana empezarás a trabajar aquí».

Tuvo suerte. El comandante del campo, un hombre llamado Podushkin, resultó ser un tipo holgazán y astuto. Sabía que confiar la documentación a un enemigo del pueblo era un crimen, pero la chica guapa de turno a la que había puesto al frente de ese trabajo no estaba en absoluto a la altura de la tarea. No se preocupaba de la documentación y las cartas que mecanografiaba estaban plagadas de errores. Había saltos de líneas y las letras desaparecían, como la gente a lo largo de todo el país. A Tatiana Alekséievna le llevó varias semanas poner orden en el legado de su predecesora.

Tenemos pruebas de que en algunos centros de salud de los campos y en algunos departamentos de colonias penales a menudo citan el diagnóstico de «inanición» en los certificados que se emiten sobre las causas de muerte de los prisioneros.

Estos certificados, que llegan tanto a los tribunales que dictaron la sentencia como a los familiares del difunto, dan lugar a comentarios INDESEABLES sobre las causas de la muerte.

ES IMPRESCINDIBLE:

—En el caso de que se constate una muerte por inanición, se debe dar no solo el diagnóstico principal, sino también otros concomitantes (paro cardíaco, debilitamiento de la función cardíaca, tuberculosis pulmonar, etc.).

—Al expedir cualquier certificado desde el campo a diversas organizaciones, así como en las notificaciones dirigidas a los órganos del NKVD-UNKVD, hay que dar solo el diagnóstico concomitante.

—En los informes médicos enviados por el campo a los Servicios de Salud del Gulag, hay que dejar el diagnóstico principal.

MEMORANDO

En cuanto al procedimiento para extraer la dentadura postiza de

oro a los prisioneros fallecidos, se ordena lo siguiente:

—Hay que extraer las dentaduras postizas de oro a los prisioneros muertos.

—La extracción de las dentaduras postizas se llevará a cabo en presencia de una comisión compuesta por representantes del servicio sanitario, de la administración del campo y el departamento financiero.

—Cuando se extraiga una dentadura postiza de oro, la comisión deberá redactar un acta por duplicado en la que se especifique el número de unidades extraídas (coronas, dientes, ganchos, aparatos, etc.) y su peso.

—El acta irá firmada por todos los representantes mencionados. Un ejemplar se conservará en los archivos del departamento de salud del campo; el otro, junto con las prótesis de oro extraídas, se enviará al departamento financiero del campo.

—El oro extraído se entregará en la sucursal más cercana del banco estatal y el recibo de la entrega del oro se adjuntará al acta original.

—Aprendí mucho en el primer mes. Así, ahora sabía que si los presos se comían un perro o un gato, debía calificarse de «vandalismo agravado». Era importante explicar a Moscú que los prisioneros se comportaban así por diversión y que nadie pasaba hambre en el campo. «Sin embargo —quiso tranquilizarme el comandante—, no se preocupe por los animalitos: todo lo que vive (además de personas) se ha comido en esta región desde hace mucho tiempo». No fue hasta años después que pude apreciar en toda su amplitud su extraño sentido del humor. Su alusión al canibalismo no era ninguna broma. En cuanto nevó y la tierra se congeló (a pesar del reglamento de los entierros y las constantes exigencias de la capital), los cadáveres de los prisioneros dejaron de enterrarse y se empezaron a apilar detrás de uno de los barracones.

«Si quieren, que vengan aquí y se pongan a cavar ellos mismos —decía Podushkin, indignado, tomando un sorbo de té del platillo—. ¡Es para volverse loco! ¡Así de listos son en Moscú! Y, además, ¿qué nos ofrecen? ¿Se supone que debo reunir a toda la chusma y ordenarles que caven? No me opongo, pero ¿qué sentido tiene? Si se tuviera que cavar un agujero lo suficientemente profundo para toda esa pila de cadáveres en esta tierra helada del infierno, ¡la mitad de las mujeres moriría en el trabajo! Es un círculo vicioso y, entretanto, tengo que cumplir con un plan de tala de árboles.

De vez en cuando desaparecían partes de cuerpo de los cadáveres recientes que se apilaban detrás del barracón. Por lo general, se hacía

la vista gorda. En los casos excepcionales en los que por alguna razón hubo que redactar un acta, Tatiana Alekséievna lo atribuía todo a los lobos, que allí no había.

—A veces, después de haberse emborrachado, el comandante del campo organizaba un pasatiempo, siempre el mismo. Cogía una pala, echaba allí un trozo de carne podrida y salía al patio con ella. A todas las reclusas se les permitía dejar su «ocho» y gatear hasta la pala para arrancar de un mordisco todo cuanto pudieran. Aún recuerdo que mi colega, la descerebrada amante del jefe, comentaba con pesar: «Dios mío, ¡cómo puede alguien caer tan bajo!».

»Podría pensarse que se refería al comandante, pero no, se refería a esas mujeres completamente exhaustas. Yo no decía nada. No veía nada extraordinario. Esos seres humanos (humanos precisamente, no como ese degenerado con poder) se comportaban de una manera comprensible y racional. Esas mujeres (madres, hijas y hermanas) intentaban sobrevivir. No tenía nada que ver con la degradación ni tampoco era sorprendente. De lo que sucedía me sorprendió algo distinto: entendí que el experimento del gran arquitecto de las almas humanas —el trabajo sobre el hombre nuevo— estaba en pleno apogeo. Lo más horrible de todo, pensé, no es que las prisioneras exhaustas trataran de arrancar un trozo de carne, sino que, si no cambiábamos nada, si el mundo entero no se enteraba de estos horrores, medio siglo después surgiría otro tipo de persona que comería de una pala por propia voluntad. Y si no había una profunda conciencia ni arrepentimiento por parte del poder, esa persona se pondría en la fila de la pala con comida y estaría feliz y contenta de comer de ella, pues esa persona ya no sería prisionera de un campo, sino de sí misma.

A pesar de su «buen puesto», Tatiana Alekséievna aún no sabía nada de su hija. Ni siquiera la cercanía con el jefazo del campo la ayudó. A todas sus preguntas obtenía la misma respuesta: «No». Trató de convencerse de que su orfanato sería llevadero. Esperaba que su hija, a ser posible, no la echara demasiado de menos. Por otro lado, Tatiana Alekséievna se alegraba de que su hija no la viera en ese estado.

Continuando su reflexión acerca de que los campos soviéticos eran un gran experimento, una suerte de laboratorio y una potente ecuación matemática cuyo resultado sería un nuevo hombre soviético, se dio cuenta de que todo eso era una tontería.

—Si todas nosotras hubiéramos sido variables de esa ecuación, si todas las prisioneras hubiéramos formado parte de una fórmula, entonces habríamos vivido según las mismas reglas. Pero nada de eso.

Se cometieron millones de errores. El desorden era la única constante en esa ecuación. En nuestro campo reinaba un caos puro y absoluto. Algunas mujeres mantenían correspondencia con sus maridos, otras no. De entre las que habíamos sido condenadas en virtud del mismo artículo, algunas llegaron al campo con sus hijos, y otras, como yo, se pasaron años tratando de establecer contacto con sus seres queridos. No se me permitió averiguar la suerte que había corrido mi hija, pero, al mismo tiempo, había prisioneras en nuestro barracón que incluso recibían visitas. Sin embargo, a veces pensaba que tal vez fuera mejor así: no sé si hubiera podido soportar estar frente a Asia. En nuestro barracón había una mujer que, después de una visita de una hora con su hijo, se había vuelto loca. Literalmente, no exagero. Al ver a su madre consumida y canosa, el niño de cinco años se arrojó en brazos de su abuela y le pregunto: «¿Mamá siempre será tan fea como ahora?».

»Durante dos años esa mujer se sentó todos los días frente a un pequeño espejo roto y se preparó para el próximo encuentro. Dos años de preparativos y cuidados de belleza que, debido a los retrasos y a los fallos de funcionamiento de nuestro gran sistema, terminaron en el manicomio. Mientras veía a esa pobre madre, recordaba a Asia, sus manitas suaves, con la esperanza de que algún día mi hija me perdonara. La idea de que en ese momento mi hija se estaría adormeciendo en un orfanato casi me hizo desfallecer de la impotencia. ¡Me sentía tan culpable! Cuando cerré los ojos, recordé nuestras noches más corrientes en Moscú. En ese momento me maldije por haber llevado a Asia al jardín de infancia. Asia lloraba todas las mañanas, las profesoras me reprendían y, pensando que era lo mejor para todos, yo obedecía y me iba. Cortar el cordón umbilical. No debía haber apego. «Pronto crecerás, querida mía, ¡y vivirás por ti sola!» Ternura estandarizada, amor forzado a encajar en un horario. Por las noches, entrelazadas ella y yo como las raíces de un árbol, Asia me sonreía, pero a la mañana siguiente la volvía a llevar al jardín de infancia y la dejaba allí. Asia lloraba, y los profesores me susurraban a la espalda: «Váyase, su hija tiene que quedarse sola…».

Ahora, mientras daba vueltas en la litera, Tatiana Alekséievna pensaba que Asia había presentido su separación. Los niños siempre intuyen la despedida inminente.

—Asia siempre me decía: «¡Mamá, quiero abrazarte, mamá, no te vayas, quiero darte otro beso!», pero me parecía una adorable niñería.

»—¡Tendremos mucho tiempo para darnos besos! —le respondía.

»—¿Cuándo…?

»Le acariciaba la mejilla y me iba a trabajar…

»A veces, cuando llegaba cansada a casa, regañaba a Asia. La historia de siempre. No era porque ella hubiera hecho algo malo, sino porque yo había tenido un día difícil. ¿Qué madre no se ha encontrado en esa situación? Entonces todo parecía trivial y comprensible. Pero en ese momento no me lo podía perdonar. Al recordar la mirada bondadosa de Asia, sollocé como las otras mujeres a mi alrededor. Pedíamos perdón a nuestros hijos, sin saber si nos escucharían. Mientras trataba de conciliar el sueño, vi a una niña inocente, una niña que estaba dispuesta a disculparse por todo lo que no había hecho con tal de que su madre no se enfadara…

»¿Sabe, Sasha?, a lo largo de los años me he dado cuenta de que las relaciones entre los ciudadanos soviéticos y Stalin se construían sobre el mismo principio. A un padre severo se le quiere, a pesar de todo. Incluso allí, en el campo, aun habiendo perdido a sus familiares y seres queridos, las mujeres soñaban con un abrazo efusivo del líder supremo. Como niñas pequeñas dispuestas a hacer cualquier cosa por sentirse queridas por sus padres, deseaban borrar su culpa frente a su padre. ¿Severo, pero justo? ¡No, no se trata de eso! Un padre es un padre, da lo mismo el tipo de persona que sea. No se elige a la familia. Stalin se convirtió en la realidad objetiva, el primero entre los primeros, un superhombre que, como Adán, se suponía que viviría novecientos años. La genialidad de Stalin fue que logró convencer a millones de personas de su paternidad. A veces, cuando pensaba en él, recordaba las palabras de mi padre. A él le gustaba repetir que Dios no existía. No hay Dios y, por lo tanto, nadie a quien recurrir. ¿Qué se debe esperar de los seres humanos? No son criaturas divinas, sino una especie biológica sin más. Un poco más inteligentes que un burro, un poco más astutos que un gato. Toda nuestra infelicidad proviene de que éramos imperfectos. No nos podemos comparar con los delfines ni con los perros. No hay nada que objetar: ¡somos demasiado estúpidos!

»Siempre trataba de escuchar con atención las palabras de mi padre y, en general, estaba de acuerdo con él sobre muchas de las cosas que decía. Sí, ¿sabe, Sasha?, ahora sé que allí, en el campo, entendí a mi padre, y estuve de acuerdo con él en casi todo… Sí, en casi todo…

»No recuerdo si le dije que mi padre era ateo. Durante años, yo, como él, también fui atea, pero el campo… El campo me obligó a creer en Dios.

—¿Cómo?

—¿Cómo? ¡Muy sencillo! Dios se convirtió en un medio para mi terapia. En mi salvación. En un recurso y un sistema personal. En la experiencia y la sustancia que mi cerebro producía. No nos daban pastillas, no podía comprar valeriana o vodka, pero podía inventarme

a un Dios que me ayudara. En mi cabeza encontré un rincón, células que respondían a lo que llamamos «Dios», y las encendí, y esas células me ayudaron a protegerme y a no volverme loca. Encendí el mecanismo de Dios en mi cabeza, y funcionó. En realidad, no importaba si Dios existía o no, lo único que importaba era que podía recurrir a él y usarlo para salvarme. Dios era mi psicología, mi comprensión de mis propias habilidades. Todo lo que sucedía en el campo era tan estúpido, tan cruel y mediocre que la mera existencia del Todopoderoso podía sostenerme. Nietzsche afirmó que Dios había muerto. Secundándole, Dostoievski se quejaba de que, si no había Dios, todo estaba permitido, pero yo pensaba exactamente lo contrario. Solo la existencia de Dios podía justificar todo lo que nos sucedía. No es la ausencia del Todopoderoso lo que crea el mal, sino su voluntad. El abismo en el que cayó el hombre después de que el puente se derrumbara no puede explicarse por la evolución, sino por la concepción más elevada. En eso había algo crucial. La naturaleza no tenía nada que ver con ello, era un misterio que solo a mí me pertenecía. No conocía a ningún animal (aparte del ser humano) que disfrutara de la tortura, y quería llegar a un Dios que fuera responsable de todo eso. En mi mente, tuve que inventarme a un Dios al que pudiera acudir algún día para pedirle explicaciones. Veía a los guardias que disfrutaban con nuestro sufrimiento y sentía que en algún lugar en lo alto debía haber un Dios que alentara ese mal.

»Solo ese Creador inventado por mí, solo el demiurgo al que necesitaba, podía justificar esas monstruosidades. Allí, en el campo, no querían matarnos, sino torturarnos. Nos estaban poniendo a prueba para ver cuánto podía resistir una "tela". Allí no mataban a las mujeres por una orden, sino por casualidad. Y en ello no había ningún gran experimento, sino tortura. No había ningún hombre, sino Dios. Mientras mecanografiaba las listas de "los que habían muerto por frío", necesitaba a alguien a quien responsabilizar. No hacía duplicados de los documentos, pero memorizaba todo lo que pudiera presentarle en el día decisivo y el más terrible: el del Juicio Final. Ni el comandante del campo ni siquiera ese patético ladrón que era Stalin me preocupaban. Necesitaba a Dios, porque sabía que solo Él podía responder por todo. Sabía que no llegaría a Stalin, y la idea de vengarme del Líder no me satisfacía en absoluto, pero la posibilidad de vengarme de Dios, sin duda, me infundió fuerzas. ¡Soñaba con abofetearlo! Quería cogerlo de la garganta, apretarlo con mis dedos rígidos y oírlo jadear. Créame, Sasha, tenía tanto resentimiento y rabia que habría estrangulado a cualquier Dios. Había tanta ira en mi corazón que esa fuerza habría podido paralizar el mundo y, para

evitar que eso sucediera, tuve que inventarme a un ser poderoso, un ser capaz de encajar ese golpe…

»Por eso me lo inventé y me convertí en creyente. Todas las noches, junto con otras mujeres, rezaba frente a los pequeños iconos y, si se me hubiera presentado la posibilidad de probar la sinceridad de mi fe, si hubiera tenido que morir por cualquier trozo de madera que representara a Jesús o a cualquier santo, lo habría hecho sin dudarlo. Cada vez que me arrodillaba, rezaba a Dios por mi salud. Le rogaba que no se desvaneciera en el aire, que no se esfumara. Y durante todos esos años Él gobernó y reinó solo porque yo esperaba una carta…

»Pero ahora que todo ha terminado en mi vida, Dios, ese mismo Dios que yo inventé, me ha recompensado con este alzhéimer, porque me tiene miedo. ¡Tiene miedo de mirarme a los ojos! Quiere que me olvide de todo. El alzhéimer es una manera de destruir el camino hacia él, y mi enfermedad es la principal prueba de que me teme.

No sé qué decir. Es una escena estúpida. Es medianoche pasada, y un joven y una anciana están hablando de Dios, pero ¿qué se puede decir de él? Solo deberíamos hablar de Dios cuando se ha dicho todo sobre las personas…

—¿Cuánto tiempo pasó en el gulag?

Me levanto del pequeño taburete y estiro las piernas.

—Diez años.

—¿La liberaron antes de que se cumpliera su sentencia?

—Sí.

—¿Y luego? ¿Volvió a ver a su marido? ¿Encontró a su hija?

—Estoy cansada… Sigamos hablando mañana…

—Mañana no se acordará de nada…

—Por favor, Aleksandr… ¡Mañana tengo que levantarme temprano!

No insisto. Le dejo la bolsa de la compra, salgo al rellano y en un segundo estoy en casa. El piso está vacío y tranquilo: aún no ha habido tiempo suficiente para que mi segunda vida se convierta en un desastre. Me lavo los dientes, apago la luz y me dejo caer en mi nueva cama.

Tengo un sueño horrible. Estoy en el teatro. Una sala increíblemente bella, el público bien vestido. La acústica es magnífica, el director, famoso. Dan un concierto una orquesta sinfónica y… una máquina de resonancia magnética. En el lugar donde suele estar el piano de cola se eleva, como un iceberg, un escáner blanco. Entre aplausos, no con un vestido, sino con un esmoquin de hombre, Lana sube al escenario. Pasa junto a los trombones, luego deja atrás las violas y, después de estrechar la mano del primer violonchelista, se acuesta en la litera de plástico. En la sala reina el silencio…

Un percusionista se acerca al escáner y pulsa un botón: Lana desaparece lentamente en la máquina. El director alza la batuta, se queda inmóvil por un instante, y un segundo después da entrada a la máquina. Los rápidos impulsos eléctricos dentro del escáner hacen vibrar las espirales de metal. El concierto comienza con un solo de la máquina. Se oye un golpeteo desagradable que se repite sin cesar. En un instante, ese sonido alcanza los 125 decibelios, y la orquesta sinfónica al completo se une y lucha contra el instrumento solista. Es una música terrible. Triste e insoportable. Una melodía del dolor. Sufrimiento en cada nota y muerte en cada chirrido. No me gusta esta obra. No quiero que Lana la toque, pero el público parece entusiasmado. Con el acorde final retumba una salva de aplausos. El público grita: «bis», pero yo me quedo callado: no quiero que Lana vuelva a la máquina.

*

¿Es necesario explicar
qué es el Dios ruso?
He aquí una descripción
tal como yo lo he visto.

Dios de las tormentas, de los baches.
Dios de los caminos tortuosos,
Dios de las estaciones asediadas de cucarachas,
ahí está, ahí está, el Dios ruso.

Dios de los hambrientos, de los que tienen frío,
de los pobres a lo largo y ancho,
de las haciendas sin provecho.
Ahí está, ahí está, el Dios ruso.

Dios de los pechos y de los […] colgantes,
Dios de los zuecos y de los pies hinchados,
de las caras amargas y de la crema agria,
ahí está, ahí está, el Dios ruso.

Dios del licor, Dios de la salmuera,
de las almas ofrecidas en empeño,
de los brigadieres de ambos sexos,
ahí está, ahí está, el Dios ruso.

Dios de todas las medallas al cuello,
Dios de los siervos descalzos,

en los trineos entre dos lacayos,
ahí está, ahí está, el Dios ruso.

Lleno de gracia hacia los estúpidos,
inexorablemente severo con los inteligentes,
Dios de todo lo que es inadecuado,
ahí está, ahí está, el Dios ruso.

Dios de lo que está más allá de las fronteras,
Dios de lo descarado, de lo descontado,
Dios de la mostaza para cenar,
ahí está, ahí está, el Dios ruso.

Dios de los vagabundos extranjeros,
que han cruzado nuestro umbral,
Dios con rasgos alemanes,
ahí está, ahí está el dios ruso.

Piotr Viazemski, Moscú, 1828[26].

A las 9 de la mañana suena el timbre. Ya no espero a los de la mudanza, así que pienso que debe de ser la vecina. Resulta que, en lugar de Tatiana Alekséievna, hay una joven en la puerta.

—¡Buenos días! —me dice con una sonrisa, y me ofrece un pastel.

—Buenos… —respondo mientras me froto los ojos.

—Me llamo Lera. Soy la vecina de abajo, quería presentarme…

«¡Esto sí que es una ciudad como es debido! —pienso—. ¡Una chica preciosa, por iniciativa propia, se presenta en tu casa a las nueve de la mañana!»

Entra en la cocina, deja el pastel en la mesa y se acerca a la ventana. Enciendo el hervidor y abro la nevera mientras pienso en qué puedo ofrecerle. Siguiendo probablemente el ritual de buena vecindad, mi visitante echa un vistazo alrededor de la cocina y luego se sienta en el alféizar de la ventana. Saco unas tazas y miro al patio. Detrás del cristal, en el parque infantil, los niños recogen hojas y las amontonan bajo un cohete oxidado.

—¿Por qué cree que están haciendo eso? —pregunta Lera.

—Quieren volar.

—¿A través de la galaxia?

—No, sobre la valla.

Se hace un silencio. Como no sé qué más decir, decido probar la radio que me entregaron ayer, junto con los muebles.

—¿Le importa que ponga música? Compré esto ayer y aún no he

tenido tiempo de probarla.

—¡Sí, sí, por supuesto!

La radio funciona. Paso algunas emisoras de radio y, cuando Lera dice: «Deje esta», me detengo. Los niños siguen acumulando hojas debajo del cohete oxidado.

—Sé su historia… —dice la vecina apagando de repente la radio.

—Así que se trata de eso…

—¿Le importa si le echo una mano? Nunca lo he hecho, pero creo que podría cuidar de su hija. Tiene una niña, ¿verdad?

—Sí —digo y cierro el ventanillo de ventilación.

—¡Bien! Pues entonces les visitaré. ¡Y no fume aquí! Así pues, ¿nos vemos esta noche?

—¿A partir de hoy?

—Sí, podríamos ver una película, por ejemplo.

—Por qué no…

—¿Una comedia, quizá?

—Sí, podríamos ver una comedia.

Mientras acompaño a Lera a la salida, salgo al rellano. Mi mirada se detiene sobre una nueva cruz roja en la puerta de enfrente. Así que ahora también hay una en la puerta de Tatiana Alekséievna.

—¿Sabe quién vive aquí? —pregunta Lera.

—Sí.

—Oí decir que tuvo una vida muy dura…

—Es verdad…

—Dicen que nunca volvió a encontrarse con su familia.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo la mujer que nos vendió el apartamento.

—¡No es verdad! ¡No puede ser!

—No lo sé, pero al menos eso es lo que dijo…

En ese momento se abre la puerta de la vecina. Tatiana sale al rellano.

—¡Hola, Aleksandr!

—¡Hola!

—¿Cómo ha dormido en su nueva casa?

—Bien, gracias. ¿Adónde va?

—A Kuropati. Si quiere, puede venir conmigo. ¡Cuanta más gente, mejor!

—¿Qué hay allí?

—El taxi me está esperando. ¿Viene o no?

—Sí, me preparo en un momento.

En el taxi me entero de que Kuropati es una zona boscosa cerca de Minsk. Allí se descubrieron fosas comunes con cadáveres de

represaliados en la década de 1930. Los hombres del NKVD ejecutaron allí a decenas de miles de personas.

—¿Es ahí donde están enterrados su hija y su marido? —le pregunto mientras miro las calles desconocidas de Minsk a través de la ventana empañada.

—No, no tengo a nadie allí.

—Entonces, ¿para qué vamos?

—Hace poco que está aquí, ¿no?

—Sí.

—Entonces probablemente no sepa que nuestras autoridades quieren destruir Kuropati y ampliar la carretera de circunvalación a través del cementerio.

—¿Por qué? ¿No la pueden construir en otro lugar cercano?

—Al parecer, no. Además, hay que entender la motivación política. Nuestro presidente es rojo hasta la médula. No le gusta que honremos la memoria de las víctimas de la represión. Aquí es costumbre alabar a Stalin, no criticarlo. La gente lleva varios meses defendiendo el memorial, pero las autoridades no se rinden. Ahora están enviando camiones y buldóceres a Kuropati para derribar las cruces recién instaladas de nuevo.

—No creo que, en 2001, después de todo lo que sabemos, se le pase a nadie por la cabeza hacer eso.

—Oh, Sasha, ¡envidio su ingenuidad! Bueno, ahora mismo tendrá la oportunidad de conocer de primera mano a esas personas.

Cuando llegamos a nuestro destino, veo a gente con símbolos nacionales. Frente a ellos, hay agentes de policía en un número superior. Tatiana Alekséievna me advierte de que la mitad de los que han venido son miembros del KGB vestidos de civiles. «¡Tenga cuidado!»

Llovizna. El ambiente es tenso. Veo que llegan refuerzos. Tipos con uniformes de camuflaje marrón saludan a sus colegas con una sonrisa. Servidores del pueblo. Los jóvenes se dan la mano y, probablemente para cumplir con la cuota, de forma rutinaria y sin demasiado entusiasmo, empiezan a arrestar a los activistas. A pesar de la tensión, me parece que los representantes de las fuerzas del orden, a diferencia de los manifestantes, no están nerviosos en absoluto. Además, los tipos uniformados están de buen humor. Los activistas no los asustan y me da la impresión de que disfrutan haciendo su trabajo. Desde un coche de policía llega una famosa canción de una banda de pop local: «Si me abres la puerta te diré al oído: “Estoy aquí, Dios y amor son mi nombre. Estoy aquí, Dios y amor son mi nombre”. Si crees en mí, sigue creyendo…».

Por todas partes hay camiones que transportan arena. A nuestro lado hay un buldócer. Probablemente, su función sea arrancar las cruces.

—Tatiana Alekséievna, creo que las personas que custodian el memorial podrían haber pasado perfectamente sin usted.

—¿Por qué? ¿Por qué no iba a arrestar la policía a una anciana de noventa y un años también?

—¿De veras cree que van a derribar las cruces?

—Solo si les dejamos el camino libre.

Tatiana Alekséievna me da una vela. La enciendo y protejo la llama con mi mano. Hasta el último momento me niego a creer que alguien quiera echarnos de veras, pero, al cabo de media hora, tras varias escaramuzas puntuales, los OMON pasan a la ofensiva[27]. Las porras entran en acción, las boinas fulguran ante mí. De pronto nos encontramos rodeados de policías. Uno de esos tipos musculados me empuja. Me mantengo en pie, pero Tatiana Alekséievna, que recibe un golpe después de mí, acaba en la arena.

—¡¿Qué haces, bastardo?!

Nos arrastran por la arena. No nos golpean, sino que, después de arrojarnos al suelo, nos llevan a rastras hacia los furgones de la policía. Veo que a mi espalda aún sigue el desalojo, pero ya no es asunto mío. Me sacudo la arena de la chaqueta y sonrío a Tatiana Alekséievna.

—Son rápidos como flechas, estos tipos… Ni siquiera tuve tiempo de entender qué estaba pasando. ¿Por qué nos arrestan?

—Porque vinimos a honrar la memoria de los represaliados.

—¿Está bien?

—En comparación con los guardias soviéticos, estos tipos son unos tiernos cachorrillos.

—¿Y ahora? ¿Nos van a abrir un expediente?

—Ajá. Creo que nos acusarán de resistirnos a las fuerzas del orden.

—¿Implica eso una multa?

—Sí.

—Mierda, ni siquiera llevo encima el pasaporte.

—¡Qué estupidez, Sasha!

—Pero si usted no me dijo adónde íbamos…

La oficina está pintada de marrón. El escritorio es viejo. El suelo es incluso más viejo que la mesa. En la pared cuelga un retrato del presidente de aspecto severo y un calendario con conejitos de peluche. Dos sillas, una caja fuerte azul y una radio blanca.

> Desde el cielo azul,
> el sol manda sus rayos,

y detrás de las paredes,
un juez instructor
construye un caso.
¿En contra de quién? Oh, de uno cualquiera…
Qué más da.
¿En contra de quién? Oh, de uno cualquiera…[28].

Las formalidades terminan bastante rápido. Parece que el policía no tiene la cabeza allí: les recuerda a sus colegas que esa noche celebra el cumpleaños de su hija. Tatiana Alekséievna le explica que soy un amigo de la familia y que estoy de visita. Que terminé en la manifestación por casualidad. Con el permiso del juez instructor, llamo a mi madre por teléfono y tío Grisha me trae el pasaporte. Cuando el policía nos comunica de qué se nos acusa, Tatiana Alekséievna se echa a reír:

—Camarada comandante, entiendo que tiene que redactar un informe, por supuesto. Además, le agradezco mucho que a mí y a este joven que me acompaña solo se nos acuse de haber usado un lenguaje inapropiado, pero, si bien Aleksandr puede insultar, por lo que a mí respecta, camarada comandante, hay un problema: ¡tengo alzhéimer, hace tiempo que olvidé cualquier palabrota!

—Tatiana Alekséievna —responde el policía en voz baja, después de echar un vistazo a su documento—. No me moleste, el informe ya está redactado. Venga, no me haga perder el tiempo. ¡Aún tengo que ocuparme de toda una carretada de activistas como ustedes!

Mi padrastro pregunta con aire descontento si necesitamos que nos lleve a casa. Como entiendo que la presencia de Tatiana Alekséievna le incomodará, acepto su oferta de inmediato. Los primeros momentos nos limitamos a entrar en calor en silencio. Mi padrastro enciende la calefacción y cambia de dial en la radio.

John Lennon canta:

Imagine there's no heaven
It's easy if you try
No hell below us
Above us only sky
Imagine all the people living for today
Imagine there's no countries
It isn't hard to do
Nothing to kill or die for
And no religion too
Imagine all the people living life in peace, you
You may say I'm a dreamer

But I'm not the only one
I hope someday you'll join us
And the world will be as one
Imagine no possessions
I wonder if you can
No need for greed or hunger
A brotherhood of man
Imagine all the people sharing all the world, you
You may say I'm a dreamer
But I'm not the only one
I hope someday you'll join us
And the world will be as one.

Cuando la canción termina, Tatiana Alekséievna empieza a hablar:

—Sasha, anoche usted quería saber qué le pasó a mi hija.

—¡Sí, por favor!

—Bueno, pues… Por qué no… ¿Dónde me había quedado? Creo que en el momento en el que conseguí un buen trabajo. Informes, cartas, gráficos. Todos los días mecanografiaba documentos y, de vez en cuando, mi jefe, mientras caminaba alrededor de mi mesa, me dictaba cartas para autoridades de mayor rango:

¡Estimado Semión Zajárovich!

Le comento cómo van las cosas por aquí.

La cuestión más apremiante sigue siendo la del alojamiento. Las presas viven en barracones que no son aptos para la reclusión. ¡El hacinamiento es terrible! Cuando hay un metro cuadrado por convicta, nos alegramos. Hay varios pisos de literas, unas sobre otras. A decir verdad, estarían más cómodas en un ataúd. Como se puede imaginar, tampoco hay tarimas ni techos como es debido. La dieta es mala, por lo que las prisioneras enferman y mueren. Aparte de eso, creo que las cosas van bastante bien, estamos tratando de cumplir con el plan.

»Yo habría podido añadir muchas más cosas a esa carta, pero mecanografiaba en silencio y trataba de memorizar cada palabra, para que un día, cuando fuera libre, pudiera contárselo todo a la gente. Es una lástima que cuando me liberaron me di cuenta de que nadie quería oír esa verdad…

Tatiana Alekséievna se queda callada por un momento. Veo con el rabillo del ojo que a mi padrastro no le gusta esta conversación. Sin embargo, tío Grisha finge estar concentrado en la conducción.

—Sea como sea, cuando volví al barracón, me di cuenta de que

algunas mujeres habían desaparecido. El hambre, las palizas, las enfermedades incurables… Aquí y allá, para el deleite de las prisioneras, iban apareciendo espacios entre las literas. Antes había una persona, ahora ya no estaba. «Recuerda, Tania, que los seres humanos solo somos una especie más…»

Tatiana Alekséievna trataba de dar con una solución que la ayudara a encontrar a Asia. La isla de los muertos, el naufragio del destino. Cerró los ojos e imaginó que estaba planchando su ropa interior, que bañaba a Asia y lavaba su ropa.

—Todas soñábamos con hacer por las tardes aquello de lo que estábamos hartas en tiempos de paz. Allí, en el campo, de repente comprendimos lo importante y valioso que era la «vida cotidiana». Un vals de felicidad, momentos reiterados de calidez. ¡Cuánto anhelaba volver a casa! Pero la terrible y larga palabra «reeducación» se interponía en mi camino.

«¡No tenía nada antes! ¡Ni comida, ni risas, ni amigos! ¡Es usted una enemiga del pueblo! ¡Alégrese de tener la oportunidad de comenzar su vida de nuevo!»

Esta rehabilitación le llevó diez meses. Luego otros veinte. Tatiana Alekséievna aún no sabía nada del destino de su hija y, año tras año, siguió mecanografiando los documentos del campo y celebrando en silencio y en soledad su cumpleaños.

El «ocho» no solo era su nuevo hogar, sino también una segunda universidad.

—Me licencié en la Universidad Estatal de Moscú, pero fue solo en el campo donde adquirí conocimientos realmente valiosos. «¿Sabe qué hace un escarabajo pelotero en el estiércol de caballo? —me preguntó mi vecina—. Construye una casa para sus crías. El escarabajo pelotero siempre tiene prisa, porque el estiércol se seca muy rápido bajo el sol. No tiene tiempo para pensar, tiene que trabajar mientras tenga la oportunidad. La hembra hace una bola de estiércol y la entierra en el suelo, pero antes le da a la bola forma de pera y pone un huevo encima de ella. Al cabo de unos días, las larvas aparecen y empiezan a comerse la pera desde el interior. La larva se convierte en pupa, y la pupa se convertirá en escarabajo. Recién nacido, el escarabajo no sabrá qué tipo de casa le han construido sus padres, pero construirá para sus hijos una exactamente igual. En eso, camaradas, no somos diferentes de los escarabajos peloteros. Humillamos a los nuestros no porque lo creamos necesario, sino porque nuestros padres y abuelos hicieron lo mismo. Memoria genética. Nacimos para mutilar y ser mutilados.»

—Aun así, me gustaría creer que somos un poco diferentes a los

escarabajos —respondí, dándome la vuelta en el catre.

—Una vez, otra reclusa (una famosa historiadora de arte, como supe más tarde) me dijo:

»—¿Sabes, Tania, en las Escrituras no hay ni un solo testimonio que viera con sus propios ojos a Jesús. No hay descripciones. No sabemos cómo era el hijo de Dios, pero tenemos miles de cuadros e iconos que han cambiado nuestra idea de quién era. Ahora todos creemos saber cómo era Jesús. Pelo largo, barba. Si te lo pidiese ahora mismo, no tendrías problemas para dibujarlo. Lo mismo pasa con Stalin. Nadie sabe cómo debe ser un verdadero líder, pero a todos nos han enseñado que un líder debe parecerse a Stalin. Ya no es que Stalin sea un líder, sino que todo líder tiene que ser como Stalin. Y esta idea es más fuerte y profunda de lo que imaginamos. Me temo que dentro de cincuenta o sesenta años la gente aún se dejará engañar y considerará a Stalin no un ladrón común que usurpó el poder, sino un líder. Por desgracia, los pueblos primitivos no distinguen entre la realidad y la imagen de la realidad, y nosotros somos primitivos.

»—Yo lo he visto en persona…

»—¿A Stalin? ¿De verdad? ¡¿Dónde?!

»—Vino a nuestra secretaría, impartió una conferencia a un pequeño grupo de personas.

»—¿Y cómo es?

»—No como en sus retratos. Habla con un marcado acento georgiano y se balancea todo el rato. Lo miraba y pensaba que estaba a punto de caerse hacia atrás.

»—Lo dudo mucho…

Un día, una vecina de litera que había visto a Tatiana Alekséievna dibujar algo en una hoja de papel, le pidió si podía dibujar a su hija.

—Lo hice bastante bien. Se corrió el rumor en el «ocho». Así me convertí en la retratista principal del barracón. No era más fácil conseguir papel que comida o alcohol, pero, para conseguir retratos de sus hijos, las mujeres daban su ración semanal de tabaco incluso a cambio del trozo de papel más pequeño. Las compañeras de barracón se sentaban conmigo casi todas las noches y me describían a sus hijos. Tristes o alegres, regordetes o flacos. Cientos de ojos infantiles. Así pues, cuando volvía del trabajo, en lugar de dedicarme a mis cosas, dibujaba retratos fantasmas de niños robados por las autoridades soviéticas…

»Dibujé a muchos pequeños que no conocía, pero nunca me enfrenté al dibujo de Asia. No sé por qué. Supongo que estaba demasiado asustada. Aun así, me torturaban los dolores fantasmas. Mi hija no estaba allí, pero a veces oía su voz, sentía el roce de sus

manos. La recordaba riéndose y de vez en cuando me daba la impresión de que mi pequeña corría por el barracón. Para ser honesta, no entiendo cómo no me volví loca… Bueno, supongo que era demasiado pronto, porque no sabía lo que me esperaba…

»—Hay una vieja verdad —dijo la vigilante del barracón mientras miraba el dibujo de su hijo—: las personas se aferran a la vida mientras tengan algo que hacer en esta tierra. Si no les queda nada, mueren enseguida. Por tanto, todas nosotras aquí, en el campo, solo seguimos vivas porque ahí fuera, en libertad, nos están esperando nuestros maridos e hijos…

»—Quizá no nos esperen —respondió esa mujer que una vez nos había hablado del escarabajo pelotero—. Tal vez ya estén muertos y, si lo están, no tenemos nada que hacer. Así pues, ¿qué se supone que debemos hacer aquí?

»—¡Llorar!

»—¿Llorar? ¡En este mundo, incluso sin nosotras, ya hay suficientes lágrimas! ¡Por mi parte, no me queda nada que hacer aquí!

»—¿Qué estás diciendo? ¿Y tu marido? ¿Y tus hijos? ¿Habrías venido a parar aquí si a tu marido no lo hubieran arrestado?

»—¡Yo ya no tengo marido! ¡Siento que está muerto! ¡Y mis hijos igual! Están bajo tierra y pronto yo también lo estaré…

»—¿Cómo puedes decir algo así?

»—Oye, ya basta, ¿no? ¿No os repugna oíros hablar así? Vais por ahí fingiendo que sois como las mujeres de los decembristas[29]. ¡¿No entendéis que todos nuestros seres queridos murieron hace tiempo?!

Tatiana Alekséievna oyó discutir a las mujeres, pero se mantuvo al margen. Sabía que lo más probable es que hubieran fusilado a su marido, pero su corazón se negaba a creerlo. Seguía esperando que todo terminara bien.

—Sentía que Alekséi y Asia estaban vivos, así que aún tenía cosas por hacer en este mundo. Creía que al cabo de unos años sacaría a mi hija del orfanato y que juntas esperaríamos a su padre, y yo solo dormiría una o dos horas al día como mucho para compensar todo el tiempo perdido. Asia respiraría a mi lado y yo, junto a ella, la miraría mientras durmiera. Siempre pensaba en ella como si fuera una niña, olvidaba que mi hija ya tenía quince años…

*

En la primavera de 1953, una semana después de la muerte de Stalin, una palabra mágica irrumpió en el campo: «amnistía». La promesa de la liberación hizo que brillaran los ojos de las mujeres embarazadas y de aquellas cuyos hijos se encontraban en orfanatos. También se

rumoreaba que las presas con una pena de más de cinco años verían sus sentencias reducidas a la mitad. Después de ocho años en el campo, Tatiana Alekséievna de repente tenía una oportunidad. En el campo había una agitación extraordinaria, y ella, al igual que todas las demás, estaba contenta. Entretanto, las mujeres que no cumplían los requisitos para ser amnistiadas rogaban a los guardias que las dejaran embarazadas. Tatiana Alekséievna mecanografiaba documentos con más dedicación que nunca: por primera vez en mucho tiempo quería expresar su gratitud a las autoridades soviéticas. Al fin y al cabo, después de tantos años de separación, pronto podría volver a ver a su hija…

PRESÍDIUM DEL SÓVIET SUPREMO DE LA URSS
Decreto de amnistía del 27 de marzo de 1953

Como resultado de la consolidación del orden social y estatal soviético, el auge del bienestar y del nivel cultural de la población, el aumento de la conciencia política de los ciudadanos y su actitud honesta hacia el cumplimiento de sus deberes sociales, se ha fortalecido el respeto a la ley y al orden jurídico socialista, así como ha disminuido considerablemente la delincuencia en el país.

El Presídium del Sóviet Supremo de la URSS considera que en estas circunstancias no es necesario mantener presas a personas que hayan cometido delitos que no representen un grave peligro para el Estado y que hayan demostrado con su actitud concienzuda hacia el trabajo que pueden reincorporarse a una vida laboral honesta y convertirse en miembros útiles de la sociedad.

El Presídium del Sóviet Supremo de la URSS decide:

1. Liberar de los centros de detención y de otras medidas de castigo no relacionadas con la prisión a personas condenadas a una pena de hasta 5 años.

2. Liberar de los centros de detención a los condenados, independientemente de la duración de la pena, por delitos oficiales, económicos y militares, según lo estipulado en los artículos 193.4 párr. a, 193.7; 193.8, 193.10, 193.10 párr. a, 193.14, 193.15, 193.16 y 193.17 párr. a del Código Penal de la RSFSR y los artículos correspondientes de los códigos penales de las demás repúblicas soviéticas.

3. Liberar de los centros de detención, independientemente de la duración de la pena, a los siguientes condenados: mujeres con hijos menores de diez años, mujeres embarazadas, menores de 18 años, hombres mayores de 55 años y mujeres mayores de 50 años, así como a los convictos que padezcan una enfermedad grave e incurable.

4. Reducir a la mitad la sentencia de los condenados a más de 5 años de prisión.

5. Suspender la investigación de todos los casos pendientes y los casos no examinados por los tribunales en relación con los delitos cometidos antes de la promulgación de este decreto:

a) aquellos para los que la ley prevé una pena de privación de libertad inferior a cinco años, u otras penas que no impliquen detención en lugares de reclusión;

b) los delitos oficiales, económicos y militares enumerados en el artículo 2 del presente decreto;

c) los delitos cometidos por las personas mencionadas en el artículo 3 del presente decreto.

Con respecto a otros casos de delitos cometidos antes de la promulgación de este decreto para los que la ley prevea la privación de libertad por un período superior a 5 años, el tribunal, si considera necesario imponer una pena de privación de libertad por un período no superior a 5 años, liberará al acusado de la misma; y si considera necesario imponer una pena de privación de libertad por un período superior a 5 años, reducirá la pena a la mitad.

6. Eliminar los antecedentes penales y la privación en materia de derechos electorales de los ciudadanos que fueran previamente juzgados y cumplieran su pena, o fueran liberados anticipadamente de su pena sobre la base de este decreto.

7. No aplicar la amnistía a las personas condenadas a más de 5 años por delitos contrarrevolucionarios, robo mayor de bienes socialistas, vandalismo y asesinato premeditado.

8. Reconocer la necesidad de revisar la legislación penal de la URSS y de las Repúblicas de la Unión con miras a sustituir la responsabilidad penal por determinados delitos oficiales, económicos, domésticos y otros delitos menos peligrosos mediante medidas administrativas y disciplinarias, así como reducir la responsabilidad penal por determinados delitos.

Encargar al Ministerio de Justicia de la URSS la tarea de elaborar, en el plazo de un mes, las propuestas pertinentes y entregarlas al Consejo de Ministros de la URSS para su presentación en el Presídium del Sóviet Supremo de la URSS.

El presidente del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS, K. Voroshílov

El secretario del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS, N. Pegov

*

No. A ella no le tocó. La ley de amnistía se aprobó el 27 de marzo.

Mientras leía los primeros seis puntos, Tatiana Alekséievna contuvo el aliento de felicidad. Al leer el séptimo, se desmayó.

Cuando volvió en sí, estaba sonando en la radio la *Quinta sinfonía* de Chaikovski.

—Me quedé tendida en el suelo durante un rato sin abrir los ojos, y solo el comandante del campamento logró reanimarme:

»—Pavkova, qué haces ahí tirada, ¿eh?

»—Mi caso entra en el punto siete, ¿no?

»—Sí, querida. ¡Los enemigos del pueblo tienen que ser reeducados hasta el final!

»—¿Así que los delincuentes comunes saldrán y yo no?

»—Sí, así es, lo has entendido bien.

»—Pero ¿cómo es posible?

»—Así es, querida, así es. Pero ¡no vayas a ponerte ahora en huelga! Mira, bebe un poco de agua y levántate. No irás a quedarte tumbada en mitad de la oficina, ¿no? ¿No querrás que te envíe a una celda de aislamiento?

A Dios le encanta gastar bromas. Muchos años antes, en un intento por salvar a su familia, había suprimido el nombre de su marido de una lista de prisioneros de guerra. En la primavera de 1953, el destino volvió a ella como un bumerán: sentada en el escritorio, Tatiana Alekséievna mecanografió la lista de mujeres que iban a salir de la cárcel, y el de ella no estaba allí.

En verano se vació nuestro «ocho». La prisionera Pavkova yacía en su catre, miraba fijamente su apellido grabado en la madera con un clavo, y susurraba un poema de Gueorgui Iványov:

Qué bien que no haya zar.
Qué bien que no haya Rusia.
Qué bien que no haya Dios.

Solo la aurora amarilla.
Solo las estrellas heladas.
Solo millones de años.

Qué bien que no haya nadie.
Qué bien que no haya nada.
Tan negro es todo y tan muerto.

Que no se puede estar más muerto.
Que no se puede estar más negro,
que nadie habrá de ayudarnos,

pues no hay nada que hacer[30].

Al cabo de un año se anunció otra amnistía. Esta vez cualquiera que hubiera cumplido dos tercios de su condena fue puesto en libertad. De nuevo, Tatiana Alekséievna no tuvo buena suerte: de quince años solo había cumplido nueve. Si en 1953 casi había intentado repetir el mismo acto que aquella vez en el hospital de la prisión, ahora se tomó esa negativa como algo natural.

—Heráclito dijo: «la vida significa muerte», pero ahora me parece que no es él quien tiene razón, sino Proust: «la vida es un esfuerzo en el tiempo: luchamos sin cesar por la supervivencia».

Estaba sentada en su oficina con los documentos a un lado y miraba por la ventana detrás de la cual no había nada.

—Escuchaba una pieza de Shostakóvich que, por alguna razón, no estaba prohibido ese día, y pensaba que nunca volvería a ser libre. Mientras miraba fijamente el aparato de radio alemán (después de 1946, habíamos obtenido todo tipo de objetos de los campos de concentración nazis, incluso vajillas), intentaba imaginarme a mi hija. La última vez que la había visto fue en julio de 1945. Hacía nueve años de eso. Habían pasado nueve años ya… Asia nació en 1938… Y estábamos en 1954. Mi hija había cumplido dieciséis años… ¿Cuánto pesaba? ¿Cómo hablaría? ¿Cuáles serían sus pasiones? ¿Qué le gustaba y qué no? ¿Estaría amargada y enojada con el mundo, o no? ¿Cuánto medía? ¿Qué voz tenía? ¿A quién se parecía más, a mí o a Liosha? ¿Se habría olvidado de su inglés? Liosha, si supiera dónde estás ahora… Nuestra hija hoy cumple dieciséis años…

Tatiana Alekséievna Pavkova fue puesta en libertad en 1955. Como si nada hubiera pasado. Se le concedió la amnistía, pero no le revocaron la sentencia.

«¡Adiós, Pavkova, y recuérdanos sin rencor!»

—Me echaron, pero me prohibieron volver a Moscú. Podría haber infringido esa prohibición e irme de todos modos, pero a lo largo de todos esos años ni siquiera había ahorrado para un billete. Mi trabajo en la oficina no era remunerado: colaboraba allí de forma extraoficial. No tenía dinero ni un techo sobre mi cabeza. Fue uno de los días más aterradores de mi vida. Había esperado diez largos años a que me liberaran y, cuando me dejaron salir, regresé al campo por propia iniciativa. Después de varias horas fuera de la alambrada, fui a ver a Podushkin para pedirle que me diera un trabajo. A la mañana siguiente, me senté de nuevo a mi escritorio. Ahora como una mujer libre. El experimento del camarada Stalin había sido todo un éxito: la persona ya no era prisionera del sistema penitenciario, sino de su

propio destino.

»Me liberaron, pero volví al campo. "¿De qué te quejas ahora, Pavkova? ¿Ves? ¡Dijiste que estabas mal con nosotros! ¡No te invitamos a volver, pero aquí estás! ¿Quieres trabajar para nosotros? Bueno, veamos… Habrá que pensarlo… ¡De acuerdo, está bien, hemos sido amigos durante tantos años…! ¡Mira lo humana que es la Unión Soviética! ¡Te reeducamos y ahora te ofreceremos un salario y alojamiento! ¡Alégrate, Pavkova, alaba al líder y llora por él!"

»Todavía no podía volver a "casa", pero finalmente tuve la posibilidad de escribir cartas. Lo primero que hice fue tomarme el día libre, pedí a mis colegas que me prestaran dinero y fui hasta la oficina de información de Sverdlovsk. Allí presenté tres peticiones de información sobre el paradero de mi marido, mi hija y los padres de Liosha.

»—¿Cuánto tardaré en recibir una respuesta?

»—Nadie lo sabe —dijo con indolencia aquella mujer impersonal.

»Sabía que no debía limitarme a la oficina de información. Envié cartas al Ministerio de Asuntos Exteriores, al Ministerio del Interior y a la KGB. Escribí a los tribunales para exigir que me quitaran los antecedentes penales y me permitieran regresar a Moscú, y también escribí a todos los orfanatos que conocía. Casi todos los días redactaba una nueva solicitud. Si antes soñaba con el día de mi liberación, ahora esperaba con impaciencia una carta del Estado con la palabra "rehabilitada". Quería emprender un viaje, pero aún no sabía adónde ir. ¿Con quién me encontraría primero?: ¿con Alekséi o con Asia? ¿Dónde estaba él? ¿Y ella? Si a Liosha lo habían condenado a quince años, aún le quedaban por cumplir cinco; si a veinticinco, diez más. "Pero eso no importa nada ahora, nada en absoluto. ¡Si sobrevivimos a la guerra, también sobreviviremos a esto!"

»Me rehabilitaron en 1957. Las autoridades soviéticas no se disculparon, sino que se limitaron a comunicármelo. "Si lo pregunta, sí, en efecto, se cometieron excesos puntuales. En su caso concreto, es posible que fuéramos demasiado lejos. ¿Quiere ir a Moscú? Muy bien, adelante."

»Aun así, no regresé a la capital, sino que me dirigí a Minsk. En Moscú no me quedaba más que la tumba de mi padre. En Minsk me encontré con la madre de Liosha. Cuando llegué aquí, supe que había perdido a su marido: un oficial alemán borracho lo había matado con una botella por una apuesta. Mi suegra seguía sin saber nada sobre la suerte que había corrido su hijo. Me quedé con ella aquí, en este apartamento. Mi suegra me ofreció trabajo como traductora en la Academia de Ciencias de Bielorrusia, pero solicité un empleo en la

oficina de correos.

—¿Por qué? —preguntó tío Grisha, que ya no fingía que no nos estaba escuchando.

—Tenía un plan…

»¿Qué se me daba bien? Trabajar con documentos. ¿Cómo podía asustarme el Gobierno soviético? De ninguna manera. Así que empecé a indagar en las cartas de otras personas. No me interesaban las intrigas o los escándalos familiares, sino que solo buscaba a aquellos cuyos hijos hubieran ido a parar a orfanatos. Quería perfeccionar mi búsqueda. Hay que recordar que en ese momento nadie hablaba directamente de esto: los ciudadanos soviéticos dominaban desde hacía tiempo el arte de la metáfora, pero en las cartas se encontraban alusiones. Además, al abrir la correspondencia de otras personas, podía rastrear las peticiones oficiales. Al final, logré encontrar a varias decenas de madres que, como yo, buscaban a sus hijos.

»Después de repartir el correo por los buzones y de entregar los telegramas, iba a buscar las direcciones que me interesaban solo a mí. Sin preámbulos ni rodeos, en la puerta, sí, sí, en plena era soviética, les contaba el motivo de mi visita.

»—Sé que estuvo en un campo…

»—¿Qué?

»—Yo también estuve en uno. ¿Enviaron a su hija a un orfanato?

»—Sí.

»—¿Puedo pasar?

No era un censo inútil, sino uno de verdad. La historia de un país repleto de exprisioneros. Tatiana Alekséievna entraba en cocinas ajenas y explicaba que aún no sabía nada de su hija.

»—Ni siquiera sé si está viva…

Algunos la invitaban a pasar y le contaban todo lo que sabían; otros le señalaban en silencio la puerta. Algunos ya no tenían miedo, otros estaban seguros de que estaban siendo puestos a prueba de nuevo. El Estado y sus terribles secretos. A la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en realidad, solo la unían los terribles secretos. El horror del silencio, una cultura de la memoria del silencio.

«¡No vuelva a venir por aquí!»

«Espere, aún tengo que explicarle algo más…

Una herida sin cicatrizar que cada uno trataba a su manera. «Toma, Tania, un plátano, un antibiótico, toma, una bofetada. ¡Olvídalo! ¡Recuerda! ¡No hurgues en el pasado!»

—Recuerdo que, un día, al salir a un patio, me fijé en un edificio nuevo. De repente, una joven tiró de mi bolsa de correo:

»—Sé por qué está aquí.

»—¡Pues claro que lo sabe: soy la cartera!

»—No diga tonterías. Vino porque quiere saber cómo vivimos. ¿Cree que es usted la primera?

»—Ah, ¿no?

»—Por supuesto que no, antes ya vinieron otras.

»—¿Carteras?

»—Madres…

El Estado no consideró necesario informar a nadie sobre el destino de sus familiares. «¿Cómo sabemos si eso es necesario para usted o no? Bueno, si es necesario, adelante, haga una solicitud, pero, a decir verdad, ¿para qué remover el pasado? En fin, ¿quién se va a sentir mejor con eso? ¿Por qué está lloriqueando como si fuera una suerte de Cruz Roja?

Los exprisioneros compartían todo cuanto podían. Tatiana Alekséievna llevaba consigo retratos de su hija.

—Sí, para entonces ya había hecho casi un centenar de retratos. Por supuesto, podía equivocarme, pero, por alguna razón, pensaba que Asia tenía que tener ese aspecto en concreto.

Asia a los diez, Asia a los quince.

En cuanto surgía la oportunidad, Tatiana enseñaba los dibujos a los jóvenes que hubieran podido estar en el mismo orfanato que su hija.

“No, en el nuestro no había nadie que se pareciese a ella.”

“Bueno, pero ¿podría contarme cómo vivió?”

“Con el primer director vivimos bien, pero cuando lo represaliaron las cosas se pusieron peor.”

»Supe que los niños, al igual que los presos adultos, eran enviados a orfanatos escoltados por guardias con perros pastores. Allí los niños recibían raciones y, por supuesto, tenían que trabajar. Cinco veces a la semana iban al huerto con niños de cinco años provistos de pequeñas azadas para arrancar las malas hierbas. Cualquier fuerza, incluso la más pequeña, tenía que contribuir a la construcción de nuestro gran país.

»Me enteré de que los niños se comían las ratas que atrapaban, que desde los primeros días en el campo aprendían a denunciarse entre sí y que había educadores buenos y malos, honestos y locos. Los hijos de otros me contaron que algunos huérfanos repudiaban enérgicamente a sus padres, mientras que otros, en silencio, con la cabeza hundida en la almohada, prometían que dedicarían toda su vida a vengar a sus padres y a sus madres.

»Así empezaron mis peregrinaciones por la Unión Soviética. En busca de mi hija fui a Perm y a Kazajistán, a Krasnoiarsk y a Sverdlovsk. Visité uno por uno todos los orfanatos donde mi hija

habría podido estar, pero, aun así, no encontré a Asia.

«No, aquí no hubo nadie que se pareciera a ella…»

»Un día conocí a Yadviga. A su marido, un director de teatro bielorruso, lo habían fusilado en 1937 y a su hijo lo detuvieron en 1939. Las autoridades soviéticas aniquilaron a esas personas por el mero hecho de que, viviendo aquí, en Bielorrusia, hablaban su lengua materna. La cuestión nacional. Aquí solo había un gran pueblo. Yadviga estaba al corriente de lo que le había pasado a su marido, pero ignoraba dónde estaba enterrado su hijo. Proseguimos nuestra búsqueda juntas.

»Me acuerdo de que un día en abril de 1971 estábamos en este mismo apartamento. Un hombre acababa de regresar del espacio exterior. Yuri Gagarin declaró que allí no había visto a ningún dios y, cuando lo oyó Yadviga, dijo: "Para decir eso, no hacía falta viajar al espacio: bastaba con que hubiera ido a cualquier campo". Para entonces, ya habíamos averiguado que a su hijo le habían disparado mientras intentaba fugarse.

»—Hemos perdido de nuevo —dijo Yadviga—. Ahora se esconderán siempre detrás de esa victoria y dirán que no todo fue en vano…

»—¿Que no todo fue en vano?

»—Sí, eso mismo. El asesinato de la familia del zar, los oficiales blancos ahogados a miles en barcazas, la Rebelión de Tambov[31], el incendio de aldeas, la aniquilación de poetas, el *holodomor*[32], los campos… Ahora dirán que todo eso no fue en vano.

»—Como si no se hubiera podido volar al espacio sin todo eso.

»—Por desgracia, eso es lo que pensará siempre la mayoría de la gente.

Tatiana Alekséievna guarda silencio. Miro por la ventana. Solo ahora me doy cuenta de que hemos llegado hace tiempo. Veo mi nueva casa, y Bulat Okudzhava[33] canta:

«En años de separaciones y batallas, cuando la lluvia de plomo tamborileaba sobre nuestras espaldas, no esperábamos ninguna indulgencia, y los comandantes emitían con voz ronca sus órdenes… Entretanto, la gente marchaba al son de la pequeña orquesta de la esperanza, dirigida por la fuerza del amor».

Al son de la pequeña orquesta de la esperanza, dirigida por la fuerza del amor…

—Pero, al final, ¿qué pasó con su hija? —pregunta tío Grisha, interrumpiendo a Okudzhava.

—¿Que qué le pasó a mi hija?

—Sí, Tatiana Alekséievna —dice mi padrastro, volviéndose hacia ella, que está sentada detrás de él.

—Seguro que espera una historia interesante de mí, ¿no? ¿Algo excitante y apasionante?

—Esperamos la verdad.

—¿La verdad? ¿Y quién la necesita?

—La aplastante mayoría en este coche.

—Suena gracioso… Ese adjetivo… Aplastante como la maldita máquina que me apisonó… Mi hija… Mi hija…

La verdad es que su hija había muerto… de hambre. No cumplió dieciséis años, ni siquiera diez. La niña murió de desnutrición en el invierno de 1946. Durante todos esos años que Tatiana Alekséievna pasó en el campo, su hija yacía bajo la tierra fría, en una fosa común, junto con otros niños. Las autoridades soviéticas no tenían un ataúd ni una cruz para ella. Solo una tablilla con un número. En el informe oficial se decía que la niña había muerto de un fallo cardíaco. En la década de 1970, Tatiana Alekséievna encontró el orfanato en Kazajistán al que habían enviado a Asia. Tatiana Alekséievna vio la habitación donde su hija dormía junto con otros sesenta hijos de enemigos del pueblo y el terreno que habían desyerbado. A la madre le enseñaron una fotografía de su hija en la que miraba el mundo con ojos asustados, y la llevaron al lugar donde la enterraron.

—Pregunté si podía colocar una cruz y la respuesta fue que no, que allí las cruces no estaban permitidas.

»Pensé: "¡Puedo hacerlo yo misma!". Me acerqué a un tipo de un garaje y le pedí que me fabricara una. El kazajo soldó dos tuberías oxidadas en forma de cruz y, a pesar de la prohibición del director del orfanato, me ayudó a clavarla en el suelo. Todos los años volaba a Kazajistán para comprobar que la cruz seguía allí. Aún se tiene en pie. Delgada, pero de la estatura de un ser humano. Sencilla, pero orgullosa. Justo como la quería.

—¿Y su marido? —la interrumpe de nuevo Grisha.

—Lo fusilaron mientras yo estaba en el campo. Más tarde supe que, cuando fue hecho prisionero de guerra, se puso a trabajar como dibujante para los alemanes. Liosha copiaba documentos soviéticos confiscados, lo cual le salvó la vida en el campo de concentración, pero no de las autoridades soviéticas.

—Entonces, ¡bien hecho! ¡Lo fusilaron por trabajar para el enemigo!

—Tío Grisha…

—No, no, Sasha, no te preocupes, déjalo hablar.

—¿Cómo que «tío Grisha»? Ella misma acaba de contar que su marido se puso a colaborar con los nazis.

—Sí, imagíneselo, después de ir a parar a un campo de

concentración, para salvar su vida, accedió a copiar documentos soviéticos. Estoy segura de que usted, en su lugar, hubiera hecho lo contrario. Si me disculpan, me voy. ¿Cómo se abre esta puerta?

Cuando Tatiana Alekséievna sale del coche, mi padrastro sigue hablando:

—Todo lo que ha dicho es mentira. Estoy seguro de que nadie le hizo daño a su hija. Debería estar agradecida de que el Estado cuidara de ella mientras estuvo presa. Habrían podido dejarla en la calle. Sin duda, esta anciana está loca de remate. No hubo represión, todo eso son tonterías. Vi un documental. Stalin trató de sostener el país, y ahora estos *mierdócratas* están falsificando documentos y metiéndolos en los archivos para manchar al Partido. ¡Pero aquí, en Bielorrusia, no van a salirse con la suya! ¡Nuestro respetado Lukashenko no lo permitirá!

Después de darle las gracias a mi padrastro por su ayuda subo a casa. Sin quitarme los zapatos, voy a la cocina y abro la nevera. Cojo una botella de vodka, desenrosco la tapa y doy un sorbo.

Ahora conozco la historia de mi vecina. Recuerdo que llegó a la Unión Soviética y fue a la universidad, que encontró el amor y se convirtió en madre. Sé que Tatiana Alekséievna lo ha perdido todo, y ahora solo hay algo que no entiendo: ¿por qué no se suicidó en los años setenta, cuando se enteró del aciago destino de su marido y su hija? ¿Por qué, si el punto final de su vida se fijó treinta años atrás, después de tantos años de sufrimiento, siguió viviendo?

Apago la luz, salgo y cierro la puerta, pero, antes de llegar a la casa de mi vecina, Lera se interpone en mi camino. Está allí, con un portátil en las manos.

—¡He traído una comedia!

—Ah, sí, claro… —digo, y doy un paso atrás.

Debo admitir que me alegro de verla. Me conmueven las atenciones de Lera. Hace meses que nadie se preocupa por mí. Lera pasa al salón y, después de dejar el ordenador sobre la mesa, pone la película. Nos sentamos en el nuevo sofá. Un mueble sin historia. No pasan ni diez minutos antes de que Lera presione el espaciador y me bese. No somos criaturas divinas, solo una especie biológica. «Señor—pienso—, ¡bendice Bielorrusia!»

Después de que todo haya pasado, nos tumbamos en el suelo y miramos el techo. Lera apoya su cabeza en mi brazo, me besa en el hombro y me pregunta:

—¿En qué estás pensando?

—En la conquista de Marte.

—¿Cuánto tarda en llegar un vuelo allí?

—Nueve meses.

—Nueve meses… Oh, lo mismo que un embarazo.

—A veces va más rápido…

—¿El embarazo?

—El vuelo a Marte.

—¿Y en Marte qué hay que hacer?

—Construir una nueva vida.

—¿Por qué no lo haces aquí?

—Aquí ya no es posible.

—¿Por qué?

—Me lo prohíbe el pasado.

—Pero, después de todo, si una persona vuela a Marte no puede ir allí sin un pasado. Es imposible colonizar un nuevo planeta sin aplicar el conocimiento acumulado…

—Ese es precisamente nuestro principal problema. Tenemos que averiguar qué hacer con un hombre que está completamente agotado.

—¿Agotado? ¡No digas tonterías! Pero si acabamos de conocernos.

—Nos estamos conociendo. Aun así, el hombre hace mucho que se fue. No nos va a pasar nada nuevo. La expedición a Marte fracasará si se envía allí a un viejo hombre.

—No se puede empezar una nueva vida olvidando la anterior.

—Tienes razón y, sin embargo, es la única posibilidad.

*

Unas semanas después, estoy acostado en mi dormitorio. Mi hija aún está dormida, así que puedo tomar un café y ver un rato la televisión. En el primer canal ruso emiten *La palabra del pastor*. El obispo metropolitano habla de la cruz:

> En el Evangelio, la cruz representa el sufrimiento y el dolor que causan unas circunstancias insuperables.
>
> Hay muchos ejemplos de personas que se sacrifican por un propósito superior, un ideal superior, un bien superior… El soldado soporta las adversidades de la guerra con valentía y paciencia, sacrifica su vida por la patria y la victoria, demostrando a menudo heroísmo, el mayor grado de abnegación. Una madre sacrifica desinteresadamente su vida por el bien de sus hijos y soporta dificultades, fatigas y desgracias insoportables, que a menudo exceden sus fuerzas naturales.
>
> Por lo tanto, la capacidad de una persona para llevar su cruz no es más que la expresión de su fuerza interior.
>
> De hecho, no es inusual que una persona sea la causa de su difícil vida, de la infelicidad y las desgracias que le ocurren.

Comete errores, elige objetivos falsos, se convierte en víctima de su propia frivolidad, inexperiencia y malas intenciones, entra en conflicto con sus seres queridos, sufre por su imprudencia, y así sucesivamente. Estas dificultades no son la cruz de la vida de una persona, dado que podrían evitarse.

El Evangelio y la historia de la Iglesia demuestran claramente que una cruz, si realmente viene de Dios, no puede exceder la fuerza de una persona…

«¡Sí, claro!», pienso. En ese momento se despierta mi hija y apago la televisión.

*

La enfermedad avanza. Tatiana Alekséievna se aleja. Nos vemos todos los días y cada una de nuestras conversaciones revela nuevas lagunas. Memoria borrada, destino amputado. Mi vecina ya no recuerda que nació en Londres ni tampoco que se mudó a la Rusia soviética. Ha olvidado el nombre de su padre y el nombre de la escuela en la que estudió en Moscú. Me doy cuenta de que solo nos quedan unas pocas semanas, así que trato de pasar cada minuto libre con Tatiana Alekséievna.

—¿Es su esposa?

—No, es Lera, vive abajo. ¿No la reconoce?

—No.

—¿Te importa si toma el té con nosotros?

—¡Claro que no! ¡Sería un placer!

—Ayer me contó que trató de adoptar a un niño a mediados de los setenta…

—Sí. A dos, a un niño y a una niña. Quería ayudar a los huérfanos condenados a crecer en un orfanato soviético.

—¿Y lo consiguió?

—No. Me rechazaron. Por varias razones. Primero, según un comité de expertos, yo era demasiado mayor. Segundo, mi pasado despertaba recelos.

»—Disculpe, camarada Pavkova, pero quisiera preguntarle dónde está su marido.

»—Saben muy bien que lo fusilaron.

»—Así que es viuda… ¿Podemos entregar a niños a una familia monoparental?

»—Creo que tengo mucho amor que dar.

»—No nos interesa lo que usted crea. ¡Se trata de confiarle a niños soviéticos!

»—Estoy segura de que sería una buena madre para ellos.

»—Tenemos que asegurarnos de eso primero. ¿Cuánto tiempo pasó en el gulag?

»—Diez años…

»—¡Diez años! ¡Eso deja su huella, camaradas! Cuesta incluso imaginar cómo podrá afectarle todo eso algún día…

»—¿Qué está insinuando?

»—¿Por qué está tan irritable, camarada Pavkova?

»—Nada de irritable, ¡solo quiero que dejen de interpretar esta comedia conmigo! ¿Qué más quieren de mí? ¿No me han humillado ya lo suficiente? Me quitaron a mi hija y a mi marido, me arrebataron diez años de mi vida, me robaron mi destino, ¿y aún quieren más? ¡Solo tienen que pedirlo! ¡No soy tacaña! La Unión Soviética me enseñó a renunciar a todo. ¿Qué se supone que debo decir ahora? ¿Por qué se burlan de mí?

»—¡Nadie se burla de usted, camarada Pavkova! Solo estoy demostrando a mis colegas que es usted demasiado colérica… Personalmente, no estoy segura de que alguien como usted pueda ser una buena madre.

»Me levanté y me fui. No podía soportarlo más. No me estoy justificando. Entiendo que por el bien de esos niños que estaban en el orfanato debería haber pasado ese examen, pero no pude.

—¿Nunca pensó en suicidarse?

—¡¿Qué?!

—Me pregunto por qué, después de todo por lo que ha pasado, no se suicidó.

—Porque, después de lo que ocurrió en el hospital de la cárcel, cuando me derrumbé, me prometí a mí misma que viviría tanto como pudiera. Tenía que encontrar a mi marido y a mi hija. Cuando me enteré de que estaban muertos, busqué sus tumbas. El mero hecho de que mi marido fuera un prisionero de guerra me dio suficiente fuerza para toda la vida. Quería ayudar a otras madres y, por supuesto, encontrarlo algún día…

—¿A quién?

—Al hombre al que incriminé. Me pregunta por qué no me suicidé, y puedo responder a ello con facilidad. Solo viví porque tenía algo más que hacer en este mundo: tenía que encontrar a ese soldado desconocido y pedirle perdón.

—Pero ¿por qué? —pregunta de repente Lera.

—¿Conoce mi historia?

—Sí, Sasha me la ha contado.

—Entonces, ¿por qué lo pregunta?

—Porque no lo entiendo: ¿por qué tenía que disculparse? ¿Qué mal le había hecho a nadie para que tuviera que pedirle perdón?

—Apunté el apellido de ese hombre en la lista.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso pudo influir eso en algo? ¡¿De veras se ha preocupado por eso durante medio siglo?!

—Y usted, ¿no se habría preocupado?

—¡Desde luego que no! ¡Qué tontería! ¿Es que había algún motivo para ello? Lo entendería si se hubiera inventado un nombre y por casualidad hubiera existido tal persona y lo hubieran arrestado de la nada. Lo entendería si usted hubiera condenado personalmente a alguien a la muerte, pero ¡no hizo nada de eso! ¿Qué más da que copiara dos veces el nombre de ese soldado? ¿Qué cambia eso? Al fin y al cabo, ¡él ya estaba en la lista! ¡¿No se da cuenta de que no tuvo ningún efecto?! ¿Qué cree, que lo condenaron dos veces? ¿Acaso podían enviarlo dos veces al gulag? ¿Cree que los hombres del NKVD redoblaron su celo a la hora de buscarlo y lo fusilaron dos veces? De verdad, no lo entiendo… ¿De veras se ha preocupado tantos años por esa tontería?

—Pensaba que había puesto su apellido bajo la lupa…

—Pero ¡eso es una tontería! ¡No es en absoluto cierto!

—Además, me preocupaba haber sido cómplice de un crimen. Había una lista que escribió el destino, y yo, personalmente, añadí un nombre.

—Bueno, ¿y cuál es la diferencia? Lo añadió, ¿y qué más da? Había una lista, usted repitió un apellido, y ese acto no pudo tener ningún efecto ni cambiar nada… ¿Dónde se supone que está el crimen?

—Durante cincuenta años creí que se trataba de un acto inmoral…

—Pero ¡eso no es verdad! Ni siquiera añadió ese apellido, solo lo duplicó. ¡Es como dispararle a un cadáver! Y disparar a un cadáver es vandalismo, no un asesinato.

—Solo es vandalismo si cuando aprietas el gatillo sabes que la persona está muerta. Pero mientras corregía la lista no sabía que…

Tomo a Lera de la mano, y ella entiende que es mejor que se calle. Tatiana Alekséievna mira por la ventana por unos instantes y, después de un silencio opresivo, continúa su relato:

—Aun así, por estúpido que le parezca, emprendí mi última búsqueda. Después de encontrar los lugares donde estaban enterrados Asia, Liosha e incluso Pasha Azárov, me di cuenta de que solo me quedaba una última batalla por librar. Tenía que averiguar qué había sido del hombre cuyo nombre había escrito dos veces.

—¿Y empezó a enviar nuevas solicitudes?

—Sí. Escribí cartas de nuevo, pero esta vez se complicó, porque

solo recordaba el apellido y las iniciales… Aunque creo que será mejor que demos por finalizada esta conversación…

—No, Tatiana Alekséievna, por favor… Lera no quiso decir…

—Puedo hablar por mí misma. Quería decir exactamente lo que dije, pero no quise ofenderla. Simplemente no entiendo por qué se culpa…

—Tatiana Alekséievna, por favor, cuéntenos cómo ha sido su vida todos estos años…

—¿Cómo fue mi vida? Completamente normal. Mientras mis manos me lo permitieron, me dediqué a copiar literatura para que circulara en *samizdat*[34]. Yadviga y yo trabajamos juntas para ayudar a otras personas a encontrar a sus familias y, créame, Sasha, a veces obtener información sobre una persona de nuestros archivos era tan difícil como si se la hubiera intentado sacar de un campo. En mi tiempo libre me dedicaba a pintar y, a finales de los ochenta, había acumulado tantos cuadros que Yadviga me propuso montar una exposición. No me lo tomé en serio, pero mi amiga no se rindió. Cuando la Unión Soviética se derrumbó, mis cuadros empezaron a viajar. Creo que era 1993 cuando fui a Milán con mis cuadros y recordé que, a solo cien kilómetros, a orillas del lago de Lugano, me esperaba mi querido Romeo, así que fui hasta la pequeña localidad de Porlezza. Te reirás, pero lo encontré. Después de más de sesenta años, nos sentamos de nuevo en Via San Michele. El hotel donde una vez me escondí de mi amante ya no existía, pero el lago y las montañas seguían allí. ¡Qué belleza! Me parecía increíble. Romeo no se acordó al instante de quién era yo, pero luego recordó que me había estado esperando varias semanas en el café de al lado.

—¿Y luego?

—Luego, por supuesto, se me pasó.

»—¿Has sido feliz? —le pregunté en italiano.

»—¿Feliz? Sí, en general, sí. Tengo una familia encantadora, tres hijos y ocho nietos. Monté mi propio taller aquí. Mi hijo mayor y yo reparamos coches juntos. El mediano se trasladó a Florencia, el más joven se estableció en Locarno. Sí, creo que soy feliz. He tenido una buena vida, pero con mi equipo de fútbol no he tenido mucha suerte. ¿Sabes? En un pueblo como el nuestro no hay un auténtico club de fútbol, así que elegí ser hincha del Bolonia. Antes de la guerra fueron campeones de Italia en cinco ocasiones, pero después de los años cuarenta solo ganaron una vez. Probablemente, si pudiera cambiar algo en mi vida, habría elegido un equipo diferente. Bueno, ¿y tú? ¿Tienes familia?

»—Sí, la tuve…

»—¿Has venido a Porlezza a propósito para verme?

»—Ni siquiera sé por qué he venido… Me encontraba en los alrededores… ¿Recuerdas por qué rompimos, entonces?

»—No. Algo te molestó, creo. ¿Tú te acuerdas?

»—Ah, no… —mentí.

»Viajé mucho. Vi casi toda Europa. Ahora hay cuadros con Asia y Liosha en colecciones privadas de Berlín y Stuttgart, de Copenhague y Lyon. Parece que solo aquí, en Minsk, nadie está interesado en ellos. Hace unos años se celebró una exposición mía en Ginebra. Me tomé un día libre para visitar los archivos de la Cruz Roja. No hay que presentar una solicitud, no hay que esperar meses para obtener una respuesta. Les expliqué sin más que quería ver su correspondencia con la Unión Soviética y me hicieron pasar a una pequeña oficina. El archivero puso unas cuantas cajas sobre la mesa y empecé a hojear esas cartas enviadas hace mucho tiempo. Entre otras cosas, encontré el documento en que los suizos describían pormenorizadamente el destino de las cartas y telegramas que enviaron a la Unión Soviética:

Telegrama
23/6/41
Al Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores: sobre la puesta a disposición de la URSS de las fuerzas del CICR[35], nuestra ayuda y nuestro ofrecimiento de elaborar listas de heridos y prisioneros de guerra que podríamos entregar al enemigo.

Telegrama
24/6/41
A IKRESTPOL[36]: Notificación de nuestra carta a Mólotov ayer y oferta de ayuda en cualquier circunstancia (sin respuesta).

Telegrama
9/7/41
Al Comisario del Pueblo: se le comunica la salida de Junod para Ankara y el acuerdo de Alemania, Finlandia, Hungría y Rumanía de intercambiar las listas de prisioneros de guerra, conforme al telegrama del 27 de junio.

Telegrama
22/7/41
Al Comisario del Pueblo: se informa de que Italia y Eslovaquia aceptan el intercambio recíproco de listas de prisioneros de guerra y heridos, y que Italia estaría dispuesta a aplicar la Convención sobre prisioneros de guerra. Se solicita una respuesta sobre este punto y se comunica la llegada del doctor Junod a Ankara

(respuesta del 8/8 del camarada Vishinski) (envío de un duplicado de este telegrama a IKRESTPOL).

Telegrama
8/8/41
De Vishinski, Comisario Adjunto de Asuntos Exteriores: se informa de que la URSS reconoce la obligación de seguir la Convención de La Haya y autoriza el intercambio de datos sobre prisioneros de guerra, pero se niega indirectamente a aplicar la Convención sobre prisioneros de guerra (véase el anexo).

Carta del 15/8/41
Al Comisario del Pueblo: envío de una nota técnica sobre los principios adoptados por todas las partes en conflicto para la transmisión de información sobre prisioneros de guerra (sin respuesta).
(Envío de duplicado a IKRESTPOL del 22/8/41, sin respuesta).

Telegrama
22/8/41
Al Comisario del Pueblo: notificación sobre la disposición de Finlandia a aceptar la Convención de La Haya en caso de acuerdo mutuo y sobre la creación de su Oficina (sin respuesta).

Telegrama
25/8/41
De la Oficina principal de informaciones en Moscú al doctor Junod en Ankara: se transmiten aclaraciones sobre las listas elaboradas y se anuncia que los soldados capturados por la URSS pueden enviar a sus familias comunicaciones de su cautiverio.

Telegrama
28/8/41
Al Comisario del Pueblo: sobre el reconocimiento por parte de Rumanía de la Convención de La Haya y su elaboración de listas de prisioneros de guerra soviéticos (sin respuesta).

Telegrama
18/9/41
Al Comisario del Pueblo: solicitud a fin de autorizar al representante en Irán para ayudar en la evacuación de civiles alemanes.

Telegrama
25/9/41

Al comisario del Pueblo: solicitud de visados para Junod, Ramseier (sin respuesta).

Telegrama
25/9/41
Al IKRESTPOL: solicitud para acelerar el envío de las listas y notificación de la solicitud de visado a nuestros representantes (sin respuesta).

Telegrama
1/10/41
Al IKRESTPOL: propuesta de mediación del Servicio de Rescate para enviar paquetes colectivos, comida y ropa a los prisioneros de guerra rusos y notificación de que podríamos realizar compras para el bando soviético. Solicitud de aplicación recíproca del artículo 15 de la Convención de La Haya a los prisioneros de guerra alemanes en la URSS con el fin de enviar el mismo paquete (sin respuesta).

Carta
13/11/41
A Vinográdov en la Embajada de Ankara: 279 listas de Rumanía, preparadas por el Gobierno rumano sin acuerdo mutuo (sin respuesta).

Carta
14/11/41
Al Príncipe Karl: comunicación de nuestro acuerdo con la URSS sobre el intercambio de prisioneros de guerra y de que Rusia no nos ha dado las listas ni ha respondido a la oferta de enviar a nuestro representante. Pedimos al Príncipe Karl que nos proporcione sugerencias y recomendaciones (sin respuesta).

Telegrama
14/11/41
Al IKRESTPOL y la Embajada de la URSS en Ankara: petición de la dirección actual de IKRESTPOL, notificación de que las autoridades italianas tratan a los internos rusos de la misma manera que a los de las demás nacionalidades, recordatorio de que nuestra Delegación ha enviado a Ankara listas de prisioneros de guerra de Alemania, Rumanía e Italia (sin respuesta).

Telegrama
20/11/42
Al Comisario del Pueblo y a IKRESTPOL: notificación de que hemos recibido listas de 2.894 prisioneros de guerra soviéticos en

Rumanía y que el Gobierno rumano suspenderá los envíos posteriores hasta que se llegue a un acuerdo de reciprocidad (sin respuesta).

Carta
21/11/41
De *Mademoiselle* Kansch a *Mademoiselle* Kollontái, embajadora en Estocolmo: recordatorio de los llamamientos del CICR a las autoridades rusas y de la importancia de conceder un visado al Dr. Junod (sin respuesta).

Carta
2/12/41
Del Sr. Burckhardt al Sr. Maiski: recordatorio de la conversación de ayer sobre las medidas adoptadas por el CICR y la emisión de visados para nuestros delegados.

Telegrama
6/12/41
A IKRESTPOL y a la Embajada de la URSS en Ankara: notificación de la recepción en Ginebra de una lista de 400 ciudadanos rusos heridos y enfermos en Finlandia, que tenemos derecho a transmitir solo en caso de una contrapropuesta de la URSS (sin respuesta).

18/12/41
Conversación entre el representante diplomático de la URSS en Londres y el Sr. Burckhardt sobre la lista de candidatos para el puesto de representante en la URSS que será estudiada favorablemente por las autoridades soviéticas.

Carta
7/1/42
De la Cruz Roja de EE. UU. (Norman Davis): notificación de la buena predisposición de la parte alemana y expresión de su preocupación por la inacción de los rusos.

Telegrama
14/1/42
Al Comisario del Pueblo, al Sr. Maiski y a la Sra. Kollontái: se proporciona una lista de representantes suecos y suizos dispuestos a ir a la URSS, tras las negociaciones con Maiski (sin respuesta).

Telegrama
5/2/42

Al Comisario del Pueblo: propuesta de distribuir azúcar a los prisioneros de guerra rusos en Alemania y Rumanía y solicitud para enviar paquetes a los prisioneros de guerra alemanes en la URSS (sin respuesta).

Telegrama
27/2/42
Al Comisario del Pueblo: propuesta para suministrar vitaminas a los prisioneros de guerra rusos y declaración sobre la autorización de los alemanes para llevar a cabo la suministración de vitaminas bajo la supervisión de nuestros representantes, a condición de que los delegados de la CICR entren en Rusia (sin respuesta).

Carta
9/3/42
Al Sr. Winant: advertencia de que no hemos recibido ninguna respuesta de la URSS en cuanto a la aprobación de nuestros delegados; las autoridades rusas ni siquiera se han pronunciado sobre los principios de la misión.

Telegrama
1/4/42
Al comisario del Pueblo: propuesta del Gobierno de Rumanía para llevar a cabo la repatriación de los heridos graves de manera recíproca (sin respuesta).

Telegrama
23/7/42
Al Sr. Mólotov: solicitud de información a petición del Gobierno finlandés sobre los prisioneros de guerra, propuesta de intercambio de listas, señalando que no hubo respuesta a la solicitud de enviar una delegación y sugiriendo un simple intercambio de información. (Carta transmitida por Courvoisier, sin respuesta.)

Carta
24/7/42
Al Sr. Mólotov: comunicación de la solicitud del Gobierno de Finlandia sobre el intercambio de datos (artículo 14 de la Convención de La Haya y artículo 4 de la Convención de Ginebra), propuesta de comunicación de información a través de nuestra delegación en Ankara en forma de intercambio simultáneo, enviando de manera recíproca informes de cautiverio a todas las partes en conflicto. Se adjunta memorando (sin respuesta).

Carta

28/8/42

Al Sr. Mólotov: propuesta de las autoridades rumanas de intercambiar 1018 prisioneros de guerra rusos incapacitados por información sobre prisioneros de guerra rumanos (sin respuesta).

Telegrama

5/10/42

Al IKRESTPOL: sobre la visita a campos con prisioneros de guerra rusos en Finlandia en julio y agosto de este año y sobre la distribución de paquetes americanos *in situ.* Infórmese a las autoridades soviéticas competentes.

»Dejé la lista a un lado, me sequé las lágrimas y fui a ver al archivero. Después de más de cincuenta años, le hice la misma pregunta que un día, en el pasillo del NKID, me hizo mi colega:

»—¿Por qué hicieron esto?

»—¿A qué se refiere?

»—¿Por qué nos escribieron todas estas cartas?

»—¿Qué quiere decir?

»—¿Por qué nos enviaron todas estas cartas si vieron que ni siquiera queríamos que nuestros propios prisioneros de guerra regresaran a cambio incluso de alguna información ridícula?

»—Porque en eso consiste nuestra misión humanitaria. Además, le aseguro que mis colegas no podían creer que no les importaran sus propios soldados. Muchos empleados de la Cruz Roja creyeron ingenuamente que, si Moscú no respondía, era solo porque no habíamos presentado los documentos correctamente.

»—Y aún así siguieron escribiendo…

»—Siempre hemos creído que en cualquier gobierno y organización se puede encontrar a alguien que responda. Nueve personas no accederán a contestar, pero la décima seguramente leerá el documento y hará algo.

»—Por desgracia, nos subestimaron.

»Usted me preguntó por qué seguí viviendo. ¿Por qué encontré en mí la fuerza para vivir durante estos treinta años? Ese mismo día en Ginebra, yo también me hice esa pregunta. ¿Por qué seguía viviendo? Estaba viva porque esperaba. Durante treinta años, esperé una carta oficial que me reconciliara conmigo misma. Lo único que quería saber era qué le pasó a ese soldado desconocido, y el 31 de diciembre de 1999, pocas horas antes del Año Nuevo, el cartero llamó a mi puerta.

*

—No podía creer lo que veía. Aquel hombre me entregó la carta y se

fue. ¿Acaso podía imaginar en qué milagro estaba involucrado? Fui a la cocina y me senté. No me decidí a abrir el sobre durante mucho tiempo. Cuando por fin lo hice, descubrí que el hombre al que llevaba buscando más de treinta años estaba vivo. Creo que el único día que me sentí tan feliz fue cuando vi el nombre de Liosha en la lista. Llamé a Yadviga y vino. Hicimos el equipaje a toda prisa y nos dirigimos al aeropuerto. Minsk-Moscú, Moscú-Perm. Celebramos el Año Nuevo en el aeropuerto.

»En una oscura mañana, entramos en ese pequeño pueblo. Me puse a llorar. Yo había vivido en un pueblo exactamente igual cuando me liberaron. Un mundo terrible en el que todo el paisaje urbano está dominado por la prisión. Tierra muerta.

»El taxista nos dejó en la dirección que estábamos buscando a las 7:30 de la mañana. Un perro ladró en el patio. Me pareció de mala educación llamar tan temprano, pero la luz en la casa se encendió al instante. Yadviga le tenía miedo al perro, pero estaba atado y, después de tantos años en el campo, pude evaluar bien las posibilidades de ese can. Era un perro feo, pero no daba miedo. Era inofensivo, incluso para una mujer de noventa años. Avancé por el camino de grava y llamé a la puerta. Un momento después, un anciano me abrió.

»—¿Viacheslav Víktorovich Pavkin?

»—Sí.

»—¿Podemos pasar?

»No dijo nada. Comprendí al instante que el soldado que buscaba estaba frente a mí. Las personas que han estado presas no hacen preguntas innecesarias. Le pedí que me dejara entrar y me invitó a pasar.

»Viacheslav Víktorovich se sentó en una silla y puso las manos sobre las rodillas. Nos quedamos en el recibidor. Yo delante y Yadviga detrás de mí. Tenía calor, pero no me atreví a quitarme el abrigo. Me miró en silencio.

»—¿Fue prisionero de guerra en Rumanía?

»—Sí —respondió Pavkin con una voz casi imperceptible, acompañada de un movimiento de cabeza.

»—Trabajé para el NKID durante la guerra. Un día recibimos una lista de prisioneros de guerra con su nombre. Por desgracia, mi marido también estaba en esa lista. Su apellido iba justo después del suyo. Ese día estaba aterrorizada y pensé que, si no borraba el nombre de mi esposo, me arrestarían al instante. La esposa de un enemigo del pueblo… Seguro que no ha olvidado esa expresión. Tenía acceso a documentos secretos y temía por mi hija…

»Viacheslav Víktorovich me miró en silencio. Apenas movió la

cabeza, pero no pude entender si era un signo de aprobación o un tic nervioso. En cualquier caso, me escuchaba con atención, así que seguí hablando:

»—Después de leer el documento, decidí eliminar a mi marido de la lista rumana. Al darme cuenta de que enviarían la lista al NKVD opté por borrar el nombre de mi marido y, en su lugar, repetir el suyo. No le conocía, no sabía si tenía esposa e hijos, pero, al actuar así, lo expuse a usted y a su familia a correr un doble peligro. Al tratar de salvarme a mí y a mi marido, le puse en el punto de mira…

»Pavkin seguía sin decir nada. Lo miré y traté de tener tacto. Créame, Aleksandr, incluso una mujer de noventa años que ha visto de todo se puede conmover. Los dos éramos viejos, lo miré y traté de encontrar las palabras adecuadas:

»—Llevo buscándole treinta años. Desde la década de 1970 he enviado solicitudes a todo tipo de lugares buscando soldados de la lista rumana. Y ayer mismo recibí una carta en la que me comunicaban que usted estaba vivo. Esta dirección se adjuntaba a la carta y, sin dudarlo, tomé un vuelo hacia aquí.

»—¿Por qué?

»Entendía por qué preguntaba eso. Había llegado el momento crucial. Después de todos estos años, tenía que disculparme, pedir perdón por lo que había hecho. Pero ¿tenía eso algún sentido? Era el año 2000. Él tenía más de ochenta años. ¿Acaso podía devolverle a su familia?

»—Así pues, ¿para qué ha venido a verme? —me preguntó de nuevo, volviéndose hacia mí.

»—Para pedirle perdón…

»—Pero ¿para disculparse por qué…?

»Creí que con esa pregunta Pavkin me estaba pidiendo que lo contara todo para que no quedaran lagunas.

»—Vine a disculparme porque, al principio de la guerra, al recibir la lista de prisioneros de guerra, la traduje mal y, cuando eliminé a mi marido de ella, le señalé a usted dos veces. Vine a disculparme por corregir esa lista…

»—Pero ¿qué lista?

»—La lista por la cual sufrió su familia…

»—Pero si mi familia no sufrió…

»—¿Qué quiere decir?

»—Lo que le estoy diciendo: ¡mi familia no sufrió!

»—Pero ¿usted fue prisionero en Rumanía?

»—Sí. Primero en Rumanía y luego en otros campos.

»—¿Sabía que se envió una lista de prisioneros al NKVD y que

arrestaron a todos los familiares de los prisioneros?

»—No. Nunca oí hablar de eso. Me liberaron en 1945 y regresé a casa. Nadie atacó a mi familia y no sufrimos represión. Mi esposa murió hace cinco años de un derrame cerebral y mi hijo vive en Arjánguelsk con mis nietos.

»—¿Así que ni usted ni sus familiares fueron víctimas de la represión?

»—¡Le digo que no!

»Me eché a llorar. Lloré de alegría por este hombre y lloré por los caminos tortuosos de mi propio destino. Tiene razón, Lera, fui una estúpida de remate. A veces se necesita medio siglo parar darse cuenta de que te has equivocado. De que sigues un camino erróneo. Miles de kilómetros para encontrarme en un callejón sin salida. Desde 1941 me había culpado a mí misma por sustituir el nombre de mi marido por el de otro hombre, y hace solo un año, en casa de Pavkin, descubrí que la lista rumana no había ocasionado a ningún arresto.

»Salimos de la casa y fuimos a la plaza principal. El taxista nos esperaba cerca del monumento a Stalin. En el poco tiempo que duró nuestra conversación, alguien había tirado la cabecita del líder. Le pedí al conductor que nos llevara de vuelta al aeropuerto, y el coche se deslizó por la carretera nevada.

»Creo que ya le conté que allí, en el campo, hace muchos años, me inventé un Dios. Estoy segura de que también le dije que el alzhéimer solo me persigue porque Dios tiene miedo de encontrarse conmigo. Cuando volví de Perm, esa mujer agradable, la agente inmobiliaria que vende los pisos de nuestro edificio, me dijo que estaba perdiendo la memoria porque Dios me ama. En su opinión, Dios es misericordioso y así, al final de mi vida, me muestra su bondad. Por lo visto, me ayuda y me recompensa borrando los hechos más terribles…

»Bueno, esa es la opinión de la mujer que vende los apartamentos. Ella cree que ese mago me va a engañar, pero se equivoca. Le garantizo, Sasha, que, cuando me vaya, estoy mil veces segura de que, por mucho que lo intente, no olvidaré nada, nunca.

*

Tatiana Alekséievna muere el 7 de diciembre. En el funeral, estamos yo, la agente inmobiliaria, mi madre y Lera. Y también algunos artistas y propietarios de cuadros de Tatiana Alekséievna. Su amiga Yadviga no viene. Desde hace varios meses está gravemente enferma. No sé si ya no quiere vivir, pero de vez en cuando la visito.

Tatiana Alekséievna ya no está. Su apartamento espera a un nuevo propietario y, cuando miro la cruz roja en su puerta, me pregunto:

«¿Por qué fusilaron a su marido, pero enviaron a Pavkin de vuelta a casa?».

Mi vecina me había contado que, durante todos esos años, los dos hombres habían estado juntos, los trasladaron de un campo a otro y los liberaron a la vez en 1945. Deberían haber regresado a casa a la vez, pero, por algún motivo, un soldado fue ejecutado y el otro, liberado y condecorado.

Esta pregunta no me da tregua. Mientras visito la tumba de mi esposa en Ekaterimburgo, le pido a un amigo que me preste su coche por un día. Cuando entro en el pueblo, veo el monumento a Stalin con una nueva cabeza desproporcionadamente grande. Encuentro la casa de Pavkin y llamo a la puerta. Momentos después, un viejo flaco abre.

—¿Maxim Víktorovich? —le pregunto.

—Sí.

—¡Buenos días! Vengo de Ekaterimburgo. ¿Podemos hablar un momento?

—Si quiere.

Entro. La casa es pobre. Es la choza de un hombre solitario. Lo primero que me llama la atención es el retrato de Stalin en el tapiz de la pared.

—¿Sabe?, quería hacerle una pregunta…

—Bueno, adelante…

—¿Recuerda a un soldado llamado Alekséi Pavkov que fue hecho prisionero junto con usted?

—Supongamos que me acuerdo, ¿y qué?

—¿Podría hablarme de él?

—¿Qué quiere que le cuente?

—Todo. ¿Qué clase de soldado era?

—En primer lugar, Pavkov nunca fue un soldado. El soldado era yo, él siempre urdía sabotajes.

—Lo siento, tal vez no me expresé bien, pero ¿se acuerda bien de él?

—Bueno, aunque me acuerde, ¿qué?

—¿Sabe cómo acabó su vida?

—¿Qué más me da a mí lo que le pasara? No éramos amigos.

—Aun así… ¿Sabe que lo fusilaron?

—¿Y qué?

—¿No le importa en absoluto el hombre que pasó tantos años en cautiverio con usted?

—Mire, vivíamos en el mismo barracón, pero yo trabajaba duro todos los días, mientras él se sentaba con un *Fritz* en una cálida habitación y se dedicaba a dibujar. Casi no me tenía en pie del

cansancio, y ese hijo de puta, cuando volvía al cuartel, decía que todo era culpa del camarada Stalin, que el camarada Stalin era un monstruo igual que Hitler. En el nuevo campo otra vez me tocó ponerme a trabajar duro, ¡y ese parásito volvió a encontrar un cobijo bien caldeado! Era una escoria, ese Pavkov, un inmundo enemigo del pueblo, una alimaña.

—Entiendo. Y después de la liberación, ¿fue usted a un campo de filtración soviético?

—¡Por supuesto! ¡Como todos los demás! ¡Pero yo no había hecho nada malo, así que las autoridades soviéticas me liberaron de inmediato!

—¿Qué quiere decir?

—¡Muy sencillo! Al instante me ofrecieron cooperar y les conté todo tal como fue. Les hablé de ese Pavkov y de otros antisoviéticos como él. Ahora dicen que hubo represión, que todos fueron enviados al gulag o fusilados, pero ¡nada de eso! Solo me llamaron dos veces para interrogarme, fueron muy amables conmigo y, cuando les conté todo, me dejaron volver a casa. ¡Las autoridades soviéticas nunca persiguieron a la gente decente!

—¿Enviaron a mucha gente a casa con usted?

—No lo sé, me fui solo.

El viejo sale. Le sigo. Toma una pala y yo me subo al coche. El anciano camina despacio por el camino nevado. Le pregunto si quiere que lo lleve a alguna parte, pero se niega. Finalmente, llegamos a la plaza principal. Según entiendo, el viejo ha venido a quitar la nieve alrededor del monumento a Stalin.

*

Un año después de la muerte de Tatiana Alekséievna voy a ver a un marmolista. Le entrego una hoja de papel al hombre y le pregunto si puede hacer esa inscripción.

—¿Ha decidido ya qué monumento quiere?

—Sí, una cruz roja de granito.

—De acuerdo, entendido. Haremos la inscripción, no hay problema.

Al cabo de unos días la cruz está lista. Pido que la entreguen y la instalen. Los operarios trabajan con esmero y rapidez.

Es un día cálido y seco de noviembre. Estamos en el cementerio norte. Los árboles susurran sobre la tumba. Un rayo de sol ilumina las letras grabadas en la cruz y leo sus últimas palabras, dirigidas a todos nosotros:

«¡Por favor, dejadme en paz!».

5. Aleksandr Kolchak (1873-1920), almirante, líder del Ejército Blanco durante la guerra civil rusa. Se rindió el 15 de enero de 1920, cuando se le exigió que depusiera las armas a cambio de que el Ejército Rojo dejara pasar a las fuerzas aliadas del general francés Maurice Janin y a la legión checoslovaca. Con todo, al poco sería ejecutado. Su conducta le valió la admiración de la emigración blanca, para la que fue un referente.

6. *Zakuska* (pl. *zakuski*), equivaldría a los *hors d'oeuvre* franceses o a las tapas españolas. Pueden servirse calientes o fríos, y forman parte de cualquier comida festiva rusa. Abarcan desde los arenques o encurtidos hasta una amplia variedad de manjares, incluido el caviar. No se suelen consumir sin alcohol, por lo que constituye una suerte de ritual alternarlos con una copa, habitualmente de vodka.

7. Acrónimo de *proletárskaia kultura.* Organización cultural más o menos cohesionada que empezó a tomar forma en Petrogrado unos días antes de la revolución de 1917. Se conformó como una coalición informal de clubes, comités de fábricas, teatros de trabajadores y asociaciones educativas orientadas a satisfacer las necesidades culturales de la clase trabajadora. En 1932, el Partido Comunista puso fin a todas las organizaciones culturales independientes en favor de otras de reciente creación, como la Unión de Escritores Proletarios.

8. Calle central de Moscú, entre las calles Lubianka y Tverskaia, alrededor de la cual, en la década de 1920, la administración bolchevique alojó diversas oficinas e instalaciones del KGB.

9. Poema «La casa trasladada», de Agnia Bartó (1906-1981), poeta soviética de origen judío y popular autora de literatura infantil. Como parte del «Plan maestro de reconstrucción de Moscú» de 1935, las autoridades decidieron ampliar varias arterias principales de la capital, lo que supuso, en parte, la demolición de inmuebles, como se describe en la película *El nuevo Moscú* (1938) de Aleksandr Medvedkin. Pero los de valor arquitectónico se desplazaron sobre raíles hasta el nuevo emplazamiento asignado. Ese traslado de edificios de más de once mil toneladas constituyó un hito de la ingeniería soviética. En este poema, Agnia Bartó describió el desplazamiento en 1937 de un edificio residencial, junto con sus ocupantes, de la calle Serafímovich.

10. El Centro internacional para niños de Artek, en Crimea, fue el mayor y más célebre campamento educativo para jóvenes de la antigua Unión Soviética. Todavía en funcionamiento, Artek tiene una capacidad que supera las treinta mil plazas.

11. Del discurso de Viacheslav Mólotov (1890-1986) «Sobre la política exterior de la Unión Soviética», pronunciado en la sesión extraordinaria del Sóviet Supremo de la URSS del 31 de octubre de 1939.

12. Embajador de la Unión Soviética en Francia de abril de 1937 a marzo de 1940.

13. Ejemplo de «propaganda visual» destinada a fomentar la productividad y la participación en actividades públicas, los «tableros de honor», en los que aparecían los retratos de los funcionarios o trabajadores, con leyendas que informaban de sus nombres, cargos, premios y menciones, se exhibían en lugares visibles de una institución.

14. *Narodni Komissariat Vnútrenij Del* (Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos): Órgano de la seguridad del Estado durante los años treinta y la Segunda Guerra Mundial.

15. Declaración del embajador alemán del 22 de junio de 1941.

16. Gueorgui Zhúkov (1896-1974), político y mariscal de la Unión Soviética. Condecorado por sus triunfos en batallas como las de Stalingrado, Moscú o en la toma de Berlín.

17. Borís Podtserob (1910-1983), diplomático soviético. En 1943-1949, asistente de Viacheslav Mólotov, también en la Conferencia de Yalta. Luego, hasta 1952, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores.

18. Se refiere a la canción «Argentina-Jamaica: 5-0» del grupo de estilo *reggae* Chaif, incluida en el álbum *Shekogali* de 1999.

19. Borís Rizhi (1974-2001), destacado poeta ruso de su generación. Compaginó sus estudios

de geología con la composición de poemas, que publicó por primera vez en 1992. A los veintiséis años se suicidó.

20. En ruso, el palo de la baraja francesa correspondiente al trébol se llama «cruz» *[kresti]*.

21. Solomón Lozovski (1878-1952), veterano dirigente bolchevique y jefe del Gabinete de Información Soviética, la oficina responsable de la propaganda de guerra soviética. También fue secretario general de la nueva Internacional Sindical Roja y su adjunto a la secretaría fue Andreu Nin.

22. Vilhelm Gustaf Assarsson (1889-1974), jurista y diplomático sueco. Embajador en Moscú entre 1940 y 1944, fue expulsado de la Unión Soviética acusado de ayudar a pasar secretos militares soviéticos a Alemania.

23. La guerra conllevó el cautiverio de millones de ciudadanos soviéticos, civiles y militares, trasladados posteriormente como mano de obra o como prisioneros de guerra al oeste. Cuando pudieron volver a sus lugares de origen, el tiempo que habían estado fuera del alcance de los comisarios políticos los convertía en sospechosos a ojos del Estado soviético. A su regreso, fueron confinados en campos de detención donde se los sometía a la «filtración» *[filtratsia],* que determinaría su vuelta a casa, reasentamiento o deportación.

24. Sobrenombre dado a un vagón de ferrocarril empleado en el transporte de prisioneros. Era un vagón de pasajeros modificado llamado así en alusión a Piotr Stolipin, primer ministro del zar de Rusia desde 1906 hasta su asesinato en 1911.

25. Según la orden n.º 00486 del NKVD del 15 de agosto de 1937 sobre la represión de los familiares de «enemigos del pueblo», los hijos «socialmente peligrosos», según la edad, eran transferidos a campos de trabajo, correccionales u orfanatos.

26. Piotr Viazemski (1792-1878), perteneciente a una de las familias más antiguas de la nobleza rusa por línea paterna. Su antipatriótico poema «El Dios ruso», escrito en 1828, no fue publicado hasta veinte años después, durante la guerra de Crimea. El exiliado ruso Alexandr Herzen (1812-1870) tradujo este poema al alemán para Karl Marx.

27. Unidades de fuerzas especiales del Ministerio de Interior.

28. Canción del grupo bielorruso Liapis Trubetskói.

29. Sociedad secreta, activa en Rusia entre 1816 y 1825, denominada así por su revuelta fallida en San Petersburgo, que tuvo lugar el 14 de diciembre de 1825.

30. Gueorgui Ivánov (1894-1958): poeta, escritor y traductor ruso. En este poema, que data de 1930 y lo escribió como emigrado en París, expresó el rechazo a su patria.

31. La Rebelión de Tambov (1920-1921) fue una gran revuelta campesina, muy bien organizada, en la provincia de Tambov de la Rusia Central, durante la guerra civil rusa. Parte del Movimiento Verde, esta rebelión puso contra las cuerdas al poder comunista.

32. Término derivado de las palabras ucranianas *holod* («hambre») y *mor* («exterminio»). Al menos cinco millones de personas murieron de hambre entre 1931 y 1934 en toda la Unión Soviética.

33. Bulat Okudzhava (1924-1997), poeta, cantante y novelista ruso. A mediados de la década de 1960, Okudzhava se convirtió en una de las figuras más poplares de la cultura rusa.

34. Literalmente, «autopublicado». Se refiere a la práctica clandestina, usual en la Unión Soviética, de hacer circular manuscritos, ya sea mecanografiados o copiados a mano, que estaban prohibidos, que no podían ser publicados por los canales autorizados o que eran sospechosos desde el punto de vista ideológico.

35. Comité Internacional de la Cruz Roja.

36. Comité ejecutivo de las organizaciones soviéticas de la Cruz Roja.

Título original: *Krasny Krest*

Esta obra ha recibido una ayuda a la traducción del Mikhail Prokhorov Fund.

Edición en formato digital: 2021

Copyright © 2020 by Diogenes Verlag AG Zurich
All rights reserved
© de la traducción: Marta Rebón, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-320-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es